

WIDENER
HN QUBW 7
Digitized by Google



.935
1.32



73

H-2

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX·LIBRIS.

POESÍAS

DE

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

308

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del.............	1 al 50.
10 »	en papel China, del.............	I al X.



El Duque de Rivas



POESÍAS

DE

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON UN PRÓLOGO

DE

D. MANUEL CAÑETE

Individuo de número de la misma Academia



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1889

LÍRICOS

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS.

TOMOS PUBLICADOS.

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española.—4 pesetas.

2.º—OBRAS DE D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pts.

3.º—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pts.

5.º—OBRAS DE D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo III.—*Teatro:* tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—OBRAS DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo I.—*El solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y último.—4 pesetas.

10.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I (hasta fines del siglo XV).—5 pesetas.

11.—OBRAS DE A. BELLO: tomo II.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.



12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro:* tomo IV. —Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.* —4 pesetas.

14.—*Voces del alma:* poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Estudios de crítica literaria.*—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.* —Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.— 4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos; las formas políticas en general.—El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II y último.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centena-



rio de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el librecambio —5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II (siglos xvi y xvii).—4 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III (siglos xvi y xvii).—4 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.—*Teatro:* tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.*—*El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.* Introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro,* precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI.—*Teatro:* tomo VI y último.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan.*—4 pesetas.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: Traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo xvi.*—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.

—*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet,* por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo III. —*De la conquista y pérdida de Portugal:* tomo II y últ.—4 pts.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos,* segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas,* sacadas de varios manuscritos por Don F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Mélia: tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pts.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV (siglo xviii).—4 pts.

39.—*Cancionero de Gómez Manrique,* publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas,* con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pts.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo xviii).—5 pesetas

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta. —Batalla del rey Almohalbal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pts.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: La continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* tercera y última serie. —Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión. —Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico. —Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.— El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del Juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varo-*

nes ilustres de Indias), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías*.—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: La continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XI.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.

53.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo V.—*Poesías*.—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—OBRAS DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VI.—*Artes y letras*.—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuíno teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XII.—*La cien-*

cia española: tercera edición corregida y aumentada, tomo II. —Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice. —5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor. —Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VI (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 ptas.

63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Esencias militares: Esencias físicas.—5 pesetas.

65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.*—5 pesetas.

66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I.—Contiene: Revolución de

Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la república inglesa.—5 pesetas.

68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La redoma encantada.*—5 pesetas.

69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Mélia: tomo I.—5 pesetas.

71.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN *(El Solitario):* tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas (en prensa).

74.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.—*Historia de las ideas estéticas en España,* tomo VII (siglo XIX).—4 pesetas.

75.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Posías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca,* por Calvete de Estrella, tomo II.—5 pesetas.

77.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo IV.—*Teatro:* tomo II (en prensa).

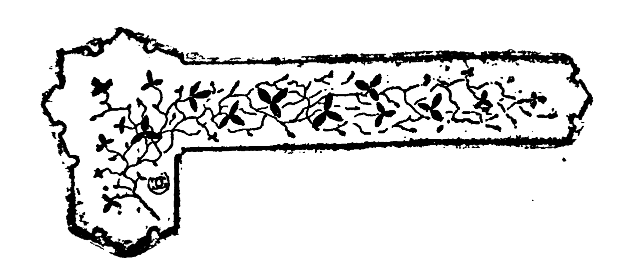
78.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo VI.—*Novelas:* tomo III.—Contiene *Las Ilusiones del Doctor Faustino* (en prensa).

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Obras gramaticales de Andrés Bello.
Memorias de D. José Pizarro.
Obras literarias de D. Manuel Silvela.





PRÓLOGO [1].

Hay familias sobre las cuales se complace Dios en derramar copiosamente los dones que más ennoblecen y realzan al linaje humano, vinculando en ellas de un modo envidiable, ya dotes de entendimiento y saber, ya riqueza de imaginación é ingenio agudo. De estas familias afortunadas han sido entre nosotros ejemplo, tanto más digno de encomio cuanto es más raro en todas épocas, el de los Manriques, Gómez y Jorge, durante el glorioso reinado de los Reyes Católicos; el de los Argensolas y Alcázares, en los siglos XVI y XVII; el de ambos Moratines, posteriormente, y en nuestros días el

(1) En este *Prólogo* reproduzco parte de lo que dije cuando se publicaron las poesías del Duque reunidas por primera vez en el volumen rotulado *Sentir y soñar*.

de los Fernández-Guerra, D. José, D. Aureliano y D. Luis, y el de los Coellos, D. Diego, D. Francisco y D. Carlos, de índole y genio diferentes, pero cada cual en su respectiva esfera de mérito incontestable. Sin embargo, quizás no haya testimonio más fehaciente de esa espléndida vinculación que el de la familia del Duque de Rivas. Todos cuantos pertenecen á esa ilustre casa, y muy en particular la inolvidable esposa y los hijos del insigne autor de *El Moro expósito* y de *Don Álvaro*, han sobresalido por su prontitud de imaginación y claro ingenio, unos en el trato social, otros en sus obras literarias. Las del actual Duque de Rivas, de quien son los versos de este volumen que tengo la inmerecida honra de encabezar con las presentes líneas, bastarían por sí solas para demostrar la exactitud de lo que acabo de exponer.

En la incesante agitación que hoy nos embarga, entregado el ánimo principalmente á especulaciones científicas ó á la tarea de adquirir á cualquier precio bienes y goces materiales, parecerá á muchos cosa extraña que haya hombres capaces de no dejarse abatir por huracán tan desastroso y de elevarse á las regiones de la inspiración poética. El hecho es, sin embargo, muy natural. Cuando la verdad y la fe aparecen sojuzgadas por negras

dudas ó por torpes negaciones; cuando la soberbia de los que se estiman sabios se empeña en buscar luz donde sólo existen tinieblas, y esterilizan el vergel en que florecen los principios salvadores de la civilización, ¿quién que abrigue dentro de sí la más leve centella del fuego divino ha de permanecer indiferente? ¿Cómo no prorrumpir en gritos de indignación ó en cánticos de esperanza para execrar la soberanía del error (pasajera de suyo, pero siempre funestísima) ó para animar al apocado y fortalecer su espíritu? ¿Cómo no buscar lenitivo á tanta desolación dando rienda suelta á los afectos del alma, procurando templar la sed de consuelo y de amor en los raudales de la belleza ideal? Porque pensar que la corriente asoladora del materialismo prepotente ha de arrancar de raíz y arrebatar en su oleaje cuanto hay de generoso y fecundo en el corazón del hombre; suponer que en el naufragio de los sentimientos más puros, de las más santas creencias, no ha de sobrenadar ni una tabla á que se puedan asir para salvarse los que han de regenerarnos por medio de la inspiración ó del saber, y que á estas tormentosas noches no han de seguir, tarde ó pronto, claros y serenos días, es desconocer el vigor de las fuerzas espirituales y las alternativas y peripecias que constituyen el tejido de la historia.

No es nuestra época la primera, ni mucho menos la única, durante la cual se ha visto sobreponerse á la verdad el error, el atrevimiento de los audaces al encogimiento de los tímidos, la procacidad de la ambición á la virtud de la prudencia, la tiranía de los malos á la libertad de los buenos, el sórdido interés á la abnegación y el sacrificio, á la belleza moral el desenfreno más inmundo, al oropel de mentida ciencia el oro de próvida sabiduría. Ni son tiempos tales como los presentes contrarios al desarrollo de la inspiración poética, aunque lo haga presumir así el asordante clamoreo de los bastardos intereses que luchan por el predominio, dejando apenas resquicios que permitan ver algo que no sean los enconados furores de una batalla tan reñida. La magnitud y universalidad de la pugna concluye al fin por arrebatar en su impulso aun á los más indiferentes. Y como el ardor de la pelea no puede menos de avivar en unos ó en otros el deseo de vencer, llevándolos á un estado de exaltación que no tiene nada de prosáico, resulta que en estos días de controversia y de lucha se ofrecen al poeta mil poderosos elementos de varonil inspiración, mil emociones y contrastes que no experimenta ni halla nunca en épocas de mayor tranquilidad y más risueñas y felices.

El fuego del entusiasmo, la suavidad de la ternura, los halagos de la grandeza y las maravillas de la fe serán en todos tiempos manantial inagotable de poesía. Pero el tumulto de las pasiones, la agitación de los pueblos, el fanatismo de los sectarios, el choque de los intereses, la actividad de las ideas, hasta la sorda confusión que nace de los delirios llamados á representar el papel de regeneradores del mundo, son también eficaces despertadores del numen; porque á veces la inquietud, la incertidumbre, el desencanto, la indignación y el anatema encierran tantos gérmenes de inspiración transcendental como la hermosura del amor ó los éxtasis y arrebatos de la fantasía.

Se comprende bien que al oir el estrépito que arma en todas partes y á todas horas la lucha de ideas y de pasiones que nos trae conturbados en España, en Europa, en el mundo entero, aun los más viriles ingenios desesperen ó desmayen creyéndose faltos de fuerza para dominar el vocerío de la multitud, distraída y extraviada en laberintos donde no penetra jamás el rayo de la inspiración artística. Su amor á la belleza poética, suspicaz y receloso como todo verdadero amor que ve en riesgo el objeto de su cariño, les hace temer por la existencia de la deidad que adoran, mirándola como sofocada y perdida en el mar de

la común indiferencia, figurándose que ha llegado el momento de perderla para siempre. El cariño que los ciega, extremando sus sobresaltos y temores, los arrastra insensiblemente á equivocarse. La poesía no muere, porque no puede morir lo que es inmortal. Mientras haya un alma que piense, un corazón que sienta, el don divino de la inspiración tendrá en el mundo altar y trono, y ejercerá imperio en los hombres que no aspiren al lauro de confundirse con los brutos.

Hay, pues, que no dejarse llevar ciegamente de preocupaciones engañosas ni abandonarse á un descorazonamiento infecundo. En épocas de confusión y de crisis es cuando más se necesitan el arrojo, la serenidad, la previsión del verdadero poeta. Nunca tanto como en tales tiempos debe éste clamar con la mayor energía contra los errores y vicios comunes, y hablar el lenguaje de las musas para enseñanza ó advertimiento de todos. Las semillas que arroje al viento en esos días de tribulación y de tinieblas fructificarán más adelante, aunque por el pronto parezca que se pierden ú olvidan en el torbellino de otra clase de intereses.

La poesía que se inspira en los acontecimientos que pasan á nuestros ojos, aquélla que se anima al calor de los sentimientos é ideas

que despiertan en el alma los sucesos contemporáneos, es hoy, sin duda, la que más fundadamente puede aspirar á vivir en lo futuro con vida propia. Desentendernos de nuestra época; empeñarnos en convertir la inspiración en instrumento de imitaciones serviles; no interrogarnos á nosotros mismos, sino á tal ó cual modelo, cuando tratamos de cantar lo que nos impresiona ó conmueve; buscar en obras de antiguos clásicos, que existieron bajo el influjo de otra civilización y otras costumbres, la expresión de lo que debe espontáneamente brotar en el corazón ó en la imaginación del poeta, fuera en los días que alcanzamos puerilidad ó extravío lamentable.

Ni en lo uno ni en lo otro incurre el autor del precioso libro á que sirven de prólogo estos renglones, aunque abrigue la creencia de que *la época presente es poco propicia á la poesía,* de que *los poetas van siendo cada vez más raros,* de que los inspirados vates que hoy se deciden á cantar se encierran, por lo común, *en los límites de la inspiración puramente individual y subjetiva, que suele caracterizar los períodos de decadencia.* Si el actual pertenece ó no á los de tal clase, no he de ventilarlo aquí. La importancia del asunto, digno por muchas razones de ser estudiado con madurez, repugnaría que se le tratase de una manera incidental. El parecer

á que me inclino puede columbrarse atendiendo á lo dicho en párrafos que anteceden. Pero aún añadiré algo más: la poesía, de igual modo que los árboles y flores, que las montañas y los valles, tiene desigualdades y alternativas que no la dejan estar siempre en el mismo punto. De esa variedad de accidentes y circunstancias surgen los diversos caracteres que la determinan, según la índole de los tiempos y el ingenio de los hombres, sin que tales diferencias de fondo y forma roben quilates á su encanto cuando (sea cualquiera el espíritu que la informe ó el género á que pertenezca) brota en las regiones del mundo ideal engendrada por la verdad del sentimiento y amamantada por la belleza del arte.

De las que nacen en tan floridos pensiles son las composiciones en verso coleccionadas en este libro. Muchas de ellas formaban parte del precioso ramillete nominado *Sentir y soñar*. Al incluirlas en el que ha compuesto ahora, no menos bello y más copioso, el autor las ha revisado atentamente y ha retocado algunas, poco satisfecho de sí mismo y ansioso de mejorarlas.

Algo indicaré aquí sobre unas y otras; pero antes juzgo oportuno someter á la consideración del lector breves noticias concernientes al poeta. El descuido de los coetáneos en referir

hechos y pormenores relativos á los hombres notables que viven entre ellos, porque se figuran que fuera ocioso mencionar circunstancias que á la sazón son de todos conocidas, sobre imponer á la posteridad el trabajo de hacer investigaciones (á veces difíciles, por haber desaparecido datos seguros), tiene también el inconveniente de abrir camino á errores que vician la verdad histórica y que pueden ser perjudiciales á los mismos individuos á que se refieran.

D. Enrique Ramírez de Saavedra y Cueto nació en la isla de Malta el año de 1829. Hijo del esclarecido poeta D. Ángel y de la señora Doña María de la Encarnación de Cueto y Ortega (que á su natural hermosura unía dotes de ingenio y gracia que no pudo extinguir el hielo de la ancianidad), abrió sus ojos á la luz acariciado por el amor de sus progenitores á todo género de cultura. Pocos meses contaba de vida cuando en marzo de 1830 D. Ángel y su familia abandonaron aquella tierra hospitalaria, en la que habían permanecido cinco años recibiendo atenciones que dulcificaron las amarguras de su emigración, y donde el trato con personas como M. Frere (muy conocedor de nuestra lengua) y la constante lectura de los grandes poetas y novelistas ingleses produjeron saludable cambio en el gusto y en las propensiones literarias del egregio vate español.

Un hijo de padres tan amantes de las buenas letras debía obtener y obtuvo desde su primera edad la selecta educación correspondiente á su clase. Ya mozo, recibió enseñanza del sabio maestro D. Alberto Lista y estudió con fruto Filosofía y Derecho en las universidades de Sevilla y Madrid.

Por fallecimiento del hermano mayor de D. Ángel, acaecido en mayo de 1834, pasaron al autor de los *Romances históricos* el Ducado de Rivas, con grandeza de España de primera clase, y otros títulos de Castilla. Gracias á ello empezó nuestro D. Enrique, á fuer de primogénito de la casa, á usar el de Marqués de Auñón creado por el gran Felipe II en 1582. Todavía recuerdo con satisfacción vivísima la que tuve cuando en 1851 dí á conocer en las columnas de *El Heraldo* al joven Marqués como precoz é inspirado poeta lírico. Al ofrecer á los lectores de aquel periódico las primicias de un ingenio que aparecía bajo auspicios tan felices, no pude menos de exclamar: «El señor Saavedra no es ya grande sólo por su nacimiento, eslo también por su inspiración y buen gusto; y así como se ha dicho de Chateaubriand que su obra más bella es Lamartine, así podríamos decir que el Marqués de Auñón es la más bella de las obras del señor Duque de Rivas.»

Brillaban en éste, que ha glorificado á su patria con creaciones poéticas de la elevación filosófica de *El desengaño en un sueño*, la esplendidez, el boato, la magnificencia y la pompa tradicionales en nuestros antiguos dramáticos y romanceros y en muchos de nuestros líricos de los siglos de oro. Por su acendrado españolismo, por la espontaneidad y riqueza de su inspiración, el que historiando la *Sublevación de Nápoles capitaneada por Masanielo* supo emular á los Mendozas y Moncadas, parecía de la familia de inspirados que en la segunda mitad del siglo XVI y primera del siguiente encarnaron el espíritu de nuestra civilización, esencialmente católica y monárquica, en *La fianza satisfecha*, en *El condenado por desconfiado*, en *El esclavo del demonio*, en *La devoción de la Cruz*, en *García del Castañar*, en *Rey valiente y justiciero*, en *La verdad sospechosa*, y en mil otros poemas admiración de los pueblos cultos. Menos arrebatado y fogoso, menos espléndido y abundante que el autor de sus días, D. Enrique de Saavedra reune á sus dotes imaginativas, reflejo de las de aquél, sensibilidad y gusto exquisitos, y el admirable buen sentido, el fino gracejo y la agudeza patrimonio de su ilustre madre, que lo quería con delirio, y á quien él amó y respetó siempre como bueno.

Sin resplandecer en las alturas ni con la luz deslumbradora del creador de *Don Álvaro*, el heredero de su grandeza y de su nombre se dió á conocer desde la florida juventud como ingenio de la misma cepa castiza, bien que todavía más delicado, más elegante y más correcto. Esta circunstancia fué una de las que contribuyeron á que fuese elegido individuo de número de la Real Academia Española el 29 de enero de 1863, para ocupar la plaza vacante por fallecimiento del erudito investigador y profundo crítico D. Agustín Durán. Al tomar posesión de dicha plaza en junta pública de la Academia, el día 14 de mayo de aquel año mismo, el Marqués de Auñón puso de bulto el objeto predilecto de sus amores literarios, disertando magistralmente sobre el carácter de la verdadera poesía, é indicando, como de pasada, sus radicales diferencias según los cambios y vicisitudes sociales.

Aunque siempre tuvo mayor inclinación á la literatura que á la política, jamás desconoció el Marqués que hombres de su jerarquía no deben excusarse de intervenir en la vida pública. Fiel cumplidor de todo aquello á que juzga estar obligado, aceptó en 1857 de los electores de Hinojosa la diputación á Cortes. Desde esa fecha ha sido Concejal y Teniente de Alcalde en Madrid; ha representado á Es-

paña en Italia, en calidad de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario; ha recibido del Cuerpo electoral de esta corte la investidura de Senador, y ahora ejerce ese mismo cargo con carácter de vitalicio.

Además de los títulos de Duque de Rivas y Marqués de Auñón, D. Enrique de Saavedra posee el de Marqués de Andía, creado en 1695, y el de Marqués de Villasinda, que data de 1700, ambos de su ilustre abuela. Es también Gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio y servidumbre, y entre otras condecoraciones le adornan la Gran Cruz y el Collar de la Orden de Carlos III.

El 10 de agosto de 1864, meses antes de que bajara al sepulcro su anciano padre, que falleció en Madrid á 22 de junio de 1865, contrajo matrimonio en París con Doña Celina Alfonso y Aldama, nacida en la isla de Cuba é hija de los Marqueses de Montelo, señora dignísima de estimación por sus prendas personales, por su talento nada vulgar, por sus sólidas virtudes. Fruto de tales nupcias son sus cuatro hijos (D. Hernán, D. Tello, Doña Consuelo y Doña Clemencia), á los cuales profesa el mayor cariño y ha dado con amorosa solicitud educación muy esmerada. Verdad es que el amor de la familia ha sido para la de Rivas como una especie de religión á

que ha tributado y tributa fervoroso culto.

Conocidas ya tales circunstancias, séame permitido añadir algo sobre la índole y carácter del autor del presente libro, y sobre las composiciones poéticas que forman esta colección.

La vanidad y la soberbia, vicios comunes y frecuentes en el mundo literario, se tienen hoy entre nosotros punto menos que por virtudes; pero las primeras víctimas de presunción tan deplorable suelen ser los insensatos que la abrigan. Para conseguir estimación entre las personas de saber no basta que hombres sin ingenio juzguen sus vaciedades como extraordinarias creaciones, ni que las favorezcan y ensalcen los caprichos de la moda. Más ó menos pronto, el tiempo acaba por descubrir la inanidad de esos engendros enfermizos, enseñando á sus desdichados autores el error en que vivían; y cuando llega la hora del desencanto, los que no tienen talento bastante para conocerlo y corregirse, rara vez salvan el abismo á que su ceguedad los arrastra.

Dicho sea en honor del actual Duque de Rivas, nunca se ha pagado de sí propio, ni ha pertenecido al número de los ingenios que encuentran bueno cuanto sale de su pluma, por el mero hecho de ser suyo. Modesto, desconfiado de sus fuerzas, peca en este punto de

exagerado, conteniéndose en límites más estrechos que los que pudiera recorrer abandonado al natural impulso y desarrollo de sus facultades. Lejos de seguir la norma de aquel personaje de Calderón, que decía en *La puente de Mantible:*

«El que quisiere tener
Nombre en el mundo famoso,
Alábese, que es forzoso
Para darse á conocer,»

siempre ha sido censor severo de sus obras, siempre ha solido tratarlas con sumo rigor. De otra suerte no hubiera excluído de esta colección versos tan lindos como los titulados *Amor y dolor*, y como una *Fantasía* llena de elevadas consideraciones sobre la existencia humana.

Dice en aquélla, poetizando sus recuerdos de la antigua Parténope:

«Eran del sol los últimos reflejos;
Una beldad cantaba en mi barquilla,
Y por ondas de límpidos espejos
Iba al azar la sosegada quilla,
El Vesubio borrándose á lo lejos.
Desapareció de Nápoles la orilla,
Y al son de las sentidas barcarolas
Quedé dormido en las volubles olas.
Alzóse luego la argentada luna,
Y á su luz melancólica, indecisa,
Quedóse cual fantástica laguna
El golfo azul, y enmudeció la brisa.
Despertándome entonces mi fortuna,

De un ángel vi la celestial sonrisa,
Y en deliciosa plática de amores
Nos hallaron del sol los resplandores.»

Levantando el estro y el tono, replegándose en sí mismo, pintando de mano maestra la agitación de su espíritu, exclama en la *Fantasía:*

«¿Qué busco? ¿Por qué lloro?
¿Qué afan me agita sin cesar el alma?
Imágenes de gloria, ensueños de oro,
Huid, dejadme la inocente calma
De mi niñez dulcísimo tesoro.
. . . .
En blando movimiento
Gloria, riqueza, juventud y amores
Me ofrece en torno el vagoroso viento;
Me da la selva sus fragantes flores,
Y las aves dulcísimas su acento.
De los férvidos mares
El rumor turbulento me adormece,
Y ecos sublimes á mi mente ofrece
El huracán que silba en los pinares
Y las gigantes cumbres estremece.»

¿No es verdad que el Duque de Rivas ha sido demasiado riguroso consigo mismo condenando á perpetua obscuridad estos versos del Marqués de Auñón? Sean cuales fueren los lunares que escrupulosos Arísticos encuentren en ellos, ¿no dejan ver en lo que dicen, y en el modo de expresarlo, que son obra de un excelente poeta? ¿No asoman ya en esas juveniles inspiraciones la propensión melancólica, el amor de la naturaleza, la suavidad nativa, la

soñadora idealidad que cuando más adelante el autor se despida de la juventud, como entonces se despedía de la niñez, ó se engolfe y luche en el piélago del mundo con las pasiones y desengaños de la edad madura, han de dar tinte especial á todas sus composiciones?

Las contenidas en el presente libro son en su mayor parte del género personal ó subjetivo que ha prevalecido en Europa desde los albores de nuestra centuria, y cuyas fuentes principales son la emoción y la reflexión nacidas de las aspiraciones ó sentimientos privativos del poeta. Hombre de su tiempo, Don Enrique de Saavedra paga tributo al carácter peculiar de la lírica de nuestros días, no enamorado de su esencia, sino cediendo á los impulsos del gusto predominante. De acuerdo con afamados escritores extraños, deplora la índole de la poesía contemporánea, porque ve en ella un signo propio de épocas de decadencia. Pero aunque no estuviesen ahí para contradecirle en este punto sus mismas composiciones, Jorge Manrique, Fr. Luis de León, Byron y Lamartine (por extraño que parezca el consorcio de tales nombres) proporcionarían muchas de gran mérito con que defender y sacar triunfante la causa de la poesía subjetiva.

Á juicio de un insigne crítico, ningún talen-

to reflexivo podrá mirarla con indiferencia, ni mucho menos maldecirla, si considera que es una forma nueva de la imaginación, desconocida de la antigüedad pagana y engendrada por el desarrollo religioso de las naciones modernas. De mí sé decir que sin desconocer lo que tiene de monótono y hasta de cansado el continuo análisis de los propios sentimientos, encuentro más interés, más belleza, mayor deleite y enseñanza en la calorosa expresión de las luchas espirituales, de los profundos dolores é intensas alegrías de ciertos poetas contemporáneos, que en muchas composiciones de los más famosos de Grecia y Roma ó de sus secuaces é imitadores del Renacimiento.

Los encantos del amor; las expansiones de la amistad; el cariño de los hijos; la dulce memoria de un padre de imperecedera fama; el recuerdo de otros países, ligado al de personas queridas ó al de hermosos espectáculos de la naturaleza; las ilusiones de una imaginación exaltada en el torbellino de estos tiempos; las excelencias del numen; las maravillas del arte; los triunfos y los reveses de la patria, todo toma cuerpo en el alma del poeta y reviste formas ideales, bañadas, por lo común, en una tinta melancólica de singular atractivo. Pocas cosas hay tan antipáticas é insufribles como la femenil sensiblería de los poetas llorones que,

sin pizca de tristeza ni de pasión, presumen de apasionados y melancólicos para excitar interés. Pocas tan simpáticas é interesantes como la expresión de emociones verdaderas reveladas en el sincero lenguaje del corazón, que no por ser varonil excluye los más delicados matices del sentimiento.

Naturalmente apasionado, el Duque de Rivas pone en sus composiciones en verso algo de lo más íntimo de su sér, menos propenso á los arrebatados ímpetus de poetas como Herrera ó Quintana, que á la poesía sentimental y á las vagas imaginaciones de los modernos románticos. Amante de la forma clásica, esto es, de la corrección del lenguaje y del estilo, huye con particular esmero del desaliño y abandono á que gran parte de aquéllos rinde tributo, sin tener como tantos otros por apocamiento y nimiedad el esmalte de la frase, ni buscar en la extravagancia ó el desorden la seductora perfección reservada á la cultura y al gusto. Dote es ésta verdaderamente inapreciable, cuando hay ahora gentes que hacen gala del sambenito suponiendo que las obras literarias pueden prevalecer y durar obscurecidas por una forma imperfecta. Tan grosero error, admitido ya como doctrina corriente hasta por críticos de alto bordo, es síntoma de una perturbación del espíritu. Lo que se piensa bien se dice con

exactitud y corrección. Cuando á la expresión de la idea faltan esas cualidades, es sin duda porque hay algún vicio original en la concepción del pensamiento.

Desde los conceptuosos cuartetos endecasílabos *Á un árbol*, fruto de la primera juventud del poeta (dado siempre á ver algo más que la exterioridad de las cosas en los objetos naturales que hieren su imaginación), hasta los romances históricos y la brillante y pintoresca *fantasía serrana* dedicada al ingenioso Campoamor, con que termina el libro, todos los versos incluídos en él están en perfecta consonancia con las cualidades esenciales del título que lleva la primera de sus secciones. ¿Qué venero de inspiración puede compararse á las *impresiones* del alma avivadas por el calor del sentimiento? ¿Quién merecerá el nombre de poeta, si carece de la facultad de sentir y no logra recorrer en peregrinas *fantasías* los ilimitados espacios de lo ideal, viendo con los ojos del espíritu cuanto cielo y tierra ofrecen á la admiración ó á la adoración del hombre, cuanto se presta á su adivinación en el misterio indescifrable de lo increado? El sentimiento y la fantasía dicen harto claramente el raudal en que se apacienta el ingenio de nuestro autor, y en el cual busca las perlas que adornan y esmaltan sus producciones. Fi-

lósofo en el buen sentido de la palabra, y filósofo cristiano, rara es aquella de sus poesías (á pesar del fondo de tristeza visible en la mayor parte) que no descubre la serenidad y fortaleza de un alma creyente para quien no tienen grande halago las pompas del mundo, porque sabe que

«Un recuerdo no más ó una esperanza
Es la dicha en la tierra.»

Mas si queréis conocer mejor lo que piensa de la vida humana este Grande de España, que no reniega de su origen ni desluce sus blasones con procederes indignos de su progenie, ved cómo se expresa en los versos dirigidos *Á Blanca Rosa:*

«Dos polos tiene la vida,
Móvil cuna y honda huesa;
Para brillar en Oriente
En ocaso el sol se acuesta.
La cuna es mísera nave
Que afanosa al puerto llega,
Incógnito mar dejando
Detrás de la blanca vela.
Y es el sepulcro un abismo
En cuyas hondas tinieblas
Está escondida la llave
Que del cielo abre la puerta.
Todos allá caminamos
Por varias múltiples sendas,
Entre arroyuelos y flores
Ó peñascos y malezas.
....

Se cubre el cuerpo de harapos
Ó se cubre de oro y seda;
Mas en pesares y dichas
Todos los pechos alternan.
La choza como el palacio
Humanos seres alberga,
Y risa y llanto no saben
De esplendor ni de pobreza.
Placeres, danzas, festines,
Dolor, quebranto, miseria,
Todo es un mismo paisaje
Visto con luces diversas.»

Para encontrar esta elevación en el fondo y en el tono, esta sencillez y energía en la versificación, esta claridad y concisión en la frase, hay que ascender hasta los Góngoras y Salinas, hasta Lope de Vega y Quevedo, con cuyos excelentes romances se hermanan los del actual Duque de Rivas más aún que con los gallardos y pintorescos de su egregio padre, sin salirse nunca del cuadro de la época presente. Ni es esta composición la única en que manifiesta el desdén que mundanas vanidades le inspiran y su poca afición á elementos caducos ó transitorios. Enamorado de bienes más altos, exclama en unas décimas de corte calderoniano, pero sin sombra de afectación culterana:

«Amor, manantial divino,
¡Ay del que ciego y demente
Emponzoñó la corriente
De tu raudal cristalino!

De su funesto camino
Quiere apartarse quizás;
Pero en él se empeña más,
Y si se para un instante,
Sólo ve nieblas delante,
Polvo y lágrimas detrás.
Cuando los fríos despojos
De lo que ha sido contemplo,
¡Cuánta lección, cuánto ejemplo
Encuentran mis tristes ojos!
Ídolos mil que de hinojos
El necio vulgo entroniza
Y entre aplausos diviniza,
Yo os admiré en el altar:
Volví otra vez á pasar,
Y no hallé más que ceniza.»

No se crea que este desapego á lo deleznable y mortal proviene de excesivo pirronismo, ni todavía menos de misantrópico humor ó de un desencanto de la vida que sería inexplicable en quien ha debido á la Providencia tan ricos dones. El Duque de Rivas no es pesimista ni blasfemo. Penetrado de que no es posible gozar la suprema beatitud sino en la bienaventuranza, mira con indiferencia ó con desvío el oropel de ciertas grandezas; pero no llega jamás al extremo desconsolador de decir al mundo, como el Dios impío de *La desesperación* de Lamartine: eres

Trop indigne à mes yeux d'amour ou de colère.

En ese mundo que el gran lírico francés juzgaba indigno de amor y de menosprecio, vi-

ven los seres que llenan el corazón de nuestro poeta; y su pecho es demasiado generoso para no deleitarse en el amor, en la amistad, en la abnegación, en la gloria, en todo aquello que ennoblece los sentimientos del alma. Insensible á la cruel mordedura

Della brama insanabile che invano
Felicità richiede,

no reniega, como Leopardi, de Dios y de sí mismo; no duda, no desespera de cuanto puede labrar nuestra dicha en este mundo, ni enteramente bueno, ni absolutamente malo. Lejos de tener por incurable el vehemente deseo de llegar á la felicidad; lejos de suponer que el hombre la busca en vano, sabe que esa aspiración es legítima, que podemos realizarla huyendo de las exageraciones á que en su locura se abandonan los espíritus entecos ó rebeldes para quienes desear y no conseguir es un infierno en la tierra. En concepto del Duque de Rivas,

«Libro es la adversidad que al hombre enseña
Á conocer al hombre,
Sin que lo enerve la falaz lisonja
Ó turben las pasiones.»

El que así piensa y entiende la adversidad de tal modo, ¿cómo había de tener la felicidad por imposible? De que no la tiene dan fe los

siguientes versos dirigidos á su hijo *Hernán*, nacido á los tres meses de haber muerto el famoso autor de *Don Álvaro:*

«Vuelva por tí la luz de la existencia
Á serme dulce y cara:
Tú eres, oh niño, en mi afanosa vida
Iris de paz que ahuyenta la borrasca.»

Si en horas de abatimiento y de amargura se le escapa del alma esta confesión:

«Ayer dudaba del poder divino,
Y hoy tengo miedo de mi propia duda...»

pronto, disipadas las nubes que le ofuscaban y entristecían, le oiremos exclamar:

«Puede en ceniza el soplo de la guerra
Tornar frutos y flores;
Mas ¿quién apagará sobre la tierra
De la divina cruz los resplandores?»

Esta seguridad de que no son perdurables el mal ni el error, seguridad latente en todas las composiciones del libro, contribuye mucho á enriquecerlo con bellas imágenes y elevados pensamientos. En ella se cifra parte de la simpatía que despiertan unos versos que no son mero ruido de palabras sonoras concertadas con deslumbrador artificio, sino hermosa expresión de ideas y sentimientos sellados con el sello indeleble de la inspiración y de la verdad poética. El Duque de Rivas ha consegui-

do descifrar el enigma de esa misteriosa esfinge cuyo secreto importa poco á los simples constructores de versos, los cuales apenas se cuidan de otra cosa que de sorprender y alucinar á la multitud con el flauteado de las rimas ó con el asordante fragor de epítetos desaforados.

Sin penetrar los arcanos de la verdad poética, sin connaturalizarse con ella sinceramente, se podrá conseguir hasta versificar de un modo halagüeño; mas no se llegará á merecer el dictado de poeta. El que lo es no canta á destajo, convirtiendo el arte en oficio; no profana la inspiración, esforzándose por producir siempre y mucho para meter ruido en todas partes; no corre con desatentado afán en busca del efecto y de la ganancia: canta, cuando siente la necesidad de expresar algo que haya conmovido su corazón ó exaltado su fantasía. De ese modo podrá tal vez no arrancar aplausos á la muchedumbre, ni adquirir el aura estrepitosa y efímera de la popularidad; pero conseguirá el aprecio de los entendidos, y lo que es más envidiable aún, la estimación de las generaciones futuras.

Lo extravagante, lo amanerado, lo falso brilla y seduce á la generalidad en tiempos calamitosos; mas no es posible que delirios churriguerescos arraiguen y prevalezcan. Donde

no hay verdad, no hay poesía; donde no hay poesía, no hay belleza, sea cual fuere el asunto de que se trate.

Poético en sumo grado es el Duque de Rivas hasta en aquellos poemas de índole más vecina de la prosa, como sucede en la *Epístola* en tercetos dirigida á su grande amigo el Marqués de Molíns, que ha bajado recientemente al sepulcro dejando en la esfera del saber, de la bien nacida inspiración y del buen gusto literario un vacío muy difícil de llenar. En esa *Epístola*, no inferior en mérito á las mejores de los Argensolas, pinta con indignación juvenalesca la codiciosa hipocresía, la desastrosa ceguedad ó pérfidas artes de buscones, revolucionarios é impíos. Allí dice, refiriéndose al incauto vulgo:

«Turba audaz de sofistas charlatanes
Y de soldados réprobos trafican
Con su ruda ignorancia y sus desmanes.
Mentida libertad falsos predican;
Y enseñándole á hollar santos deberes,
Odio ciego y furor le comunican;»

y encarándose con la plebe, añade:

«¿Piensas tu necesaria servidumbre
Romper, juguete de ambición ajena,
Porque caiga un poder y otro se encumbre?
Aquél que alzaste ayer, hoy te refrena;
Y el rústico patán queda labriego,
Y vuelve el menestral á su faena.»

Pero si anatematiza los desvaríos de la demagogia y condena los vicios del moderno sistema parlamentario, por virtud del cual las antiguas Cortes de tres brazos

«Son hoy Congreso de trescientas bocas,»

también apostrofa duramente á los de su alcurnia, si en días de expiación y de prueba los contempla *al borde del abismo* entregados á fútiles ó enervantes placeres:

«¡Ciegos! ¿No veis la tormenta
Que os arroja el torbellino?
¡Sordos! ¿El trueno que ruge
No escuchan vuestros oídos?
Despertad; no es el momento
De frívolos desvaríos,
Sino de ardientes plegarias,
De abnegación y heroísmo.
Despertad, antes que el rayo
Hunda artesones y frisos,
Y que el petróleo devore
Vuestros áureos edificios.»

Como cultivador del género histórico-legendario, el Duque de Rivas nos ofrece los preciosos romances del poemita rotulado *La noche antes*, donde por diverso camino llega á competir con los del insigne autor de los *Romances históricos*.

Como intérprete feliz de los encantos de la naturaleza, muestra á cada paso bellísimas descripciones, ya recuerde con espiritual deli-

cia de qué suerte desmaya el sol tras la dorada cima del Vómero ú ostentan los montes de Posilipo coronada su frente con guirnaldas de encina; ya recorra los campos que se extienden de Veletri hasta Anxur, y ante las ponzoñosas flores que bordan las márgenes de *las lagunas Pontinas* respire aquel aire

«Que deleitando la existencia apaga;»

ya contemple *desde una altura de los Alpes* los

«Astros de luz, mecidos
Como bajeles de oro
En incógnito mar;»

ya, en fin, cante la vuelta de *La Primavera*, participando del sentimiento que experimentaba Ovidio al ver hincharse el ramo en los árboles, *turgescit in arbore ramus,* admirando de qué modo

«La voluble mariposa
Despliega al sol sus cambiantes;
La abeja viene zumbando
En torno de los rosales,
Y en luz bañado el ambiente,
Lleno de aromas el aire,
Amor el orbe respira
De vida y gozo radiante.»

De lo dicho hasta aquí, y de los ejemplos citados, se deduce claramente la exactitud de mis observaciones relativas al presente libro. Pero aún se encuentra en él una nota, como

ahora se dice, que hace también grande honor á la lealtad y á la nobleza de alma del inspirado prócer: tal es el espíritu que anima sus composiciones consagradas á dar muestras de amor á la Monarquía ensalzando á nuestra Familia Real. En este punto el actual Duque de Rivas permanece fiel á las tradiciones de su casa, pues nadie ignora que al morir Fernando VII y afiliarse una gran parte de la grandeza española en las bandas del pretendiente, D. Ángel Saavedra siguió y defendió con generoso entusiasmo la causa de la dinastía legítima. Presumo, pues, que al escribir nuestro D. Enrique en el *Album* del malogrado Rey D. Alfonso XII:

«Al veros luego en extranjera tierra
Niño infeliz proscrito,
La nativa lealtad creció en mi pecho,
Mayor fué mi cariño,»

sus versos eran eco de la voz interna de su alma. Ni es menos veraz cuando afirma que el augusto niño, heredero de los Alfonsos, es hoy para España

«Prenda de paz, de gloria y de fortuna,»

ó cuando encomia las altas virtudes de la Reina Regente Doña María Cristina,

«De ánimo excelso, generosa, bella,»

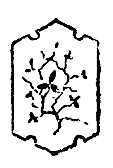
ó al celebrar las dotes que ilustran á las In-

fantas Doña Paz, Doña Eulalia y Doña María Isabel, de la cual dice con harta razón:

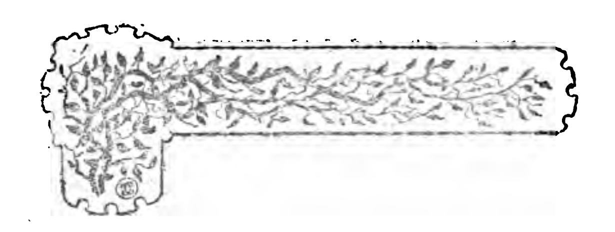
«Cual fresco y puro manantial que el ave
Busca en la sombra de floresta amiga,
Paz y amor difundís... Mas ¿quién no sabe
Que hada celeste sois que el bien prodiga?
¡Si no hay pecho infeliz que no os alabe,
Ni humano corazón que no os bendiga!»

En resolución, las poesías contenidas en este volumen demuestran, no solamente que D. Enrique de Saavedra y Cueto es un cumplido caballero y un poeta de mérito relevante en quien está honrado el título que lleva de Duque de Rivas, sino también que la verdad y la belleza moral, lejos de perjudicar á la libertad del arte, son el mejor y más puro fundamento de toda belleza artística.

MANUEL CAÑETE.



IMPRESIONES Y FANTASÍAS



A UN ARBOL.

Árbol ¿por qué del campo en la llanura
Siempre mis pasos á buscarte van,
Y al contemplar tu pompa y tu verdura
Siento en el alma indefinible afán?

¿Por qué, si el huracán en raudo giro
Tu ramaje columpia con furor,
Dentro del alma á mi pesar suspiro
Por cada hoja perdida y cada flor?

Acaso, acaso en tu lozana vida
Algún misterio el corazón verá;
Tal vez mi suerte á tu existencia unida
Por impalpable vínculo estará.

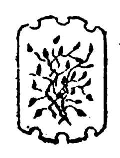
¡Quién sabe si darás á mis amores
Fresca sombra en tu verde pabellón,
Si sentiré, cubierto con tus flores,
De un ángel palpitar el corazón!

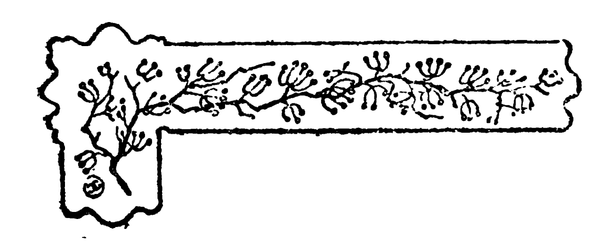
Tal vez robusta y poderosa lanza
Tus vástagos gigantes me darán;
Tal vez, cuando se logre mi esperanza,
Ramos tuyos mi sien coronarán.

¡Quién sabe si al cruzar los anchos mares
Tú serás el timón de mi bajel,
Ó de triste naufragio en los azares
La pobre tabla que me salve en él!

Mas si de amor la tienda encantadora
No has de ser, ni la lanza, ni el timón,
Ni la flotante tabla bienhechora
Que me libre del mar y el aquilón,

Cuando la muerte mi destino amanse,
Árbol, quién sabe si caerás también;
Si el féretro serás en que descanse
Mi helado pecho, mi marchita sien!

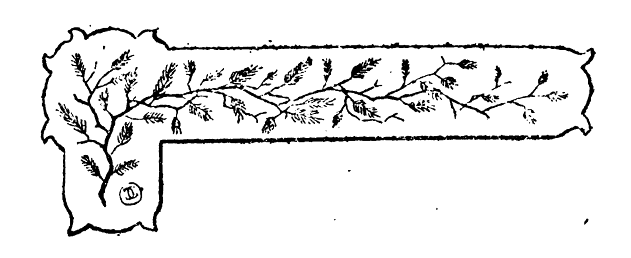




HUMO Y CENIZA.

SONETO.

Fumaba yo tendido en mi butaca,
Cuando, al sopor de plácido mareo,
Mis sueños de oro realizarse veo
Del humo azul entre la niebla opaca.
Mas ni la gloria mi ambición aplaca,
Ni hallo dicha que colme mi deseo,
Hasta que al fin por el ambiente creo
Verte mecida en vaporosa hamaca.
Corro hacia tí, mi corazón te invoca;
Y cuando el fuego del amor me hechiza,
Y van mis labios á sellar tu boca,
De ellos ¡ay! el cigarro se desliza;
Y sólo queda de ilusión tan loca
Humo en el aire y á mis pies ceniza.



EL CANTO DE LA SIRENA.

Ya asoma la luna
Por la cumbre del monte vecino;
Su rostro divino
Refleja en la mar.
Mi Delio reposa
En su barco que envuelve la bruma,
Y ya puedo, cantando amorosa,
Batiendo la espuma,
Su sueño arrullar.

¡Bendita la noche,
Y benditos los tibios fulgores
Del astro de amores
Que argenta tu sien!
Entre olas levanto
Mi cabeza á su lumbre indecisa,
Y suspenden, si entono mi canto,
Su vuelo la brisa,
La mar su vaivén.

Mi voz de sirena
Es la voz del arroyo y del ave,
Del aura suave
Gimiendo en la flor.
Reposa, bien mío,
Y mis cantos escucha risueño;
De tu barco las ondas desvío,
Yo velo tu sueño,
Soy tu ángel de amor.

De Dios al amparo,
Móvil concha sirvióme de cuna;
Mi sola fortuna
Fué un barco y la red:
Mi dicha inocente
De la pesca los varios azares,
Ó contigo soñando la mente,
Mecerme en los mares
Del viento á merced.

En rústica danza,
¡Cuántas veces en esa ribera
Mi planta ligera
La arena grabó!
El libre cabello
De azabache flotaba en mi espalda,
Y la brisa besando mi cuello,
Jugando en mi falda,
De amor suspiró.

Mas ¡ay! del que fía
De este mar que los astros refleja,
É incauto se aleja
Bogando al azar!
Mis tristes despojos
Sepultó con tu dulce esperanza;
Y sin mí que era luz de tus ojos,
Tu pecho no alcanza
La dicha á encontrar.

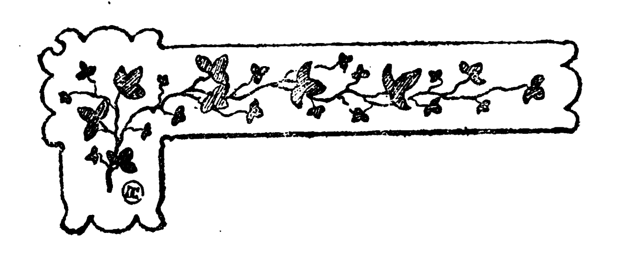
Bramó la tormenta;
Retemblaron la playa y la cumbre;
Del rayo la lumbre
La niebla rasgó.
¡Fué vano el lamento!
¡No escuchaste mi triste querella!
Entre rocas, juguete del viento,
Mi barco se estrella,
¡Mi barco se hundió!

Vagar sin ventura
De la mar en el fondo es mi sino;
Mi eterno destino
Tu rumbo seguir.
Tu leve barquilla
Con poder invisible yo guío;
Soy el genio que salva tu quilla,
Si el viento al bajío
La empuja á morir.

Ignoro, en mi arcano,
Si soy ángel, mujer ó sirena,
Si mi alma enajena
Placer ó dolor.
Tu vida es mi muerte,
Y aquí aguardo tu instante postrero;
Mas salvarte doquier es mi suerte,
Y amansa el mar fiero
Mi acento de amor.

¡Que rompa el Eterno
De tu vida mortal la barrera;
Que mi alma á su esfera
Se digne llamar!
Y de ángel las galas
Ya verás cómo tiendo en el cielo
Y recojo tu aliento en mis alas,
Dejando en mi vuelo
La tierra y la mar.





EL BESO.

Si como el sol tu belleza
Á la misma nieve inflama,
Y encumbra tu gentileza
La sal que se te derrama,
No extrañes, Laura querida,
Que al mirarte pierda el seso,
Ni que te ofrezca la vida
Por un beso.

Si dan tus ojos agravios
Al claro fulgor del día,
Si de rubí son tus labios
Y tu aliento es ambrosía,
¿Por qué te causa rubor
Que en mi extático embeleso
Te diga, ciego de amor:
¡Laura, un beso!

Ni el fausto de la grandeza,
Ni el humo del poderío
Desvanecen mi cabeza,
Ni turban el sueño mío.
No anhela mi corazón
Por los tesoros de Creso:
Laura, toda mi ambición
Es un beso.

No apartes de mí los ojos;
Que en mi amorosa locura,
Ni quiero causarte enojos,
Ni mancillar tu hermosura.
El aura besa la flor
Y su cáliz queda ileso;
Que no es afrenta al honor,
Laura, un beso.

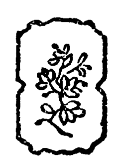
¡Ah! vuélveme tu mirada
Y contempla mi agonía;
Que es de un alma enamorada
Sólo mi amante porfía.
Y si tu enojo provoca
De mi demanda el exceso,
Tú puedes sellar mi boca
Con un beso.

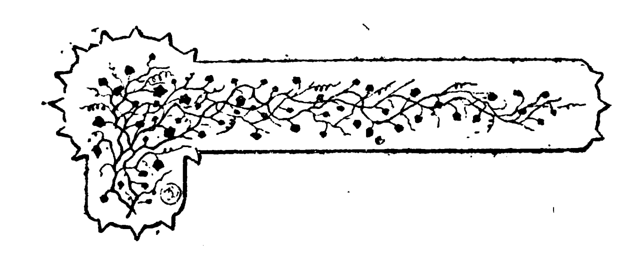
De vagas tintas suaves
Se reviste el horizonte;
Ya apenas cantan las aves,

Ya se hunde el sol tras el monte.
  Cesa el tumulto del día,
Y yo de amarte no ceso:
Dame, por Dios, Laura mía,
      Dame un beso.

  Allá por la verde alfombra
Manso el arroyo serpea...
Ya se desliza la sombra,
Ya el silencio nos rodea.
  Todo en el orbe conspira
Al amor que te profeso;
Y en tanto, mi alma delira
      Por un beso.

  Ese ¡ay! que das al ambiente,
Mis potencias extasía:
Tus rizos tocan mi frente,
Tu mano oprime la mía.
  El fuego de la pasión
Está en tus ojos impreso:
Laura de mi corazón,
      Dame un beso.



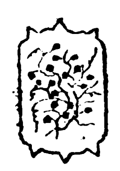


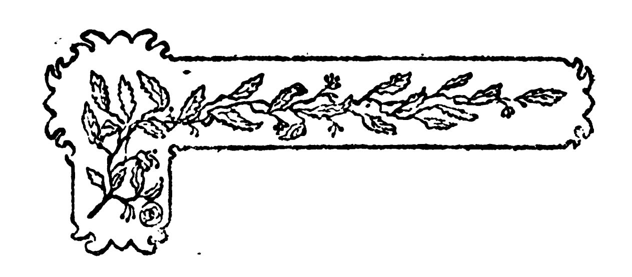
¿QUIÉN MANDA?

No sé si el cuerpo en el alma,
Ó si está el alma en el cuerpo;
Mas sé que juntos caminan,
Renegando al mismo tiempo.
  Cual cónyuges desdichados
De caracteres adversos,
En común hacen la vida;
Pero ¡qué vida! un infierno.
  Siendo distinta su esencia,
Distinto su fin y empleo,
Si el uno dice: me place,
La otra responde: no quiero.
  Mas nada como en amores
Se ve su genial diverso,
Y ese pugnar de la vida
Entre los dos elementos.
  Si no, pongamos que el alma
Arde en platónico fuego,

De la belleza ideal
Tras el divino concepto;
Pongamos que en sus afanes,
Hallando forma al deseo,
Vive en deliquios y arrobos,
Más que en la tierra, en el cielo.
Él va, mientras ella goza,
Flaco, triste, macilento,
Jurando hacer de las suyas
Al descuido más ligero.
¡Ah, si los sentidos logran,
Tan ingeniosos y arteros,
Avasallar su albedrío,
Adormecerla un momento!
Ábrense paso en tumulto
Los apetitos y anhelos
Que en la materia yacían,
Como un enjambre de insectos.
Y si al chocar de los vasos,
Ó entre el rumor de los besos,
Despierta el alma dormida,
Llena de susto y recelo,
¡Ay! al verse mancillada
Se avergüenza en sus adentros,
Y de los lazos maldice
Con que la ataron al cuerpo.
En amorosos achaques
¿Cómo han de hallarse de acuerdo?
Ella va en pos de la idea,

Él busca deleite ciego.
  Así por el mundo pasan
En ese luchar perpetuo;
Así de la tumba llegan
Al insondable misterio.
  Pero, al cabo, ¿quién domina?
¿Quién es el rey? ¿quién el siervo?
¿Es la materia la esclava?
¿Es el espíritu el dueño?...
  Sólo sé que al cuerpo es dable
Hundir al alma en el cieno,
Y que ella, por más que lucha,
No puede alzarlo hasta el cielo.





EL CANTO EN LA RIA.

RECUERDO DE DEVA.

I.

La tarde cae: el luminar del día
En incierto crepúsculo se apaga;
Cede la mar en su tenaz porfía,
Tímida el aura por las frondas vaga.

Ya hacia el redil sus cándidas ovejas
Lleva el zagal por el cercano egido;
Ya suspende la tórtola sus quejas
Al ver que vuelve su consorte al nido.

El pescador por la vecina playa
Sus pardas redes en la arena tiende,
Y del ocaso la indecisa raya
Apenas vago resplandor enciende.

Hora de paz, indefinible y pura,
En que vuelan á Dios los pensamientos;
Hora de melancólica ternura,
Tal vez de amor y dulces juramentos.

En su lecho de rústicas montañas
Con lánguido rumor susurra el Deva,
Y entre adelfas y juncos y espadañas
Con lento paso sus cristales lleva.

De súbito, turbando su reposo,
Alegre juventud llega á la orilla,
Y con humor festivo y bullicioso
Gana en tropel esbelta navecilla.

El remo cae; la linfa transparente
Al golpe salta en bullidora espuma,
Y venciendo la plácida corriente
Sube la barca entre ligera bruma...

Silencio impone la nocturna sombra,
Fúnebre gasa envuelve el horizonte,
Y es el follaje como negra alfombra
Que enluta el valle, que tapiza el monte.

Mas luego asoma en la vecina cumbre
La luna como fúlgido topacio,
Y en suaves tintas y argentada lumbre
Baña la tierra y el azul espacio.

Y torna en plata el sosegado río,
En donde el claro cielo resplandece;
Y la barca, suspensa en el vacío,
Como visión fantástica, parece...

Elena, Elena, entonces tu garganta
Desátase en raudales de harmonía,
Y las floridas márgenes encanta,
Inmóvil queda la corriente fría.

II.

Ya es tu acento dulcísimo suspiro,
Del alma enamorada,
Ya la queja de un ave en su retiro,
Ó plañidero son de una cascada.

Ya de arroyuelo el plácido murmullo
En la florida vega,
De la mansa paloma el tierno arrullo,
Rumor del aura que entre flores juega.

Ó vibrando con eco sobrehumano
Mi espíritu estremece,
Como si oyera á piélago lejano
Que al soplo de los vientos se embravece.

É ignoro yo, si enérgica ó süave
La voz que me enajena,

Es angélico acento, trino de ave,
Gemir del mar ó canto de sirena.

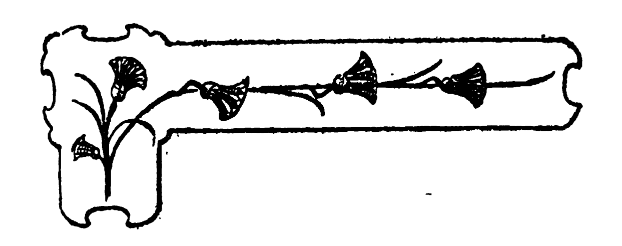
Sólo sé que despierta en mi memoria
La dicha y el dolor;
Que me cerca de imágenes de gloria,
Que me arrebata en éxtasis de amor.

Sólo sé, Elena, que tu voz encierra
Divino talismán;
Que en ella los lamentos de la tierra
Y los himnos angélicos están...

Cesó el cantar: el remo cadencioso
Volvió el cristal de la corriente á herir;
Mas de tu voz el eco melodioso
Aún pensaba en los ámbitos oir.

Y aun hoy, lejos de tí, mi fantasía
Guarda de aquellas horas la ilusión:
Tu imagen vive en la memoria mía;
Tu acento me subyuga el corazón.





A BLANCA ROSA.

Blanca Rosa te pusieron,
Y á fe que el nombre te sienta:
Lo de rosa á tus mejillas,
Lo de blanca á tu inocencia.

De la niñez los albores
Son luz y cándida niebla,
Que es la razón como aurora
Que entre celajes despierta.

Dos polos tiene la vida:
Móvil cuna y honda huesa;
Para brillar en oriente
En ocaso el sol se acuesta.

La cuna es mísera nave
Que afanosa al puerto llega,
Incógnito mar dejando
Detrás de la blanca vela.

Y es el sepulcro un abismo
En cuyas hondas tinieblas
Está escondida la llave
Que del cielo abre la puerta.

Todos allá caminamos
Por varias múltiples sendas,
Entre arroyuelos y flores
Ó peñascos y malezas.

Aquél, cantando festivo,
Laureles y rosas huella;
Éste, con lúgubre llanto,
Desiertos páramos riega.

Mas ¿qué importa?—Los que cantan
Y aquéllos que se lamentan,
Corren al mismo destino
Y la misma carga llevan.

No hay para éstos más placer
Ni para aquéllos más penas;
Que Dios á todos iguales
Nos hizo sobre la tierra.

Se cubre el cuerpo de harapos
Ó se cubre de oro y seda;
Mas en pesares y dichas
Todos los pechos alternan.

La choza, como el palacio,
Humanos seres alberga,
Y risa y llanto no saben
De esplendor ni de pobreza.

Placeres, danzas, festines,
Dolor, quebranto, miseria,
Todo es un mismo paisaje
Visto con luces diversas.

Bien lo sé... tus lindos ojos
Ven imágenes risueñas;
Cuadros de amor y ventura
Doquier tu pecho embelesan.

Te dan su canto las aves,
Te da sus flores la selva,
Y el orbe entero sonríe
Si tu sonrisa le muestras.

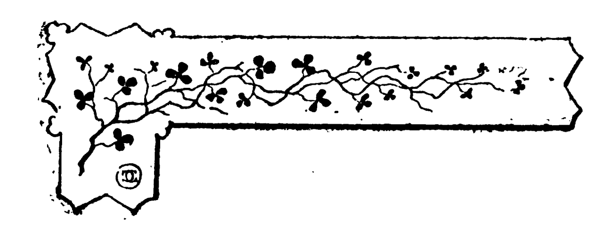
Mas ¡ay niña! cuanto miras
Tu mente lo finge y crea...
Blanca, eres tú que embelleces
Cuanto tus ojos comtemplan.

Tú, que celestes recuerdos
Aún en el alma conservas,
Y das á los horizontes
La magia de tu inocencia,

Guarda, guarda ese tesoro,
Como la concha su perla,
Como su aroma los campos,
Como su luz las estrellas.

El mundo es terso cristal
Que indiferente refleja
Las dichas ó los pesares
Que cada cual dentro lleva.





EL ZAPATO (1).

CARTA Á LA

EXCMA. SRA. DUQUESA DE FERNÁN-NÚÑEZ.

Un grave asunto, Duquesa,
Me tiene fuera de mí;
Y aunque enojarte me pesa,
Al fin me dirijo á tí
Pidiendo ayuda en mi empresa.

En breve vas á saber
Lo que ya me ha hecho perder
El sueño y el apetito:
¡Un zapato de mujer
Es el cuerpo del delito!

(1) Estos versos fueron escritos con motivo de una broma de Carnaval. Los incluyo en esta colección por llevar al frente el nombre de una de mis mejores amigas.

Siempre la dicha ideal
Busqué fuera del bullicio
De la turba mundanal;
Pero viene el Carnaval
Y al fin me saca de quicio.

«Baile en el Conservatorio»
Me dijeron, y al holgorio
Como otro cualquiera fuí,
No lances á lo Tenorio
Ni amores buscando allí.

Ya en medio de aquella gresca,
Donde no hay color ni traza
Que á los ojos no se ofrezca,
Donde unos vienen de caza,
Donde otros vienen de pesca;

Yo, que en alegre tumulto
Siempre afligido me pongo,
Triste, soñador, estulto,
Solitario como un hongo
Cruzaba entre bulto y bulto.

Mas héte que una tapada,
Lo mismo que una saeta
Á mí se vino flechada,
Á través de la careta
Lanzándome una mirada.

Pronto con sus negros ojos
Me subyuga, me fascina,
Y con charla peregrina,
Ya entre flores, ya entre abrojos,
Á su placer me encamina.

¡Qué chiste! amiga Duquesa,
¡Qué tono de voz fingido!
En medio de mi sorpresa,
Un no sé qué de princesa
Ví en su porte distinguido.

Mi corazón en tributo
Iba á rendir á la máscara;
Mas párome irresoluto,
Y dígome: «Por la cáscara
No debe juzgarse el fruto.»

—«Bella tapada, me afano
Sin poderte conocer;
Tu mano déjame ver.»
—«¿Por qué no? He aquí mi mano,
Si eso te causa placer.»

Y la máscara ladina
Con mil dengues quitó el guante,
Y una mano alabastrina,
Aristocrática y fina
Vieron mis ojos delante.

Aunque fija mi atención
Aquella mano y me embarga,
Nada saco en conclusión,
Y otra vez vuelvo á la carga
Tras de nueva concesión.

—«Que tu mirada destella
Con viva luz, bien lo sé.
¡Ay! enséñame tu pie;
Y si es cual tu mano bella,
De todo el resto doy fe.»

—«¿Eso más? dijo la dama:
Ya tanto pedir me escama.»
Y con sin igual donaire,
Que todo mi cuerpo inflama,
Sacó la patita al aire.

¡Qué pie aquél! era ideal.
¡Qué contorno sobrehumano!
Á mi juicio, empeño vano
Fuera pedir otro igual
Al arte griego y romano.

Era un pie, ¡cielos, qué pie!
Más elegante y pulido
En el mundo no se ve:
Por él sólo he comprendido
El placer de un puntapié.

Era un pie de bayadera,
Y de sílfide, y de ninfa;
Un pie que valsar pudiera
De un lago en la clara linfa
Sin que el agua lo advirtiera.

En fin, pie que por las flores
Pudiera leve triscar
Sin un vástago tronchar,
Y las corolas pisar
Sin mengua de sus colores.

La rica media de seda
Velaba empeine y tobillo,
Y el resto del pie se hospeda
En un escarpín sencillo
Que al bronce en color remeda.

En vez de lazo ó botón,
Por áurea hebilla ceñido
Iba el zapato en cuestión,
Y muy galano y pulido
Sobre el airoso tacón.

Al ver tan divino pie,
En ardoroso arrebato
Entusiasmado exclamé:
—Lo que quieras te daré
Si me das ese zapato.

—¿Te gusta? pues lo tendrás:
Yo mi palabra te empeño
Que en tu casa lo verás:
Adiós. Sin decirme más
Despareció como un sueño.

Á la mañana siguiente
En todas partes veía
Aquel zapato presente.
Mi mente ya no era mente;
Era una zapatería.

Aún me encontraba en el lecho,
Bien fatigado y maltrecho,
Cuando entró mi servidor,
Y con aire satisfecho
Me dijo: «Señor, señor.»

—¿Qué hay de nuevo?—Este papel
Para vos.—¡Ah, buen augurio!...
Un zapato viene en él...
Y ¿quién ha sido el Mercurio?
—¿Quién? un mozo de cordel.

«No me gusta la aventura,»
Exclamé un tanto mohíno;
Y rompiendo la envoltura,
Ví el zapato peregrino
Objeto de mi locura.

Mas dentro hallé un papelito,
En verdad algo gaitero,
Con esto en el centro escrito:
«En ocho días te invito
Á buscar el compañero.»

De hallarlo es tal mi deseo,
Que sufriendo mil trabajos
Por todo Madrid paseo,
Siempre estudiando los bajos
De cuantas mujeres veo.

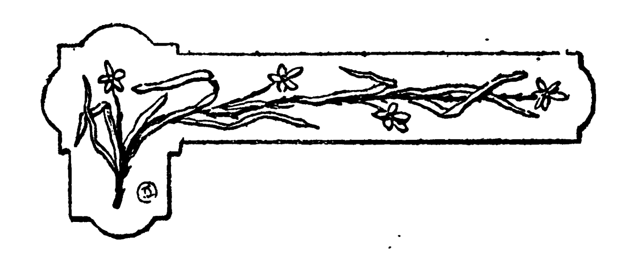
Como les sigo la pista
En los pies fija la vista,
Dicen unas: ¡majadero!
Muchas me juzgan callista,
Y no pocas zapatero.

Si hay marido, de reojo
Me ve tras de la consorte:
Quién dice que me reporte...
Si sigo así, algún tramojo
Me va á pasar en la corte.

Con tu ingenio de mujer
Tú me puedes socorrer,
Duquesa, en tan duro trance:
Que me ampare tu poder,
Y saldré airoso del lance.

Depón, Duquesa querida,
Tanto misterio y recato:
Si lo sabes, por tu vida,
No me ocultes dónde anida
La dueña de este zapato.





ADIOS Á ROSA Y Á JESUSA (1).

Nace la flor, y vierte la alborada
Sus lágrimas en ella;
Y ¡adiós! os dice, oculta en la enramada,
La alondra en su querella.

Y murmura el humilde Manzanares
Con su mansa corriente:
¡Adiós! hijas del sol y de los mares,
Perlas del Occidente.

Y reclinado en la mullida arena
Lamenta su destino,
De belleza y amor rindiendo al Sena
Tributo peregrino.

(1) Bellas señoritas peruanas que, después de pasar una temporada en Madrid, volvieron á París, donde su familia se hallaba establecida.



Rosa y Jesusa, ¡adiós! También mi lira
Embarga el sentimiento:
No el canto, un ¡ay! del alma que suspira
Os lleva el raudo viento.

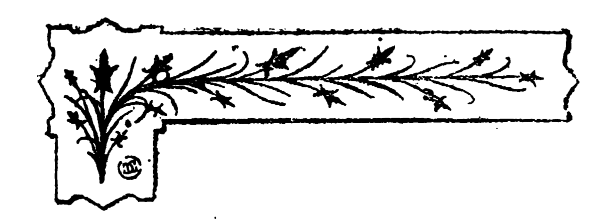
Rico y dichoso Edén, patria de amores,
Hoy París os convida:
Entre danzas y cánticos y flores
Breve sueño es la vida.

De esa región de luz y de contento
Que hoy os brinda sus galas,
Tal vez mañana el vago pensamiento
Vuelva á Madrid sus alas.

De recuerdos la loca fantasía
Sus alcázares puebla:
¡Cuántos sueños de amor y de alegría
Del pasado en la niebla!

Mayor ventura que el presente alcanza,
Cualquiera tiempo encierra:
Un recuerdo no más, ó una esperanza,
Es la dicha en la tierra.





A UN ARROYO.

Cruzando alegre la feliz pradera
Caminas al azar,
La pompa que engalana tu ribera
Ufano en retratar.

Plácidas auras por tus ondas giran
Con lánguido rumor,
Y aromas en tus márgenes espiran
El árbol y la flor.

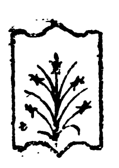
Y al rayo de la luna, rebozadas
En cándido cendal,
Vense ligeras, vaporosas hadas
Jugando en tu cristal.

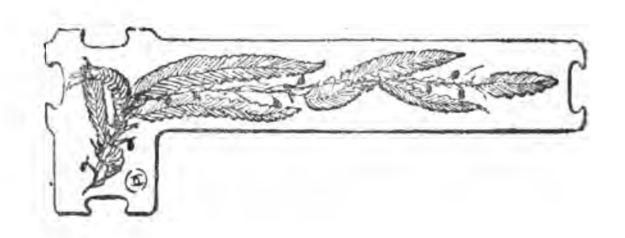
Mas ¡ay de tí! si el ábrego sombrío
Ensancha tu poder,
Y luego llevas, desbordado río,
El luto por doquier...

Todas tus galas, el clavel, la rosa,
El álamo gentil,
Irán en tu corriente cenagosa
Como despojo vil...

Así es la vida, arroyo que murmura
Entre una y otra flor;
Las hadas son los sueños de ventura,
El ábrego el dolor.

Así es la vida, arroyo transparente
Que va buscando el mar,
Y serena ó enturbia su corriente
La dicha ó el pesar.





EL LIRIO.

¡Oh cuán feliz esta noche
Seré en la fiesta brillante,
Cuando á compás de la orquesta
Luzca gentil mi donaire!
Perlas preparo á mi cuello,
Dorada cinta á mi talle...
¿Querrás tú, cándido lirio,
Las negras trenzas ornarme?

—¡Ah! por piedad, olvidado
Déjame, niña, en el valle;
Que no resisten mis hojas
Los resplandores de un baile.
Para tu negro cabello,
Más bien que de un lirio el cáliz
Coge encendidos claveles,
Busca jacintos fragantes.

—Me cubre de esposa el velo
Y feliz mi pecho late;
Que al pie del altar me espera
Mi rendido y tierno amante.
En la olorosa guirnalda,
De mis hechizos alarde,
Á contemplar mi ventura
¿Quieres, lirio, que te enlace?

—En medio de vuestra dicha
No sienta mi yerta imagen,
Ni mis pétalos de nieve
Entre dos pechos que arden.
Bien están en tu corona
Esas rosas y azahares;
No en melancólicos lirios
Ciñen la sien los amantes.

—¿Qué pena iguala á la pena
De esta desolada madre?
El hijo de mis entrañas
¡Pobre niño! muerto yace.
¡Ay!... Déjame, bello lirio,
Que del tallo te separe,
Y, entre mi llanto, en su tumba
Tu pura fragancia esparce.

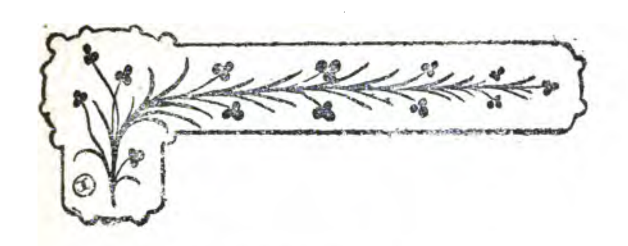
—¿Qué intentas, madre infelice?
¿Hacer de mí otro cadáver?

Mejor luciendo en el tallo
Del que lloras seré imagen.
Para la huesa del niño,
Que ya en el cielo es un ángel,
Coge más bien siemprevivas,
Que recuerden tus pesares.

—La juventud, la belleza,
Bienes que un soplo deshace;
Señor, recibe la palma
Que te rindo en los altares.
Y hoy que á tu esposa desciendes,
De amor y gloria radiante,
Como en templo de pureza
Quiero en mi pecho guardarte.

—Virgen divina, tu mano
Piadosa al tallo me arranque,
Y llévame al corazón,
Y allí mi cáliz descanse.
Yo seré místico emblema
De esa llama que en tí arde;
Yo en el ara de tu seno
Seré el incienso fragante.





LA TORMENTA [1].

RASGA siniestra lumbre
Los negros horizontes;
Surgen movibles montes
Del turbulento mar:
Ya el rudo marinero
Sin esperanza lucha,
Y con pavor escucha
El aquilón bramar.

Sobre eminente roca,
Suelto al aire el cabello,
Pálido el rostro bello,
Desnudo el blanco pie;
Una esposa infelice
Con angustiados ojos
Rodar tristes despojos
Sobre las ondas ve.

(1) Versos escritos para ser puestos en música por el distinguido compositor Sr. Moderati.

Y saltan á su frente
Las férvidas espumas,
La envuelven densas brumas
En hórrido vapor;
El trueno fragoroso
Confunde sus lamentos,
El silbo de los vientos
Sus ayes de dolor.

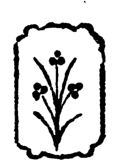
Y en vano entre la niebla
Buscando del que adora
La nave pescadora
Con anheloso afán,
Postrándose de hinojos,
Así dice en su duelo,
Palabras que hasta el cielo
Entre sollozos van:

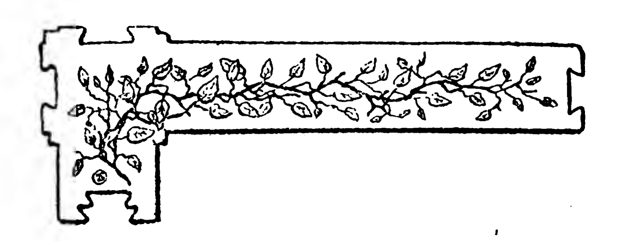
«Señor, el rayo apaga
En tu potente mano;
Del férvido Oceano
Sosiéguese el furor.
Que el ábrego sañudo
Á tu poder se humille,
Y en los espacios brille
El iris de tu amor.

Si mi penar profundo
No mueve tu albedrío,

De mis hijos, Dios mío,
Misericordia ten.
Con inocente lloro
Te imploran en la orilla...
Salva, Señor, la quilla
Que encierra nuestro bien.

¿Qué miro? Parda vela
Surge, se acerca, crece;
Sobre el raudal se mece,
Cual descuidado alción.
¡Oh ventura, es su nave,
Es mi amor, es mi esposo!...
Gracias, oh Dios piadoso,
Te rinde el corazón.»





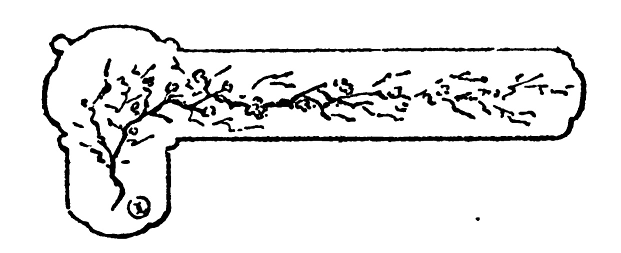
AL NACIMIENTO DE JESUS.

SONETO (1).

El que á la noche dió cándida luna,
Su lumbre al sol, al universo leyes,
De humilde establo de apacibles bueyes
Hace del Verbo rutilante cuna.
  Los que lloráis sin esperanza alguna,
Hijos de Adán, degeneradas greyes,
El árbitro de pueblos y de reyes
Os trae la paz, la gloria y la fortuna.
  Nace Jesús: del porvenir soñado
Se rasga el velo, y con afán profundo
Contempla á Dios el orbe alborozado.
  ¡Misterio de piedad santo y fecundo!
Para lavar la mancha del pecado
Baja á ser hombre el Creador del mundo.

(1) Escrito para una de las Navidades celebradas en casa del señor Marqués de Molins.





CONTEMPLACIÓN NOCTURNA

DESDE UNA ALTURA DE LOS ALPES.

NOCHE clara y amiga,
Déjame que, en tu encanto embebecido,
Por esos dilatados horizontes
El lento curso de los astros siga.
Déjame ver en tu apacible seno
Rodar la luna, fúlgido topacio,
Dando esplendor á las heladas cumbres,
Y tu ancho velo en el tendido espacio,
Salpicado de trémulas vislumbres.

Mas ¿qué vaga tristeza
Me oprime el alma al remontar el vuelo
Á esos abismos, y el inmenso cielo
Contemplar en su vívida grandeza?

Astros bellos, mecidos
Como bajeles de oro

En incógnito mar, ¿quién suspendidos
Os tiene así con invisible mano?
¿Qué aliento soberano,
Un siglo y otro en eternal carrera,
Os lleva rutilando por la esfera?
¿En el cándido seno luminoso
Qué me ocultáis? ¿Cuál es vuestro destino?
¿Acaso tributar en los espacios
Himnos de gloria al Creador divino?
¿Ó sois, tal vez, los nítidos palacios
De la ideal ventura,
Los pensiles de luz y de belleza
En donde el alma empieza
Á despertar, y libre de amargura,
Por las celestes galas
Cambiando la terrestre vestidura,
Al sol de la verdad abre las alas?

De un hado ciego, impío,
No lleváis, no, la bárbara sentencia
En vuestros claros orbes esculpida,
Que nos ata al dolor; no el albedrío
Ahogáis, y la razón y la conciencia:
Astros puros y bellos,
Si ejercéis un influjo en nuestra vida,
De paz y amor serán vuestros destellos.

¡Ay! con esfuerzo vano
En vuestro suave resplandor se anega

El pensamiento humano...
¡Cuántos, cual yo, desde que el hombre riega
Con lágrimas el mundo,
Á vuestra excelsa lumbre
Su divino secreto preguntaron!
¡Cuántos siguieron con ardor profundo
Vuestro callado giro
Por la bóveda azul que absorto admiro!
Mas ¡inútil afán, loca esperanza!
Como esfinges de luz ornáis el cielo,
Y vuestro enigma la razón no alcanza.

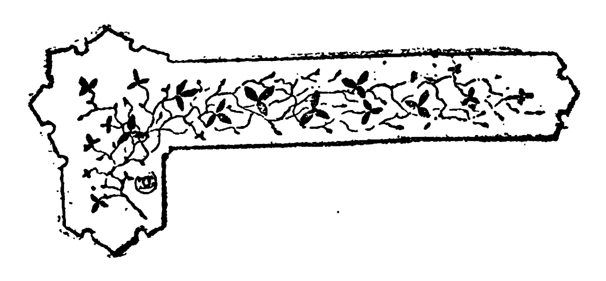
¿Quién, astros rutilantes,
Al veros no se postra confundido?
¿Quién os miró poblando el hemisferio,
Como suspensa lluvia de diamantes,
Y no sintió su pecho estremecido?...

Plácida noche, tu piadoso manto
Cubra mi pequeñez: no en mente humana
La excelsitud de tu misterio cabe;
Mas tu sosiego y paz, tu dulce encanto
Mi triste corazón comprender sabe.

Bañad, bañad mi frente,
Astros con que la noche se engalana:
Polvo seré mañana
Que esparcirá en sus ráfagas el viento.
Mas vosotros, del vasto firmamento

Diadema prodigiosa,
Bellos faros de lumbre misteriosa
En esos insondables oceanos,
Mientras el orbe aliente,
Gloria seréis de Dios omnipotente
Y asombro de los míseros humanos.





DÉCIMAS.

¡Adiós, juventud florida,
Adiós para siempre, adiós!
Te llevas la dicha en pos,
Dejándome el alma herida.
En el cielo de la vida
Exhalación fugaz eres;
Fingiendo eternos placeres
Nos das un cáliz de hiel,
Y al beber ciegos en él
Te desvaneces y mueres.

Á tus radiantes fulgores
¡Qué bello el mundo parece!
La gloria lauros ofrece,
Rebosa el pecho de amores.
La Primavera sus flores
En nuestra frente derrama;
Y, al fuego que nos inflama,

En nuestra mente se aduna
Cuanto alcanza la fortuna,
Cuanto pregona la fama.

Fantasmas de amor y gloria,
Quimeras de la ambición,
¡Cómo engañáis la razón
Y atormentáis la memoria!
Á vuestra dicha ilusoria
Ávido el hombre se lanza;
Mas al soñar que la alcanza
Despierta su entendimiento,
Y ve que es humo en el viento,
Lo que fingió su esperanza.

Amor, inefable encanto
Que das muerte y que das vida,
Palma del cierzo batida
En el desierto, árbol santo
Que es fuerza regar con llanto
Para verlo florecer,
Causa de todo placer
Y ocasión de amargo duelo,
La mar, la tierra y el cielo
Se rinden á tu poder.

¡Infeliz del que no sabe
Darte en el pecho un altar,
Y va en el fango á buscar

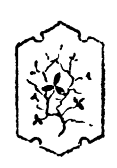
De tu misterio la llave!
Flor, cuyo ambiente no cabe
Del orbe en la inmensidad,
Y en cuya pura beldad
La luz del empíreo asoma,
El sacrificio es tu aroma,
Tu aliento la caridad.

Amor, manantial divino,
¡Ay del que ciego y demente
Emponzoñó la corriente
De tu raudal cristalino!
De su funesto camino
Quiere apartarse quizás;
Pero en él se empeña más,
Y si se para un instante,
Sólo ve nieblas delante,
Polvo y lágrimas detrás.

Cuando los fríos despojos
De lo que ha sido contemplo,
¡Cuánta lección, cuánto ejemplo
Encuentran mis tristes ojos!
Ídolos mil que de hinojos
El necio vulgo entroniza
Y entre aplausos diviniza,
Yo os admiré en el altar:
Volví otra vez á pasar,
Y no hallé más que ceniza.

¿Qué son poder y belleza?
Humo leve, sombra vana.
¿Y loco el hombre se ufana
Con la pompa y la grandeza?
¿Piensa la humana flaqueza
Que va á fijar la fortuna?
¿No ve que el sol y la luna
Van de su oriente á su ocaso?
¿No ve que sólo hay un paso
Desde el sepulcro á la cuna?

Loca y funesta ambición,
Tósigo ardiente del hombre;
Gloria, fantástico nombre;
Deleite, ciega ilusión;
Codicia, triste pasión;
Prestigios sois del Averno:
Quemáis como fuego interno;
Sois como hidrópica sed,
Y juntos formáis la red
Que al mundo tiende el infierno.





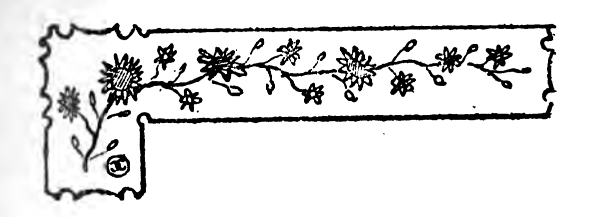
LA MUCHACHA MENDIGA.

HALLÁNDOME cierto día
Al borde de una pradera
Que lozana primavera
De bellas flores cubría;
  Ví en medio del césped blando
Una mozuela andrajosa;
Pero alegre y bulliciosa,
Como una alondra cantando.
  Llevaba el pelo hecho un nudo
Sobre la nuca; el vestido
Pobre, roto, mal ceñido;
El pequeño pie desnudo.
  Sin advertir que á su espalda
Con los ojos la seguía,
Ya bailaba, ya corría
Por la alfombra de esmeralda.

Ó ya á la pompa de abril
Hurtaba sus lindas flores,
Las de más vivos colores
Prendiendo al cuerpo gentil.
Me deslumbró su ardimiento;
Y ante el sencillo alborozo
De aquel alma sin rebozo,
Me dije: ¡Qué vano intento,
Buscar con necia inquietud
La humana dicha en el oro!
Cuando forman su tesoro
La inocencia y la salud.
Á esa muchacha haraposa
Que á solas canta y se ríe,
Que con las flores se engríe
Y vaga libre y gozosa,
¿Qué le importan sus harapos,
Si abril le presta sus galas,
Y la inocencia en sus alas
Envuelve sus viles trapos?
Pero en esto, casualmente
La niña vuelve la cara,
Y apenas en mí repara,
Se transforma de repente.
Cesa al punto de cantar,
Las flores arroja al suelo,
Y con lágrimas de duelo
Se viene así á lamentar:
—Señorito, señorito,

Compadezca mi orfandad:
Hágame una caridad
Por San Antonio bendito.
  Perdí á mi padre en la guerra,
Y mi madre está impedida.
Por darle sustento y vida
Mendigo sobre la tierra.
  —¡Cómo, exclamé, tal ficción!
¡Danzabas como una loca,
Y ahora el dolor te sofoca?
—¿Quién manda su corazón?
  —No hay disculpa que te cuadre:
Cantando te sorprendí...
—Pero cantaba por mí,
Y ahora lloro por mi madre.





Á LA BELLA SEÑORITA DOÑA P. L.

AL DEJAR Á ESPAÑA

PARA IR Á CASARSE Á LONDRES.

¡Ay! ya se pierde de la patria orilla
En leve bruma la deidad velada,
Y vuelta al norte la segura quilla
Hiende con rapidez la mar salada.

Al ver lejos de sí cuanto ella adora
Triste suspira y lágrimas derrama;
Que aquí una madre con dolor la llora,
Si allí un esposo con amor la llama.

Y entre afectos contrarios lleva el alma
Como las crespas ondas del raudal;
Que va la virgen á cambiar su palma
Por la corona del amor nupcial.

¡Ay! ya refleja el Támesis umbrío
Su bella faz como apacible aurora;
Mientras ella, al mirar el turbio río,
Recuerda al claro Betis que el sol dora...

Pero es feliz: bendice su destino,
De tierno esposo al compartir la suerte.
Con él se liga ante el altar divino:
Lazo que sólo romperá la muerte.

Y en vaga agitación el puro seno,
Luego á sus brazos amorosa llega,
Rosa temprana de pensil ameno
Que su cáliz de aroma al aura entrega.

¡Hermosa, adiós! Que tu risueña vida
Iluminen celestes resplandores,
Y que esposa feliz, madre querida,
Tu frente ciñan eternales flores.





A INÉS

AL DARLE LOS DÍAS.

PODRÁN ser cosas mías;
Mas siempre, Inés, al celebrar los días
De un sér que, como tú, me es tan querido,
Yo no sé si expresar mis alegrías
En ledas coplas ó llorosos trenos,
Pues ¡ay! el año más que hemos vivido
Es sólo, en realidad, un año menos.
Mas si la vida es corta,
Un año más ¡tan joven! ¿qué te importa?
La vida es breve ó larga,
No por el tiempo material que dura,
Mas sólo por lo dulce ó por lo amarga.
Y pues el cielo quiso
Que tú fueses un ángel de hermosura,
De ángel te dé la sin igual ventura
Y te haga de la tierra un paraíso.



EN EL ABANICO DE JULIA.

Quisiera ser tu abanico
Para saber tus secretos,
Para sentirme en tus manos
Y reclinarme en tu pecho.

EN EL DE MARÍA.

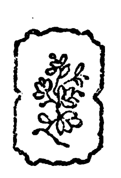
No le tapes, abanico,
Ese rostro encantador:
Ya que te apropies el aire,
Déjame gozar el sol.

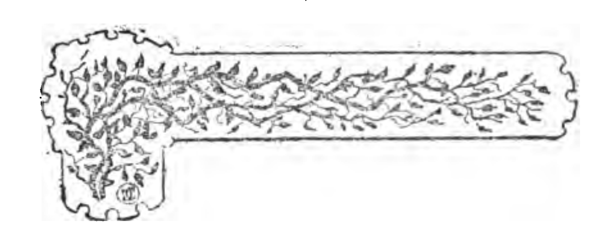
EN EL DE BLANQUITA.

Serán de afecto paternal excesos;
Mas tanto me seduce tu donaire,
Que si fuera abanico, en vez de aire,
Niña del corazón, te echara besos.

EN EL DE LOLA.

Unos riqueza y honores,
Otros anhelan salud;
Yo digo: Vengan dolores;
Mas Dolores como tú.





LAS LAGUNAS PONTINAS [1].

¡Cuán amenos los campos que se extienden
De Veletri hasta Anxur! Plácidos lagos
Cual anchas vetas de cristal los hienden,
Y arbustos mil, del aura á los halagos,
Sus verdes ramos en el agua tienden.

Pero esmaltan la mágica ribera
De esas lagunas ponzoñosas flores:
Allí ostenta la adelfa sus colores,
Y en su esplendor fugaz la adormidera
Brilla al pie de los olmos cimbradores.

(1) Esta descripción de las famosas lagunas pertenecía á un cuento que escribió el autor en los primeros años de su juventud, y que después con mejor acuerdo arrojó á las llamas. No careciendo de cierta unidad, el autor pensó que podría aprovechar este fragmento para la presente colección.

El blando soplo de la brisa leve,
Ó el bogar de una mísera barquilla
El nítido cristal sólo remueve,
Si algún viajero que llegó á la orilla
Aquellas aguas á surcar se atreve.

Cuando la luna con sus tenues hilos
La noche argenta, misteriosas ninfas
Parecen los vapores intranquilos,
Que el seno dejan de las verdes linfas
Y cruzan por los sauces y los tilos.

Á pesar de su pompa y galanura,
Sólo buscan humildes leñadores
De esos húmedos sotos la espesura,
Ó algún zagal que baja los alcores
Y en ella con el hato se aventura.

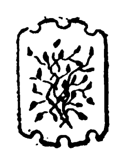
Mas cuando el sol desciende fatigado
Y vagarosa niebla el aire empaña,
Al redil conduciendo su ganado
Sube el pastor la falda del collado,
Y el leñador se oculta en su cabaña.

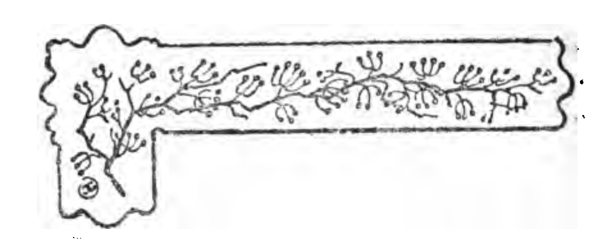
En esos bosques que el viajero admira,
En esos lagos de perpetua calma,
En ese campo que fragancia espira,
Lánguido el cuerpo, adormecida el alma,
Con dulce paz la muerte se respira.

El aura mansa que entre flores vaga
Cruzando de esas selvas los confines
Y los pantanos cariñosa halaga,
Es cual la del placer y los festines,
Que, deleitando, la existencia apaga.

Dios proteja al errante peregrino
Que, fatigado en la abrasada siesta,
Agua y sombra buscando en la floresta,
Llega á orillas del lago cristalino
Y en la mullida alfombra se recuesta.

Que si las sienes le empapó el beleño,
Y al sopor cede, y se abandona inerte
Al encanto del céfiro halagüeño,
¡Ay! si lo vence en su molicie el sueño,
Acaso el infeliz nunca despierte.





DOS ANGELES.

FANTASÍA.

El madero que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los pecados del mundo...
Calderón.

I.

Bajo tu manto, oh noche pavorosa,
El orbe duerme, el universo calla;
Sólo, en acerba lid, mi alma afanosa
Paz ni quietud entre tus sombras halla...

Muda yace la selva: en la espesura
Ni gime el viento, ni se queja el ave;
Ni del piélago en calma la llanura
Rompe la quilla de velera nave.

¡Todo silencio!... Solitario monte
Allí se eleva al estrellado cielo;
En él será más ancho el horizonte,
Más libre el alma tenderá su vuelo.

¿Qué me detengo, pues? En la alta cumbre
El aire puro batirá mi frente;
Acaso de los astros en la lumbre
La encuentre al fin mi tenebrosa mente...

¡Cuánta maleza! ¡Qué áspero camino!
Pavor me causa la tiniebla muda...
Ayer dudaba del poder divino,
Y hoy tengo miedo de mi propia duda...

Mas ¿qué rumor dulcísimo resuena
De tremolantes alas? ¿Qué harmonía,
Cual vago aroma, los espacios llena?
¿Qué mágico esplendor mi alma extasía?

De la mente quiméricos antojos
No son, ni sueño que forjó el deseo:
Blanca visión, con deslumbrados ojos
En nimbo celestial tu frente veo.

Al fin te hallé: perdona mi demencia,
Si busqué por un valle de amargura
En el amor de la mujer tu esencia,
Tu etérea forma en la materia impura.

Hermanos son tu espíritu y el mío:
Tú ostentas el ropaje de la gloria,
Y mi alma, opresa en calabozo impío,
Sólo reviste la mortal escoria.

Ángel, si me amas, si impalpable nudo
Mi vida enlaza con tu sér divino,
Calma mi pecho, sírveme de escudo,
Templa mi sed, alumbra mi camino.

II.

Ven con tus alas fúlgidas
Á serenar mi frente...
Disipa el negro vértigo
Que en mar de sombra hirviente
Anubla mi razón.
No es delirante sueño
De orgullo y de grandeza...
Luz anheló mi espíritu;
Verdad, amor, belleza
Ansió mi corazón.

Mas ¡ay! cruzo los ásperos
Senderos de la vida,
Y do quier hallo atónito
La humanidad perdida
Del infortunio en pos.

Do quier luto en el orbe,
Y peste asoladora,
Y la maldad impúdica
Que se alza triunfadora
Ante el poder de Dios.

De hambre y dolor exánime
Sucumbe la criatura;
La madre sólo lágrimas
De amarga desventura
Puede á sus hijos dar.
En tanto en sus entrañas
Oro esconde la tierra,
Y tesoros espléndidos
En sus senos encierra
El turbulento mar.

Allí pueblo frenético
La libertad invoca,
Arrollando, en los ímpetus
De su venganza loca,
Ley, justicia, virtud.
Álzase aquí una espada
De odio y de sangre llena,
Y la mano de un déspota
Nos ciñe una cadena
De abyecta esclavitud.

Oye... oye el estrépito
De la feroz pelea;

Oye los ecos lúgubres;
Ve la sangre que humea
Del hierro asolador.
¿Dónde está la justicia
Del brazo omnipotente?...
¿Ó condenó á los míseros
Humanos, inclemente,
Al crimen y el dolor?

III.

No, no existe, tal vez, cuanto ver creo;
Es ilusión falaz de mis sentidos,
De mi espíritu informe devaneo,
Recuerdos confundidos,
Falsas sombras, quiméricos sonidos,
Y en mi sér está el mal que absorto veo.

Ángel rebelde que vivió en la pura
Región del firmamento,
Pero manchó la blanca vestidura,
Perdió sus alas, y del almo asiento
Rodó al abismo de la noche obscura.

Culpa que no redimen
Ni la oración ni mi penar profundo:

Son formas de mi crimen
Todo el dolor, la iniquidad del mundo.

La mística plegaria,
Flor que en mi labio corrompió su esencia,
Perdida luz de estrella solitaria
En el revuelto mar de mi conciencia.

Y la riscosa cumbre
De cuya cima el águila altanera
Parte, rompiendo el denegrido manto
De la borrasca fiera;
Y del ronco volcán la roja lumbre;
La enmarañada, férvida ribera,
En donde finge su doloso llanto
El aleve caimán, ó de la artera
Sierpe se oye el silbido;
El desolado yermo que estremece
Chacal hambriento con feroz aullido;
El mar que se embravece,
Los escollos vistiendo con la espuma,
En tanto que en la bruma
Sobre las ondas el alción se mece;
Y ese mísero enjambre,
De pobres seres degradada turba,
Que el espacio conturba
En fratricida lucha carnicera,
Ó gime y muere de dolor y hambre,
Todo, todo fantástica quimera:

Cuanto alumbra es mentira
La opaca luz del pensamiento mío;
Es el alma que sueña ó que delira
Rodando en el vacío.

Y las flores de mayo
Que tapizan la selva y la llanura,
Y el matutino rayo
Que en el azul del piélago fulgura;
El ruiseñor que canta
Sobre el frondoso vástago mecido;
El sol que los celajes amaranta
En medio de los astros suspendido;
La mágica harmonía
Que vagarosa en el espacio suena
Al espirar el día,
Y de suave ternura el alma llena;
Y las orlas de espuma
Que tiende el mar en la risueña playa;
Y de la tarde la nacárea bruma
Dorada por el sol cuando desmaya;
El cándido embeleso
Con que sueña en amor la fantasía,
Y de una virgen adorada el beso
Que el alma y los sentidos extasía;
Y los fuertes latidos
Que siente el pecho en conmoción secreta
Cuando en dulces, harmónicos sonidos
Revela á Dios el arpa del poeta,

Ó con sublime aliento
El genio rompe la humanal escoria,
Da el eco de los ángeles al viento
Ó al lienzo da la lumbre de la gloria;
El amor, que germina
Como flor de virtud y de pureza,
Clara fuente divina,
Manantial que se pierde en la maleza;
La caridad que en abundoso manto
La humanidad abriga;
El materno cariño puro y santo,
La fe que el alma con el alma liga...

Todo, sombras quiméricas
Que en torno de mi frente
Giran; mundo fantástico
Rodando por mi mente
En loca confusión,
Ó recuerdos dulcísimos
De tiempos que pasaron,
De celestiales ámbitos
Que mis alas cruzaron,
Vagos sones angélicos
Que aún sueña el corazón.

Místico sér, purísima
Emanación del cielo,
Si tu mirada fúlgida
Es iris de consuelo,

Mi espíritu sostén:
Perdido en negro piélago,
Abismos sólo alcanza;
Vuélvele tú benéfico
La luz de la esperanza,
Y con la blanca túnica
Al fin toca mi sien.

Si es del sublime Empíreo
La fragancia que exhalas,
Si un ángel eres, álzame
En tus potentes alas
Al orbe celestial.
¿Contemplas ¡ay! mis lágrimas
Indiferente y mudo,
Ó tu espada fulmínea
Cortar no puede el nudo
Que encadenó mi espíritu
Al fango terrenal?

IV.

Calló mi labio; y en el aire leve,
Entre rayos de insólito fulgor,
Tendió el ángel su túnica de nieve,
Brilló en sus ojos infinito amor.

Sígueme, dijo; y por el vago ambiente
En su vuelo sentíme arrebatar;
Se estrellaban las nubes en mi frente,
Bramó á mis pies enfurecido el mar.

Y al ancho espacio mi celeste guía
Levantando la antorcha de la fe,
Me apareció á su luz la tierra umbría,
Y mudo de terror la contemplé...

Era, como si el orbe moribundo
Se agitara en el último estertor;
Era el infierno trastornando al mundo,
Presa infeliz del crimen y el dolor...

Ví los valles arder; guerra en los montes;
Cetros y armiños por el fango vil;
Y los rayos sulcar los horizontes,
Hundirse imperios y ciudades mil.

La tierra vacilar en sus cimientos;
Con el austro luchando el aquilón,
Y rodar en los vórtices sangrientos
La humanidad en loca confusión.

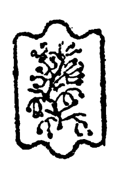
Al pavoroso estruendo despertaban
Los muertos en el polvo sepulcral,
Y mil generaciones se mezclaban,
Hojas que arremolina el vendaval.

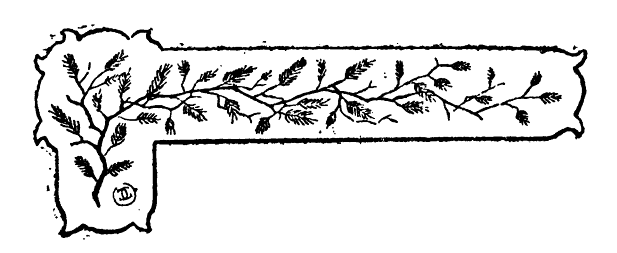
Luego un inmenso grito de agonía
La voz del huracán sobrepujó;
Grito cual nave náufraga lo envía
Cuando á tragarla el piélago se abrió.

Y no ví más: cadáver era el mundo;
Las tinieblas, su manto funeral;
Y el astro de la noche, moribundo,
Pálida luz de antorcha sepulcral.

Mudo, suspenso en el abismo ingente,
Quedé sumido en angustioso horror;
Cuando ¡oh prodigio! el apartado Oriente
Inflamándose en súbito fulgor,

De la ancha tierra sobre el triste osario
Ví las almas flotando en mar de luz,
Y entre el cielo y la cima del Calvario
Circundada de arcángeles la Cruz.





LA ESTATUA DE MURILLO.

FANTASÍA (1).

POETA.

¡Oh patria! cuando el sol de tu grandeza
Á ocaso descendía,
El genio se nublaba en tu cabeza,
Y tu fúlgido cetro se rompía,

Á templar el rigor de tu destino
Murillo se levanta,
Orna tu sien con su laurel divino,
Y su pincel tu corazón encanta.

El hombre fué; mas en el arte dura
Su inspiración sublime.
¿Y de cuánta miseria y desventura
Aún su nombre inmortal no te redime?

(1) Composición escrita para la solemne inauguración del monumento levantado en Sevilla á la memoria del gran pintor Bartolomé Esteban Murillo.

Pobre y obscuro, conquistó la fama
Que ilustra tu decoro;
Y de su genio la fecunda llama
En cada lienzo te legó un tesoro.

Mas si debe tu nombre al suyo unido
Brillar eternamente,
Dale, oh matrona, el lauro merecido,
Y excelso mármol su memoria ostente.

No su patria ¡oh baldón! otras naciones
Honrándole se ufanan,
Y á fuerza de oro con sus altos dones
Alcázares y templos engalanan (1).

España sólo indiferente mira,
Oh Murillo, tu gloria,
Y deja al canto de ignorada lira
El ensalzar tu nombre y tu memoria.

MURILLO.

¿Qué voz humana en canto peregrino
Llena de amor me nombra,
Y en el éter abriéndose camino
Llega hasta mí para evocar mi sombra?

(1) La *Concepción* de Murillo que hoy está en el Museo del Louvre, en París, fué adquirida por el Gobierno francés, en la venta de los cuadros del Mariscal Soult, por la suma de 600.000 francos.

Pobre cantor, mitiga tu amargura,
Ten el rápido vuelo:
Amor de patria en el empíreo dura;
Triste mortal la amé, la amo en el cielo.

Ni honores le pedí, ni ansié riqueza...
Otra más pura fuente
Otorgó en el raudal de su largueza
Pasto á mi corazón, luz á mi mente.

Abrió la fe mis conturbados ojos,
Y ella es rica y fecunda;
Torna en flores los ásperos abrojos,
Y en viva llama la tiniebla inunda.

Ví con ella á Moisés (1): en el desierto
Su pueblo le seguía,
Y ardiendo en sed, y de fatiga muerto,
En la abrasada arena sucumbía.

Clava el Profeta en la vecina roca
Los ojos, á ella avanza,
La estéril piedra con su vara toca,
Y la piedra un raudal á sus pies lanza.

Mas él, en tanto que la turba ansiosa
Se arroja á la corriente,
Con otra sed más alta y fervorosa
Al cielo eleva la radiosa frente.

(1) Alusión á su grandioso y célebre cuadro de las Aguas.

Ví la madre del Verbo entre querubes
Y de fulgor bañada;
La ví de incienso en vaporosas nubes
Subir triunfante á la eternal morada (1).

Los astros, al hallarla en su camino,
Suspenden la carrera,
Y en un ¡Hosanna! universal, divino,
Prorrumpe el cielo y la creación entera.

¡Hosanna! al que en mi pecho difundía
Su aliento soberano,
Cuando su gloria trasladar quería
Á humilde lienzo mi indecisa mano.

Él me enseñó la gracia encantadora
De la ideal pureza;
Dió á mi pincel las tintas de la aurora,
Y un átomo creador á mi cabeza;

Y del Betis la mágica guirnalda
Por dosel á mi cuna,
Allí donde parece la Giralda
Trono del sol y asiento de la luna.

No quiso Dios que de brocado y oro
Vistiese mi morada;

(1) Se alude á los inimitables lienzos en que Murillo representó la Asunción.

Mas concedió á mi nombre y mi decoro
Glorioso templo en su mansión sagrada (1).

Allí, bajo las cimbrias colosales,
Tribútole mis palmas;
Y allí, con mis creaciones inmortales,
Á su esfera de luz llamo las almas.

Fué el arte mi pasión: en sus altares
Sacrifiqué la vida (2);
La bella Cádiz, perla de los mares,
Vió con angustia la mortal herida.

¡Gloria al Señor! Á los celestes campos
Mi vuelo llevar quiso,
Para saciarme en sus divinos lampos
Y en las fuentes de amor del Paraíso.

Al fin, al fin la que soñé ya veo,
Reina del cielo pura,
Y más de cuanto el alma en su deseo
Anhelaba de amor y de ventura.

Y allí conmigo, en la serena frente
El lauro soberano,

(1) Como saben nuestros lectores, en muchos templos de España, y particularmente en la Catedral de Sevilla, existen admirables cuadros de tan insigne pintor.

(2) Pintando Murillo en Cádiz un cuadro de grandes dimensiones para la iglesia de Capuchinos, cayó de un andamio, de cuyas resultas murió al poco tiempo en Sevilla.

Alegres cruzan el azul ambiente
Pacheco, Zurbarán y Alonso Cano.

Adiós, poeta; si mi genio inspira
Tu vivo pensamiento,
Honre la patria tu inflamada lira:
Yo le dí mi pincel, dale tu acento.

LA PATRIA.

Óyeme, oh sombra, desde el éter puro
En que tu voz exhalas;
Y, al elevarte al inmortal seguro,
Un recuerdo de amor lleva en tus alas.

Honra y prez á tu nombre, hijo querido:
Tus ínclitos laureles
Que sangre no manchó, mi gloria han sido,
Y encanto de mi pecho tus pinceles.

Mas al fuego de bárbara contienda,
Llenas de error las almas,
¿Cómo hallar puede la virtud ofrenda,
Coronas el saber y el genio palmas?

El árbol de la paz frutos no cría,
Si la sangre lo riega;
Ni en los vapores de la guerra impía
El numen de las artes se despliega.

Ya de rosas y espigas circundada,
La oliva reverdece;
Dios me escuchó, su fúlgida mirada
Sobre mi noble frente resplandece.

Ya siento en mí la poderosa llama
De otros siglos distantes,
Y elevo monumentos á la fama
Del sin par Calderón, del gran Cervantes.

También á tí, Murillo generoso,
Alto premio destino...
Ya el genio de las artes portentoso
Anima el bronce con tu sér divino.

Hijo del arte, que las artes bellas
Evoquen tu memoria,
Donde el Betis, cantando sus querellas,
Lleve á tu pedestal himnos de gloria.

POETA.

¡No es ilusión! al apacible viento
Descuella su figura,
Y en extático ardor al firmamento
Pide la inspiración de su alma pura.

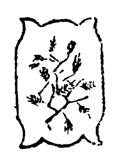
Y en torno dél, al seductor halago
De insólita harmonía,

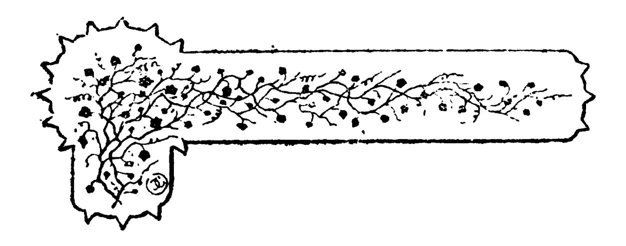
Blandas se mecen por el aire vago
Las sombras que evocó su fantasía.

Y en luz y aroma y vívidos colores
      Inúndase el ambiente,
Y parece á los místicos fulgores
Que el bronce vive, que la estatua siente.

Venid, las que adunáis, en la ribera
      Del Betis cristalino,
Menudo pie, sedosa cabellera,
Ojos de fuego y talle peregrino:

Venid, y de jazmines y de rosas
      Orlando el monumento,
Desatad las gargantas melodiosas
Y en vuestros himnos inflamad el viento.





Á MI BUENA AMIGA

LA

EXCMA. SRA. DUQUESA DE FERNÁN-NÚNEZ

en la temprana muerte

DE SU BELLA HIJA ISABEL

OCURRIDA EN MÁLAGA EL 8 DE MAYO DE 1875.

¿Cómo la he de olvidar?.... Llevo en el alma
Grabada su memoria...
¡Pobre Isabel!... Al pronunciar su nombre
Á mis ojos las lágrimas se agolpan...

¡Qué breve fué su vida, y cuán acerba,
Oh madre, tu congoja,
Cuando, al verla espirar entre tus brazos,
Su mustia, helada faz selló tu boca!

¡Pobre Isabel! ¡La luz de su mirada
Veló funesta sombra,
Y en dolorosos lirios se tornaron
De sus mejillas las nacientes rosas!...

Mas ¡ay! ¿por qué, mientras con alma herida,
Madre infelice, lloras,
Y de negros crespones te revistes,
Y los suspiros y el dolor te ahogan,

Hado crüel en contrastar tu pena
Parece que se goza?...
¡Mira cuál brilla el sol, cuán tibia el aura
Halaga y mece las volubles hojas!

Ni el más leve vapor del firmamento
El claro azul entolda;
De oro y zafir se cubren las montañas,
Las aves cantan mientras tú sollozas.

El arroyuelo susurrando juega
Con las menudas conchas;
Hasta la mar en himnos de ventura
Mover parece las ligeras ondas...

¿Cómo dudar? El orbe engalanado
De júbilo rebosa,
Y la fértil, risueña primavera
De esplendores y hechizos se corona...

Y no ya el mundo... Del empíreo cielo
En las etéreas zonas
Do los ojos no llegan, pero el alma
Con alas invisibles se remonta,

Inefables acentos de alegría
Los ángeles entonan;
¿Y cómo no, si aguardan amorosos
La dulce hermana que á los cielos torna?

Y asida al pecho la virgínea palma,
En ráfaga de aroma,
La ven que sube á la superna altura,
La sien orlada de inmortales rosas...

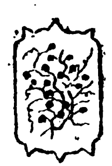
No la perdiste, no: cuando te humillas
Sobre la yerta losa,
Y te elevas á Dios, y en la plegaria
De la hija de tu amor el nombre invocas,

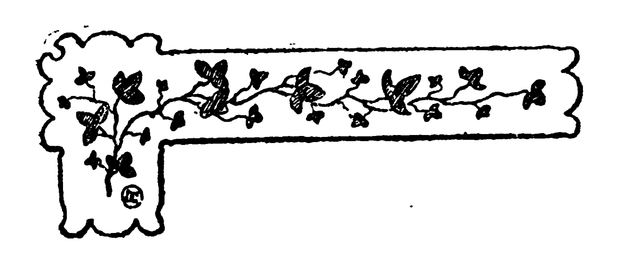
Ella hasta tí desciende, ella te escucha,
Y dulce y cariñosa
Ofrece á Dios la mirra de tus penas,
Y con fervor que las mitigue implora.

Y cuando el sueño en la callada noche
Tus párpados agobia,
Á tí se inclina, y suspendiendo el vuelo
Sus puros labios en tu frente posa.

Te despiertas tal vez, la buscas, sientes
Su celestial aroma;
Mas ¡ay! no pueden ver ojos mortales
De los querubes las etéreas formas...

Alivia tu dolor: fe y esperanza
        Son alas poderosas:
Breve es la vida... Sus amantes brazos
Con tierno afán te esperan en la gloria.





EN LA TEMPRANA MUERTE

DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

(1878.)

SONETO.

Todo júbilo ayer, todo alegría,
Cuando al pie del altar, pura y hermosa,
De luz los ojos y la faz de rosa,
Noble Princesa á nuestro Rey se unía.
  Todo ventura: la discordia impía
Doquier cesaba tras de lucha odiosa (1),
Y sobre el trono la adorada esposa
Como el iris de paz resplandecía.
  ¡Ay, el encanto disipóse en breve!
¡La que era gala del hispano suelo,
Robóla á nuestro amor la parca aleve!
  Mas ¿qué digo? era un ángel, tendió el vuelo,
Y un momento no más la planta leve
Posó en el trono para alzarse al cielo.

(1) La Península acababa de ser pacificada, y las noticias de Cuba daban por terminada allí también la insurrección.



Á LA MUERTE

DEL INSIGNE POETA

DON GABRIEL TASSARA.

¡CAYÓ también!... Ya en polvo se deshace
El águila que al cielo se elevó:
Como extinto volcán su frente yace,
Helado está su noble corazón.

¿Qué fueron ¡ay! los sueños del poeta,
De su arpa de oro la radiosa luz,
La divina intuición de su alma inquieta,
De su acento la magia y la virtud?...

Vedlo seguir á las humanas greyes
Rebosando sublime inspiración,
Y en el vaivén de pueblos y de reyes
Buscar el rumbo que les traza Dios.

Vedlo, tras lucha amarga, alzar el vuelo
En las pujantes alas de la fe,
Y las cimas salvar pidiendo al cielo
Fuente divina en que saciar su sed.

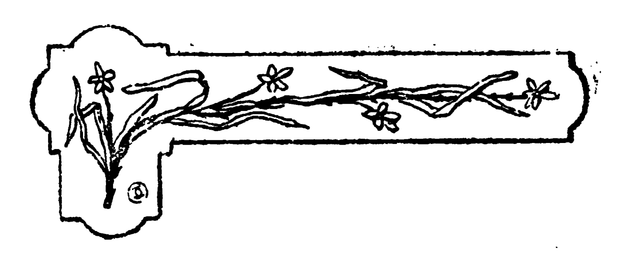
Mas ¡ay! aquella excelsa fantasía
Ya no recorre el firmamento azul;
Aquella frente donde el estro ardía
En la noche se hundió del ataúd...

No, no es Tassara lo que ven los ojos,
Árbol que el rayo de la muerte hirió;
Esos yertos y lívidos despojos
De una llama inmortal ceniza son;

Llama que eterna brillará en su nombre,
Y cual nimbo de gloria orló su sien;
Llama que en semidiós transformó al hombre
Y dió á su aliento mágico poder.

No, no murió: la humana vestidura
Cayó tan sólo en la afanosa lid;
Su alma se goza en la celeste altura,
Lo que anheló su pecho encuentra al fin.





RECUERDO Á NÁPOLES.

FANTASÍA

DEDICADA Á MI AMIGO EL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA.

Mágico edén de la florida Italia,
Asilo del placer y los festines
Y regazo de amor y de alegría,
Á tí vuele mi canto
En el aura que mece tus jardines,
Y entre los besos que la mar te envía.

¡Cuánta imagen despierta en mi memoria,
Oh Nápoles, tu nombre idolatrado!
Tus brillantes palacios, tus verjeles
Evoca el pensamiento,
Y en tus campos de rosas y laureles
Paréceme vagar embelesado...
Y oigo otra vez los lánguidos clamores
Del Golfo cristalino,

Gorjear en los olmos tembladores
Al ruiseñor con melodioso trino;
Y cuando el sol tras la dorada cima
Del risueño Posílipo desmaya,
El lejano cantar del marinero
Vuelvo á escuchar en tu adormida playa.

¿Y quién te olvidará, si la belleza
Contempló de tus campos y tu cielo;
Si allá cuando su velo
Se prepara á tender la noche umbría
Y el sol apenas arde,
Sintió cruzar el apacible ambiente
Dulces ayes perdidos;
Si vió esas sombras que en tus auras vagan,
Cuando los tibios rayos de la tarde
En nieblas de oro y ópalo se apagan?

¿Quién, si en leve barquilla
Bogando por el Golfo transparente
Dejó al azar la sosegada quilla,
Y en el pecho de un ángel adorado
Extático de amor posó la frente?
¿Quién, si al murmullo de las mansas olas,
Por las brisas mecido,
Oyóle suspirar embebecido
Quejas de amor y dulces barquerolas?

. . . .
. . . .

Era una clara noche del estío;
Todo en sueño profundo reposaba,
Y en vela yo, sin más que mi albedrío,
Por la fresca marina paseaba.
Pero cediendo al seductor halago
De la brisa y el mar, hermoso lago
Que su nítido seno me brindaba,
En ligera barquilla
Dejé á mi espalda la arenosa orilla.

En las linfas serenas
El estrellado cielo se veía,
Y en las auras se oía
Como lejano canto de sirenas.
Largo trecho avancé, y á la fortuna
Dejando luego la barquilla, inmóvil
Quedóse en la fantástica laguna.

De nácares y azul era el celaje;
Nunca vieron mis ojos
En tan vivo esplendor los astros bellos,
Ni á la cándida luz de sus destellos
Tan grande y melancólico paisaje...

Posílipo, del mar que lo rodea,
Se alza y encumbra en el sereno ambiente;
Raya la luna, y su fanal luciente
Brilla como fantástica presea
En la verde corona de su frente.

Velada su hermosura
En argentina gasa transparente,
Nápoles, con sus torres y palacios,
Se refleja en la líquida llanura,
Y parece flotar en los espacios
Como un sueño de amor y de ventura.

Cerca el volcán está, fiero gigante
Que el Golfo señorea,
Desceñida la negra vestidura,
Alto el penacho que en el aire ondea.

Allí á sus pies, entre ceniza fría,
La que Pompeya fué triste reposa,
Cual roto mármol de pagana diosa;
Y en ámbito cercano
De roja lava asolador torrente
En noche eterna sepultó á Herculano.

Allá de entre las ondas cristalinas
Que ocultan sus rüínas,
Pienso que asoma la soberbia Baya,
Coronada la sien de ovas y espumas;
Y en las calladas márgenes vecinas
Alzarse miro, entre la niebla vaga,
La sombra de la Maga
Sobre los restos de la antigua Cumas.

Las islas bienhadadas,
De Nísida y Caprea
De pámpanos y olivos coronadas,
Cierran al fin el Golfo dilatado
Donde absorta la mente se pasea...

¡Ricos palacios, míseras cabañas,
Todo en plácido sueño!
Mudos están los campos y ciudades,
Duerme la mar y duermen las montañas.

Sólo el Vesubio sin descanso vela:
Sus ávidas entrañas
Fuego voraz irrita,
Y entre escorias y fúnebres despojos,
Cual numen vengador arde y se agita.
De hórrida lumbre con siniestros ojos
En tu seno de alcázares y flores,
Parténope infeliz, fíjase atento...
Bella ciudad, ciudad de los amores
Que besa el mar y que acaricia el viento,
¡Ay, si retiembla su rugosa falda!
¡Ay de tí, si la roja cabellera
Deja caer sobre la negra espalda!

Y á Nápoles contemplo,
Y hacia Pompeya el pensamiento giro
Del hombre y su fortuna mudo ejemplo.
Una y otra dormida,

De las estrellas al fulgor las miro;
Mas ¡qué diversa se mostró la suerte!
Nápoles duerme en brazos de la vida,
Y Pompeya en el polvo de la muerte.

Triste ciudad, no siempre tus altares
Sin víctimas se hallaron,
Ni en tus sagrados templos en rüínas
Las aves de la noche revolaron.
Tu vasto foro, mudo y silencioso,
Lleno se vió de alegre muchedumbre;
La vida rebosaba en tus hogares,
Y por tu claro ambiente, la belleza
De tu suelo, las artes, la riqueza
Que realzaba tu hechizo soberano,
Gala y orgullo fuiste del romano...

Yace tranquila ¡oh mísera Pompeya!
Y en tu seno las sombras de los muertos,
En los arcanos de la noche fría,
Vaguen en paz por tus escombros yertos;
Mientras que tú, ciudad encantadora,
Nápoles peregrino,
En blando sueño aguarda que la aurora
Te anuncie el ave con su dulce trino.

Así mi fantasía
Por aquellas riberas se espaciaba,
Cuando la blanca luna,

Que tras alto collado descendía,
Despareciendo entre confusas nieblas,
La tierra, el cielo, el mar que me ceñía,
Ví de pronto borrarse en las tinieblas.

En vano, en vano pido
De su oculta diadema un tenue rayo
Al negro firmamento,
Ó el rumor de la vida al vago viento:
Todo silencio y lúgubre desmayo.

Por animar mi espíritu abatido,
Remar intento y mudo permanece
El herido cristal, grito y sin eco
Apágase la voz, débil vagido:
Súbito horror el pecho me estremece,
Y júzgome perdido
En mar de sombras y en eterno olvido...

¡Hosanna, Hosanna! El horizonte dora
La luz del nuevo día:
Ya se despierta la ciudad de Flora
Renaciendo al amor y á la alegría.

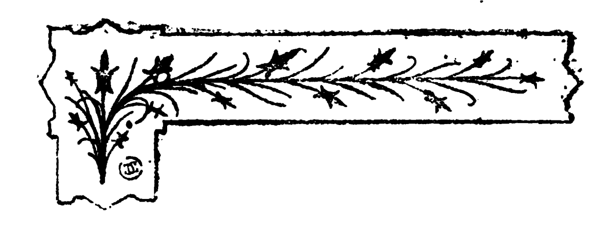
Ya de las aves al festivo coro,
El sol baña de lumbre
Los frescos olmos y las verdes hayas
Que adornan de Posílipo la cumbre;
Y entre las frondas con sus hilos de oro
Penetra en el recinto sosegado,

De lauros circundado,
Donde yace la tumba de Virgilio.
Entre las ramas, su amoroso idilio
Suspira el ruiseñor; allí la aurora
Líquidas perlas sobre el mármol llora.

Ya mi leve barquilla,
Rizando apenas las azules olas,
El rumbo toma de la verde orilla.
Todo se anima: su vivaz aliento,
Coronada de rosas y claveles,
Difunde la mañana;
De lanchas y bajeles
Llénase el Golfo, desplegando al viento
Penachos de vapor, alas de lona,
Y el bullicioso puerto se engalana
Con los frutos de Ceres y Pomona.

Cunde la vida, alégrase la playa;
Lozano joven y gentil mozuela
De pescadora laya,
Bailando están gallarda tarantela;
Suspenso el marinero
De la roja basquiña que revuela
Al son del bandolín y del pandero.

Huello la tierra al fin, y el puro ambiente
De amor, de luz y de fragancia lleno,
Vuelve, feliz en tu adorado seno,
Á respirar mi corazón ardiente.



LA FLOR MARCHITA [1].

I.

Flor hermosa y lozana,
Rica fragancia tu corola espira...
¡Cuánto brillar tu grana
Puede en el seno cándido de Elvira!

Oculta en la maleza,
¿Qué fuera tan espléndido tesoro?
Tributo de belleza
Ven á rendir á la deidad que adoro.

Más aroma y frescura
Dará su aliento á tus matices rojos,
Más precio á tu hermosura
El divino fulgor que arde en sus ojos.

(1) Este poemilla no es de pura invención mía. Ví los restos de esa flor en un medallón de oro, y oí de su dueño algo parecido á lo que refiero en mis desaliñados versos.



En el breñal perdida,
En vano hicieras de tu pompa alarde;
Fuera tu dulce vida
Polvo tal vez al espirar la tarde.

En el valle, en la sierra
Contraste al huracán el recio pino;
Más tú deja la tierra,
Que es el pecho de un ángel tu destino.

II.

¡Salón magnífico!
¡Suntuosa fiesta!
Las altas bóvedas
Vibran al mágico
Son de la orquesta.

¡Qué ricos mármoles!
¡De sedas y oro,
De espejos límpidos,
De arañas fúlgidas,
Brilla un tesoro!

¡Qué cena espléndida!
¡Cuántos manjares,
Frutos exóticos
De playas líbicas,
De índicos mares!

Las griegas ánforas
Néctares manan,
Y en áureos cálices
Su alegre y férvida
Copia derraman.

Zafiros, ópalos,
Perlas fulgentes,
De cuellos níveos
Ó en ondas de ébano
Vense pendientes.

Vapores cándidos,
Purpúreas rosas,
Hadas angélicas
Que lleva el céfiro
Son las hermosas.

En leves círculos
Cruzan la alfombra
Visiones célicas;
Yo entre ellas piérdome,
Lúgubre sombra.

La alegre música
Tedio me inspira;
La estancia mágica
Recorro ¡ay mísero!
Y no hallo á Elvira.

¡Ah! vuestro júbilo
Pena me ofrece.
De vuestros rápidos
Giros el vértigo
Ya me enloquece.

Mi vago espíritu
Sólo en vos mira
De espectros lívidos
En yermo páramo
Tromba que gira.

Y en los fantásticos
Claros espejos,
Sombras quiméricas
Y lumbres cárdenas
Miro á lo lejos.

Y todo en híbridas
Formas pasando,
Todo confúndese:
Luces y términos
Vanse borrando.

Vacilo trémulo,
Cruzan mi mente
Visiones fúnebres,
Me abrasa un tósigo,
Arde mi frente.

....

¿Qué velo cándido
De gasa leve
Mi sien tocó?
¿Qué visión fúlgida
De rosa y nieve
Fugaz pasó?...

¡Ay triste! ¡ay mísero!
¡Pérfida Elvira!
¡Noche fatal!
Del vals al ímpetu
En brazos gira
De otro mortal.

Y fuego vívido
Miro en sus rojos
Labios arder;
Y ¡ay! en sus lánguidos
Húmedos ojos
Hierve el placer.

La flor purísima
Que sacro emblema
Fué de mi amor,
Muere en su cálido
Seno, la quema
Funesto ardor...

¡Ah! ten el rápido
Vuelo un instante;

Del torpe amante
Venganza habré...
No me oye; plácele
Ver mi quebranto.
En pena el júbilo,
La risa en llanto
Yo tornaré.

III.

Era apenas el alba, ardiendo en ira
Á mi odioso rival ciego busqué;
Bajo el balcón de la inconstante Elvira
Audaz lo provoqué...

Ya en nuestras manos el crugiente acero
Reluce con fatídico esplendor:
Le ataco, para, y firme y altanero
Responde á mi furor.

La infiel, tras de la verde celosía,
Ansiosa exclama al contemplar la lid:
«Cesad, ó el hierro de la lucha impía
En mi garganta hundid.»

Mas ¡ay! siéntome herido, caigo en tierra,
Envuelve mi razón sueño letal:
Da un grito Elvira, su ventana cierra,
Se aleja mi rival...

No, no era el fin de mis amargos días,
Ni solitario al despertar me hallé:
Tú en el polvo también, oh flor, yacías
De la ventana al pie.

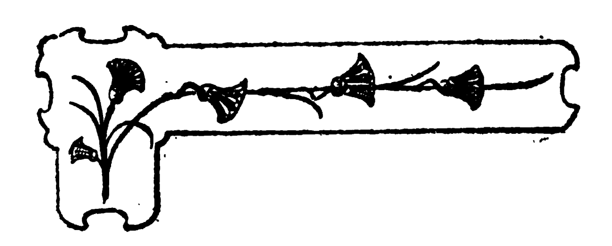
Y al ver en tí mi suerte congojosa,
Y perdido tu aroma y tu esplendor,
Te alcé, como la imagen dolorosa
De tan aciago amor...

Al fin el tiempo disipó mi enojo,
Recobré la salud, huyó el pesar;
Mas, como triste emblema, tu despojo
Queriendo perpetuar,

En un precioso relicario luego
Á tus restos, oh flor, sepulcro dí,
En él grabando con buril de fuego
Tu desagravio así:

«Bellas érais las dos: el mismo día
La llama del placer os abrasó;
El santo aroma, como tú, en la orgía
También ella perdió.

Sin el divino albor de un alma pura,
¿Qué es la belleza sino fango vil?
¿Qué, si aroma no encanta su hermosura,
La rosa del abril?»

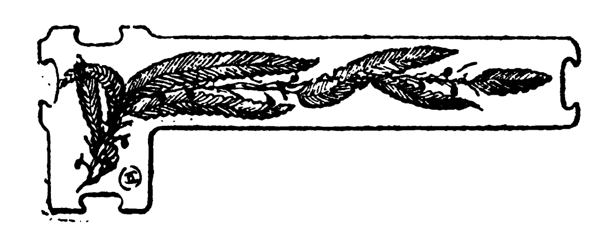


A ESPAÑA

EN LOS TERREMOTOS DE ANDALUCÍA (1885).

SONETO.

Ábrese el suelo, tiembla la montaña,
Pueblos derriba la convulsa tierra,
Y la pálida Muerte en llano y sierra
Entre escombros agita su guadaña.
Ruína es el templo, tumba la cabaña
Que ensangrentadas víctimas encierra;
Del solar andaluz el cuadro aterra,
Y todo es luto en la infeliz España.
Mas no desmaya en el dolor su aliento:
Pobres y ricos, nobles ó villanos,
Se inflaman á la voz del sentimiento,
Y en los tristes que lloran viendo á hermanos,
Al desvalido, al huérfano, al hambriento
Con dádivas de amor tienden las manos.



A MIS HIJOS

JUGANDO EN EL CAMPO.

¡Con qué placer os veo
En la yerba jugando alborozados,
Ó en alas del deseo
Corriendo enamorados
Tras leves mariposas en los prados!

Si alguna para el vuelo,
En vano alzáis la mano codiciosa:
Burlando vuestro anhelo,
Fugaz y esplendorosa
Va del jazmín á la purpúrea rosa.

Así fortuna bella
Me apareció de luz y oro vestida;
Así corrí tras ella,
Y en azarosa vida
Ví mi esperanza en humo convertida.

Los ecos pavorosos
Del mal no hieren vuestro casto oído,
Ni buscáis afanosos
De dónde habéis venido,
Ó en este mundo para qué nacido.

Más puro es vuestro aliento,
Que de cándido lirio en la pradera,
Y puro ese contento
Que la pasión no altera,
Ni mezcla el vicio á su ponzoña fiera.

Rugen en torno vuestro
Las pasiones, cual mar embravecida,
Y con furor siniestro
Juega el hombre su vida
Á la codicia ó la ambición vendida.

Vosotros, bajo el manto
De la pura inocencia guarecidos,
Os quedáis entre tanto
En dulce paz dormidos,
Por invisibles ángeles mecidos.

Hijos del alma mía,
Gozad de esos instantes voladores,
Cual de risueño día
Sin sombras ni vapores,
Entre aves, fuentes, céfiros y flores.

Viva luz de un momento,
Leve niñez, en juventud lozana
Se tornará su aliento,
Como en rosa mañana
El que hoy vemos brillar botón de grana.

Pero la flor que asoma
Ya en el capullo, ¿rendirá inocente
Á Dios el casto aroma,
Ó en guirnalda esplendente
Gala será de mancillada frente?

En el pensil ameno,
Al influjo del sol y aura amorosa,
¿Dará del fértil seno
Semilla generosa
Que vuelva en flores mil tierra abundosa?

¿Ó por el diente crudo
Será de vil insecto destrozada?
¿Ó al ímpetu sañudo
Del ábrego tronchada
Rodará por el polvo deshojada?

¡Oh, diérame el divino
Omnipotente Autor de cuanto veo
Regir vuestro destino,
Y en tan sublime empleo
Ver colmado mi amor y mi deseo!

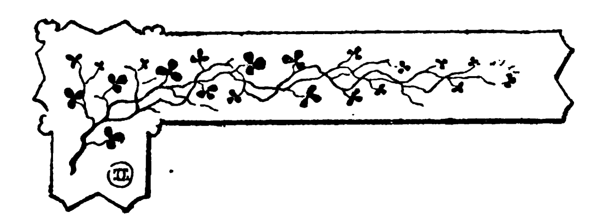
Pródigo en vuestra mente
Saber, genio, virtud infundiría;
Y belleza esplendente,
Salud, fuerza, harmonía
A vuestro cuerpo y corazón daría.

Todos, todos los dones
Con que el alma del hombre se enaltece;
La luz de altas acciones,
Cuanto la tierra ofrece,
Ó el ancho mar en sus abismos mece.

Y un edén de ventura,
De mansas auras, fuentes cristalinas,
De amor sin amargura,
De esperanzas divinas,
Cielo sin nubes, flores sin espinas,

De este mundo os hiciera.
¡Vana ilusión! Os llevará el destino,
Cual brisa lisonjera
Ó raudo torbellino
Lleva la nave en el raudal marino.

De júbilo y tristeza
Vuestra parte tendréis; hasta que herida
Vuestra gentil cabeza
Por la parca homicida,
Hundáis en su misterio el de la vida.



Á S. M. LA REINA REGENTE

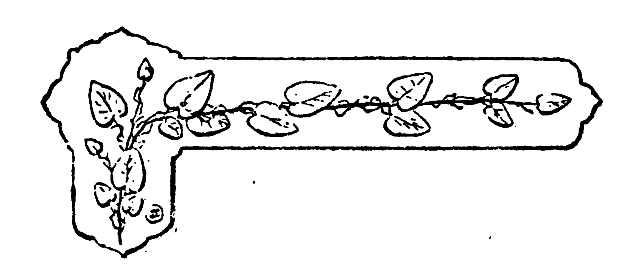
DOÑA MARÍA CRISTINA

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE SU HIJO

DON ALFONSO XIII.

SONETO.

De ánimo excelso, generosa, bella,
Y de la viuda bajo el negro velo,
Del propio afán y del hispano duelo
Lleva tu corazón la amarga huella.
Pero si lloras la eclipsada estrella
Que llenó de esplendor el patrio suelo,
En el niño gentil que te da el cielo,
Su luz renace, y la esperanza en ella.
Prenda de paz, de gloria y de fortuna,
Dél hará Dios el sacrosanto nudo
Que de la patria en el amor nos una.
¿Quién por su egregio trono temer pudo?
Un ángel como tú guarda su cuna,
Y es el pueblo español su firme escudo.



Á S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

AL CUMPLIR SU PRIMER AÑO (1).

¡Ah, me acuerdo! ¡Qué ansiedad!
¡Qué dolor! ¡Qué desconcierto!
Cuando corrió en la ciudad:
—«Todo acabó: el Rey ha muerto!»

Tanto esplendor y grandeza
Vimos temblando en el suelo,
Sintiendo ya en la cabeza
Desplomársenos el cielo.

(1) Aunque estas estrofas valen poco, como improvisadas que fueron la víspera de ser impresas en el número extraordinario del *Archivo Diplomático* de 16 de mayo de 1887, las incluye su autor en esta colección, como un testimonio de su amor al niño Rey que, Dios mediante, llevará con gloria en sus sienes la corona de los Alfonsos.

¡Cuánto profeta aquel día!
Iba á ser el fin de España:
En los pueblos la anarquía,
Y la guerra en la montaña.

Pobre viuda en el poder,
Con dos niñas: en su abono
Sintiendo un sér en su sér;
Pero al fin vacante el trono.

Vacante, no: Dios, que alcanza
Donde no puede el humano,
Puso por Rey la esperanza
En el solio castellano.

Y de sorpresa, en sorpresa,
Árbitro de la fortuna,
Si de un Rey cerró la huesa,
De otro Rey abre la cuna.

Cuna en que echó su piedad
De doce Alfonsos la historia,
Y tu gentil majestad
Cubrió con timbres de gloria.

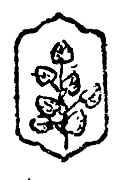
¡Un año ya!... ¡Con qué gozo
Te cuenta el pueblo los días,
Y esperando verte mozo
Funda en tí sus alegrías!

Su prez, su dicha, su honor,
Cifrados ve en tu existencia,
Y aviva su fe y su amor
Tu angelical inocencia.

Tu dulce madre, entre tanto,
Vela tu plácido sueño,
Y se templa su quebranto
Al ver tu rostro risueño.

¡Ah! Mañana, al despertar
De la infantil ilusión,
Para adorarla, en altar
Convierte tu corazón.

Salud ¡oh Rey! En tu frente
Derrame Dios la ventura,
Y haga brotar en tu mente
Nuestra grandeza futura.



RECUERDOS



AL CASAMIENTO
DE DOÑA EUGENIA DE GUZMÁN
CONDESA DE TEBA
CON NAPOLEÓN III
EMPERADOR DE LOS FRANCESES (1).

FLOR del Genil, hermosa cual ninguna
De la oriental Granada,
El cielo azul que iluminó tu cuna
Destella en tu mirada.

El Darro dió para formarte el oro
Que entre sus ondas mueve;
Los valles y las cimas su tesoro
De rosas y de nieve.

(1) Aunque esta oda y la que le sigue son poesías de circunstancias, y los votos del autor, en la dedicada al infortunado Príncipe imperial, no se cumplieron, ha creído deberlas incluir en esta colección, como un homenaje de respeto á la ilustre española que, con tanta honra y dignidad, ocupó al lado de Napoleón III el trono de Francia, y como triste ejemplo de los azares de la fortuna.



Emanación de la celeste altura
Con existencia humana,
¿Cuándo la Alhambra vió tanta hermosura
Ni en mora ni en cristiana?

No el Hacedor para la tierra en vano
Formar un ángel quiso:
Ya de tu vida se rasgó el arcano,
Hurí del Paraíso.

Hoy mira en tí la turbulenta Francia
El iris que serena;
Flor del Genil, aduerme en tu fragancia
Las márgenes del Sena.

Dios te elige; tu frente diviniza
De su diadema un rayo,
Próvido como sol que fertiliza
Los cármenes en mayo.

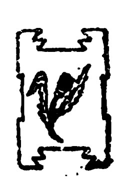
Él te encumbró; que á la de Ester sublime
Ofusque tu corona:
Al lado de la fuerza que reprime,
Sé el ángel que perdona.

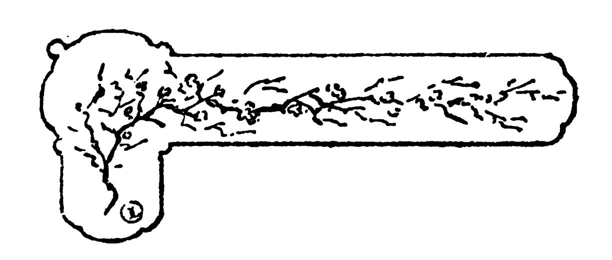
Del galo fiero con amor cautiva
El ímpetu sañudo:
Sé de la Francia bienhechora oliva,
Sé de tu patria escudo.

Que es de Guzmán la sangre generosa
La de tu noble raza,
Y el lauro de Tarifa, el que á tu hermosa
Pura frente se enlaza.

Con fe y amor serás de las naciones
Astro en bienes fecundo:
La fe es germen de altísimas acciones;
El amor salvó el mundo.

Hasta el trono imperial enaltecida,
Prosigue tu camino,
Y cumple en el arcano de la vida
Tu espléndido destino.





AL NACIMIENTO

DEL

PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

Per me Reges regnant...

NUNCA el mortal penetra los caminos,
Ni alcanza los misterios,
Por donde Dios empuja los destinos
De Césares é imperios.

El héroe de Austerliz omnipotente
Fúlgido imperio traza:
Todo pasó; pero quedó latente
El germen de su raza.

No era tiempo: la paz no era venida,
Y la rebelde Europa
Apuró de Satán la maldecida,
La envenenada copa.

Vacilaron los tronos de los reyes,
La cruz en los altares;
Triunfante el crimen humilló las leyes,
La sangre corrió á mares.

Crece el encono: tan horrible estrago
La humanidad quebranta;
La Francia se hunde; del sangriento lago
Tu brazo la levanta.

¡Napoleón! La perla de Castilla
Fué premio de tu gloria:
Dios te la dió, como te da en la orilla
Del Ponto la victoria.

No movió la ambición á tus legiones,
No la torpe codicia:
Fué su triunfo la paz de las naciones,
Tu gloria es tu justicia.

El que animó tu hueste en la pelea,
Tu tálamo bendijo:
Para heredar los timbres de Crimea,
El cielo te da un hijo.

De hermosa flor purísimo capullo,
Fué de la paz aurora:
Hoy se adormece al maternal arrullo
Y lo que es trono ignora.

Príncipe, goza de la edad primera,
Dichosa cual ninguna;
Pronto sabrás el lauro que te espera,
Junto á la móvil cuna.

Ya te dirá que el águila es tu emblema
Del pecho hondo latido:
De Carlomagno la imperial diadema
Á ceñirte has nacido.

Sé como el cedro que el ramaje empina
Al rebramar del viento;
Como faro que el piélago domina
Desde su firme asiento.

Pero no olvides, de mi patria hermosa
Al mirar las montañas,
Que allí nació la madre que amorosa
Te llevó en sus entrañas.

No, no lo olvides. Venturosa oliva
Dé su germen fecundo:
Sólo en la paz y la justicia estriba
La libertad del mundo.





EPISTOLA

Á MI QUERIDO AMIGO EL EXCMO. SEÑOR

D. MARIANO ROCA DE TOGORES

MARQUÉS DE MOLÍNS.

....
Y alza el mojado remo el marinero
Con vítores fogosos; y me aclama
Su padre y protector un pueblo entero.
Todo desapareció.

El mismo.

Mariano, ¿lo creerás? esta mañana
Las greñas atusándome al espejo
¡Ay! vino á helarme la primera cana.

En vano fué arrugar el entrecejo:
Allí estaba más blanca que la nieve,
Y yo á su vista pálido y perplejo.

Es la edad juvenil ensueño breve,
De que siempre despierta el alma herida
Del tiempo volador al golpe aleve.

Huyen los años en veloz corrida,
Y dependen de un mísero cabello
La dicha ó los pesares de la vida.

Mas ¿por qué de la suerte me querello?
¡En cuántos, de virtud y de sapiencia
Son nobles canas como augusto sello!

Nueva vida de hoy más, nueva existencia:
Broten en pos de juveniles flores
Los frutos que sazona la experiencia.

Irene, Laura, Brígida, Dolores,
Yo os juré amor hasta la tumba helada;
Mas cedo de mi suerte á los rigores.

La hechicera guirnalda matizada
Con que un momento nos ató el destino,
Yace en el polvo rota y deshojada.

¡Adiós, adiós, alegre torbellino,
De mundanos y frívolos placeres!
Noble ambición me lleva á otro camino.

La sociedad me inspira altos deberes;
La gran voz de la patria me reclama,
Y el nombre obliga á los hidalgos seres.

Pero... ¿cómo ingerirse en esa trama
Que á la nación envuelve con sus hilos,
Á conquistarse posición y fama?

—Lanzándose en los grupos intranquilos
Que luchan en política menestra,
Teniendo á la nación bajo sus filos;

Y con pluma satánica en la diestra,
Y el presupuesto sin perder de vista,
Pugnando hasta vencer en la palestra.

Hay que ser de la *Unión* ó progresista,
Conservador, demócrata, polaco,
Ó todo, cual conviene á un estadista.

Cuando estalle un motín, morder el taco;
Si humilde en el alcázar de los reyes,
En la *Puerta del Sol* fingirse un Graco.

Ministerial, de autoridad y leyes
Energúmeno ser en la defensa;
Oposición, de levantiscas greyes

Hacer hervir la muchedumbre inmensa,
Y concitar el odio al Ministerio,
Con los gritos furiosos de la prensa:

En nombre de su augusto magisterio,
Hay que hacinar insulto sobre insulto,
Ver en cada negocio un gatuperio,

Decir que tal Ministro es un estulto,
Y al abrigo de anónimo cobarde
Tirar la piedra y esconder el bulto...

¿Qué, de ministerial hiciste alarde,
Y crisis hay? Pues vuelve la tortilla,
Saluda al nuevo sol, apenas arde.

—Ya Diputado soy, ya saqué astilla:
Es verdad que no sé si mi distrito
Pertenece á Navarra ó á Castilla...

Ni averiguarlo se me importa un pito:
La soberana inmunidad me ampara,
Y nadie ha de poner más alto el grito.

Con tres votos que cuento, ¡qué algazara
Podré meter en votación reñida,
Si mi falanje en contra se declara!

La oposición cunero me apellida;
En el mundo oficial me llaman listo,
Y la prensa me raja y me trucida.

Que diga lo que quiera ¡voto á Cristo!
Ya llegué á Director, y una encomienda
Sobre el rico uniforme me revisto.

En Estado, en Justicia y en Hacienda.
Tengo la puerta franca á toda hora;
No hay ya quien no me escuche ó no me atienda.

Por la noche visito á la señora
De mi amigo el Ministro, y aunque ajada
Y con herpes que el rostro le desdora,

Sotto voce le digo que es un hada;
Y á juzgar por su lánguida terneza,
Antes de un mes alcanzo una Embajada.

—¡Oh patria, cuál mancillan tu nobleza
Y consumen tu aliento soberano
Esas lides sin honra y sin grandeza!

Las virtudes del pueblo castellano,
Su ardiente fe, sus Cides y Guzmanes
Mis ojos buscan por doquier en vano.

Turba audaz de sofistas charlatanes
Y de soldados réprobos trafican
Con su ruda ignorancia y sus desmanes.

Mentida libertad falsos predican,
Y enseñándole á hollar santos deberes
Odio ciego y furor le comunican.

Cunde su voz en campos y talleres;
Te alzas ¡oh plebe! en torba muchedumbre,
Y el verdugo y la víctima al fin eres.

¿Piensas tu necesaria servidumbre
Romper, juguete de ambición ajena,
Porque caiga un poder y otro se encumbre?

Aquél que alzaste ayer, hoy te refrena;
Y el rústico patán queda labriego,
Y vuelve el menestral á su faena.

—¡Oh! que ya cese el himno de Riego:
Mejor con el erario se alimenta
Del actual patriotismo el vivo fuego.

Ya incontrastable es el poder: se asienta
En Diputados firmes como rocas,
Mientras el presupuesto los sustenta.

Mas guarda si al estómago les tocas,
Que las antiguas Cortes de tres brazos
Son hoy congreso de trescientas bocas.

Del sentido común rotos los lazos,
Vota tributos el que no los paga,
É industria y propiedad hace pedazos.

¡Viva el sistema actual, inmensa draga
Que lanza á superficie un mar de cieno,
En cuyas ondas la virtud naufraga!

¡Ay de aquél que entusiasta y de fe lleno,
Por sólo amor al bien, gallardo lidia,
Y el lauro alcanza como honrado y bueno!

En él su diente cebará la envidia;
Pronto verá en su daño conjurada
La torpe ingratitud con la perfidia...

¿Te acuerdas? Multitud alborozada
Cual padre te aclamó, noble Mariano,
Y la patria vió en tí nuevo Ensenada.

Tú el olvidado pabellón hispano
Brillar hiciste en españolas naves
Del Atlántico mar al golfo indiano.

¿Y cuál fué el galardón? Harto lo sabes,
Al tributar la mirra de tus penas,
En la ciudad de las eternas llaves.

Si el austero Catón rompe sus venas,
Por no ver á su patria envilecida,
Tú con la fe de Cristo el pecho enfrenas.

¿Qué dolor de sí propio no se olvida
Sobre la tierra donde fué á torrentes
La sangre de los mártires vertida?

Allí al Eterno, en súplicas fervientes,
De España tregua á los tormentos pides,
Con tu esposa y tus hijos inocentes;

Mientras que España en vergonzosas lides
Arde al furor de la discordia impía
Desde el agrio Pirene al mar de Alcides.

Sí, Mariano; la patria que algún día
Fatigó con sus hechos á la fama,
Vencedora en Otumba y en Pavía;

La que avivando de Colón la llama,
Con él se lanza en rápidos bajeles
Y por suya la América proclama;

La que agobió su frente de laureles;
Por sus hazañas la nación primera,
Rival de Italia en cantos y pinceles,

Seco el lauro en la noble cabellera,
Á la ambición de impúdicos soldados
Hoy se humilla cual torpe vivandera.

¡Ay, si á despecho de tan tristes hados,
Á combatir en África se lanza
Del desierto los hijos atezados!

El Atlas se conmueve á su venganza,
Rueda á sus pies el bárbaro turbante,
Unión y gloria al parecer alcanza;

Mas de Calpe en la cúspide gigante,
Ignominia del nombre castellano,
Dice el Leopardo inglés torvo y rapante:

«Soy el rey del Estrecho gaditano;
Si venciste la mora cimitarra,
Humo tu gloria fué, tu empeño vano (1),»

Y levantando la traidora garra,
Y escarneciendo el lauro de tu frente,
¡Patria infeliz! á su Peñón te amarra...

(1) Se alude á las dificultades que opuso Inglaterra á la expedición española, y á las promesas que arrancó á nuestro Gobierno.

¡Cortés insigne! ¡Rayo de Occidente!
¡Un vil mestizo afrenta tu memoria,
Y la mísera España lo consiente! (1).

En el que fué tu campo de victoria,
Hoy es cetro el puñal del bandolero
Ávido de tu sangre y de tu gloria;

Y el resplandor del místico madero
Entre los odios de insensata plebe
Se ofusca con los miasmas de Lutero.

¡Oh qué gran siglo el siglo diez y nueve!
Las luces el telégrafo difunde,
Y por doquiera el vértigo nos mueve.

El vapor en un pueblo nos confunde;
El negro error humilla la cabeza;
Y ante el progreso que en Europa cunde,

Lo que ayer fué lealtad hoy es vileza;
Inicua sedición, santo heroísmo;
Y fe y virtud del ánimo flaqueza...

(1) Se alude á los crímenes de que fueron víctimas en Méjico, hacia la época en que se escribió esta epístola, varios europeos, y particularmente los españoles. La noticia de aquellos atentados causó profunda impresión en Europa, y fué origen de la expedición que España, Inglaterra y Francia llevaron á cabo, de común acuerdo, y de la guerra que la última sostuvo con aquella república.

Francia grita que muera el fanatismo,
Y el busto de Marat pone en el ara,
Y donde trono fué cava un abismo.

Hoy el Piamonte libre se declara;
Himnos tributa á Garibaldi el *santo*,
Y «abajo, grita, abajo la tiara.»

Los campos de Parténope, entre tanto,
Gana como Alarico á sangre y fuego,
De libertad al nombre sacrosanto:

No cesa la matanza; no hay sosiego
Para el cañón y la incendiaria tea,
Y de itálica sangre abunda el riego.

Húndese la ciudad, arde la aldea;
Por su rey, por su patria y sus hogares
El calabrés indómito pelea.

Carne humana demanda en sus altares,
Nuevo Moloc, la libertad del mundo:
Las víctimas sucumben á millares,

Y de la muerte el genio vagabundo,
En la amarilla calva el gorro frigio,
Exclama con acento furibundo:

«La Democracia soy, ¡voto al Estigio!» (1)
Y á todos, agitando el hierro insano,
Nos iguala en el bárbaro litigio.

¿Dónde me lleva el pensamiento vano?
¿Por qué anegar mi pecho en los dolores
Con que gimen Volturno y Garellano?...

Basta, basta de crímenes y horrores,
Y volvamos al campo que abrillantan
Riquezas y poder, timbres y honores.

Pensemos en los mil que se levantan
Por la bolsa, la prensa ó la tribuna,
Y arrastran coches y en palacios yantan.

¡Bravo! si es de virtud precio fortuna.
Mas ¡cuánto embaucador desde una choza
Se encaramó á los cuernos de la luna!

—¡Cuántas veces en fúlgida carroza
Se reclinan el fraude y el cohecho,
Y el que es merecedor de una coroza

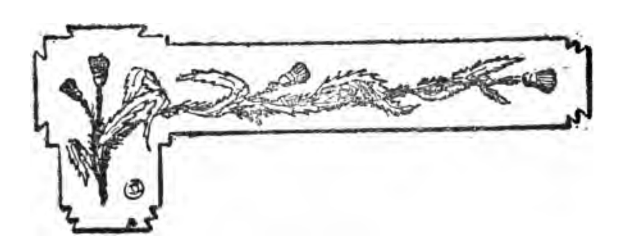
Lleva cruces y bandas sobre el pecho!
¡Cuánto de ayer fierísimo espartano
Hoy es Duque ó Marqués, muy satisfecho!

(1) Las aguas del río Estigio eran sagradas, gozando el privilegio de que por él jurasen los dioses.

Renuncio á la política, Mariano;
De ella no quiero timbres ni opulencia.
Un libro y una amiga (el sevillano

Cisne perdone tan atroz licencia);
Amiga que avasalle mi albedrío,
Tranquilo hogar, y paz en mi conciencia,
Será el solo anhelar del pecho mío.





Á ESPAÑA

EN LA TOMA DE TETUÁN (1).

Ya en sus veloces corceles
La fiera morisma avanza;
Una nube de alquiceles
Sobre tus filas se lanza.

¡Santiago por tu pendón!
Que santo y noble es tu empeño:
Al bramido del cañón
Sacuda el Atlas su sueño.

Tu espada en la recia lid
Con sangre mora se templa:
Adelante, hijos del Cid,
El mundo absorto os contempla.

(1) Para comprender el espíritu de esta composición, hay que recordar la actitud hostil de Inglaterra durante nuestra campaña de África, y las notas diplomáticas, no muy favorables á nuestra dignidad, que con tal motivo mediaron.

¡Victoria! tus hijos cantan
Ya en el Estrecho africano...
Mas ¿qué espectros se levantan
Del horizonte cercano?

Mástiles, náufragas quillas
Miro flotar en la niebla;
La mar entre ambas orillas
Un mundo de sombras puebla.

¡Lúgubre, extraña visión
Que me turba y estremece!
¿Qué demandan? ¡Quiénes son
Los fantasmas que el mar mece?

¡Las sombras de Trafalgar!
¡De tus abuelos los manes,
Que salen del hondo mar
Á bendecir tus afanes!

Oye su voz: en el viento
Arden sus nimbos de gloria,
Y así mezclan su lamento
Á tus himnos de victoria:

«¡Oh Patria! nuestro heroísmo
De este mar pasmó las olas,
Y está grabado en su abismo
Con áncoras españolas.

De tan gloriosa caída
Salvastes una esperanza,
Las palmas de nuestra vida,
Y ardor de noble venganza.

¡España, en África fiera
Será infecundo tu anhelo,
Mientras extraña bandera
Impere en el patrio suelo!

Que si el árabe turbante
Hoy á tu esfuerzo se humilla,
Ese Peñón arrogante
Tus claros timbres mancilla.

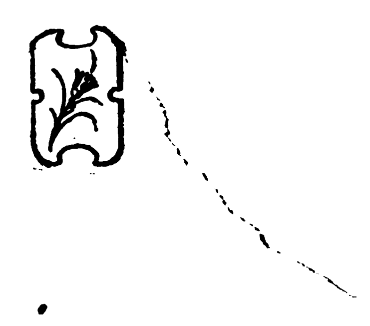
Reina que fuiste del mar,
Si aún quieres gigante ser,
Aún te queda que lidiar,
Aún te queda que vencer.

Haya en tus hijos unión
Y ese fuego que hoy te alienta,
Y, al fin, de tamaña afrenta
Limpio verás tu blasón.

En tanto, clava en Tetuán
El asta de tu bandera;
Y ya que sobre el Corán
La Cruz por tu esfuerzo impera,

Derrama, oh patria, su lumbre;
Mas comprende tu misión:
No es yugo de servidumbre
El Signo de Redención.»

Dijeron; y entre las brumas
Las sombras se disiparon,
Ó, abriendo el mar sus espumas,
Al hondo seno tornaron.





VERSOS

LEÍDOS EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

HECHA POR S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Á LOS ARTISTAS ESPAÑOLES

EN LA NOCHE DEL 31 DE DICIEMBRE DE 1856 (1).

Consilium autem Domini
In æternum manet...

II, *Ps.* XXXII.

Cuando un imperio que abarcó la tierra
Caduca y desfallece,
Y en largos años de exterminio y guerra
Hasta su historia misma desparece;

(1) La fecha de esta composición, en gran parte de circunstancias, explica las preocupaciones que agitaban el ánimo de su autor al escribirla. En esta poesía, como en otras muchos años há publicadas en los periódicos, el autor ha hecho algunas correcciones al incluirla en la presente colección.

Entre la niebla del error impura
Al declinar el sol del pensamiento,
Al convertirse la feraz llanura
En páramo sangriento;

Cuando la fe vacila,
Como bajel que sin timón naufraga,
Y el raudo empuje del corcel de Atila
Se cubre el orbe de tiniebla aciaga;

De excelsa lumbre misterioso faro
Las artes son al mundo;
Del humano infeliz próvido amparo,
Y de nuevo esplendor germen fecundo.

Son guirnalda de flores
Con que enlazarnos el Eterno quiso;
Son cadena de vívidos fulgores
Que el hombre desprendió del Paraíso.

Ella al puerto benéfico y seguro
De la verdad amarra las naciones:
Lo que fué, lo que existe, lo futuro
Forman sus eslabones.

Si del Averno al pavoroso empuje
Se rompe la cadena,
Si el crimen vence, la barbarie ruge,
Y hórrida noche el universo llena,

¿Quién contra Dios? El arca bendecida
Flota sobre el diluvio,
Y da su luz el árbol de la vida
Á las hordas del Elba y del Danubio.

Y cuando anuncia suspirada aurora
Nuevo sol que se encumbra,
Sol que más bellos horizontes dora
Y otros campos más fértiles alumbra,

Del polvo de arrasados monumentos,
Orgullo de otra era;
De urnas y frisos del cincel portentos
Que el martillo del bárbaro rompiera;

Del desplomado muro
En donde el alma del pintor destella,
De piedra ó bronce en que buril obscuro
De misteriosa luz dejó la huella;

De escombros apiñados,
Del hierro y de la hoguera vilipendio;
De papiros, de códices sagrados
Que la mano de Dios robó al incendio,

Se desatan en lumbre crëadora
Saber, arte y poesía;
Vuelve á brillar la antorcha salvadora
Que á los celestes ámbitos nos guía;

Y en torno se deshace
La niebla del error y de la duda,
Y el mundo que pasó, con el que nace
Por medio de las artes se reanuda.

¿Qué negra nube asoma en lo lejano
Que el angustiado corazón aterra?
¿Por qué se hiela el hombre ante el arcano
Que lo futuro encierra?

¿Nos anuncian el fin de las edades
La peste, el hambre, la discordia impía?
¿Van á tornarse polvo las ciudades,
Y noche eterna el día?

Aún no retumba el eco pavoroso
De la final trompeta;
Aún firme dura el hilo misterioso
Que en el espacio la creación sujeta.

Puede en ceniza el soplo de la guerra
Tornar frutos y flores;
Mas ¿quién apagará sobre la tierra
De la divina Cruz los resplandores?

¡España! ella es la luz de tus altares;
La que alentó á Pelayo,
Dió rica inspiración á tus cantares,
Y ornó tu sien con el laurel de mayo.

Esa la fe que reveló á Murillo
Las celestiales nubes,
De la pureza el ademán y el brillo,
Y el éxtasis de amor de los querubes.

Ella de Cano esplende en la memoria;
Ella de Zurbarán la mente inspira;
Y, como sol de gloria,
De Herrera y de León arde en la lira.

Con impotente saña
Lucha el error sin que su luz mancille;
No hay en tus fastos ni blasón ni hazaña
En que la fe católica no brille.

Gloria, excelsa Isabel, que orla tus sienes,
Y de la cual blasonas,
Cuando, con noble afán, el arte vienes
Á ensalzar con aplausos y coronas...

Los que de sangre y cieno (1)
Llenáis la patria, en lucha fratricida,
¡Ah! si aún la amáis, al angustiado seno
La paz volvedle, y restañad su herida.

Ella, en cambio, os dará frutos y flores,
Inspiración, aliento generoso:
Labor, virtud, no bárbaros furores,
Hacen á un pueblo libre y poderoso.

(1) Se alude particularmente á las turbulencias y horrores de que fueron teatro algunas comarcas de Castilla pocos meses antes.



AL BORDE DEL ABISMO [1].

I.

PATRIA infeliz, ve á sus reyes
En tierra extraña proscritos,
Y llena de lodo y sangre
Camina ciega al abismo.

¡Oh baldón, el solio hispano
De corte en corte ofrecido!
Y ¡un príncipe de Saboya
Aceptarlo, oh desvarío!

Á consejeros falaces
En mal hora prestó oído,
¡Iluso, triste monarca,
Sin fuerza, poder ni brillo!

(1) Estos versos fueron escritos en el invierno de 1872, cuando las fiestas y saraos que algunos particulares daban en Madrid, formaban tan singular contraste con las desventuras del país.

En torno dél la anarquía,
La autoridad sin prestigio,
La lucha de las facciones,
El patrio suelo en peligro.

Mientras los pueblos perecen
Entre civiles conflictos,
Son el terror de los campos
Incendiarios y bandidos.

Ya no hay Dios, ley ni justicia;
Se ultraja la fe de Cristo;
Vienen abajo los templos,
Y en auge van los delitos.

Hoy la lealtad es vileza,
El perjurio patriotismo,
Y gratitud é hidalguía
Antiguallas de otro siglo.

Pero no á todos la suerte
Les muestra semblante esquivo;
Ganancia de pescadores
Es al fin revuelto río,

Y sórdidos usureros,
Y hasta patriotas de viso,
Logran labrar su fortuna
En el común exterminio.

Eso es *la patria con honra*,
Esos los altos designios
De charlatanes ilusos
Y sediciosos caudillos.

Pobre España, pobre España,
¡Qué adverso le fué el destino!
¡Ella, otro tiempo tan grande,
Hoy de la Europa ludibrio!

II.

Y vosotros, entre tanto,
De egregias estirpes hijos,
Cuyos abuelos al moro
Ganaron tierra y castillos;

Ó los de menos linaje
Que por los hados propicios
Con noble afán alcanzaron
Riqueza, valer y brillo,

¿Qué hacéis? En vuestros balcones
Parecen arder los vidrios,
Y de la noche en las sombras
Destellan cual astros vivos.

De musicales cascadas
Y torrentes de sonidos,
Llegan vibrando los ecos
Á los albergues contiguos...

¡Ah! las fúlgidas arañas
Inundan vuestros recintos,
Y al son del vals, cien parejas
Se cruzan en leves giros.

De nieve son las gargantas,
Brillantes los atavíos,
Y delicioso el aroma
De flores, gasas y rizos.

Sobre cristales y bronces
Con adornos peregrinos,
En regios aparadores
De nácares embutidos,

Piñas que de oro parecen,
Y de esmeralda racimos,
Y deliciosos manjares,
Y almíbares exquisitos.

Los néctares espumosos,
Nieve y fuego á un tiempo mismo,
Bullen en jarros de plata
Y cálices cristalinos.

Allí á las apuestas damas
Sirven galanes rendidos;
Y las miradas de fuego,
Y los amantes suspiros,

Y los vasos que se chocan,
Y la charla, y el bullicio,
Y los espejos, las luces,
Las flores, galas y hechizos,

Forman un cuadro que arroba
Las potencias y sentidos;
Vuestra morada parece
Un sueño del Paraíso.

III.

Llenan de luz las arañas
Vuestros albergues divinos;
Pero, fuera, noche triste
Tiende su manto sombrío.

En vuestra mansión el aire
Es suave, amoroso, tibio;
Pero, al raso, hiere el rostro,
Como puntas de granizo.

No obstante, desde la escarcha
Hay, en la sombra sumido,
Quien tiene en vuestros balcones
Ojos de carbunclo fijos:

La Envidia, que siente el pecho
De víboras corroído,
Y en voz ahogada murmura:
«Iguales todos nacimos.»

Y la Miseria, que añade:
«¿Por qué yo pobre y él rico
Entonces? Si iguales somos,
Parte de lo suyo es mío.»

Y el Odio, que de ponzoña
Y de amarga hiel nutrido,
Dice con ojos de brasa
Y entrecortado respiro:

«Rompamos el férreo yugo
De explotadores impíos:
Con sangre y fuego borremos
La afrenta de tantos siglos (1).»

(1) **Naturalmente condeno tales errores, y no es mi ánimo censurar que los ricos den fiestas que al fin redundan en provecho del pobre, sino la falta de oportunidad de aquellos bailes en medio del desquiciamiento general, y cuando la propaganda socialista empezaba á dar sus amargos frutos en algunas comarcas de España.**

Así, mientras descuidados
Y en la molicie sumidos
Veis deslizarse la noche
En danzas y regocijos,

Sombras fatídicas velan
En torno de vuestros quicios,
Y el crimen, tal vez, en ellos
Estampa siniestro signo.

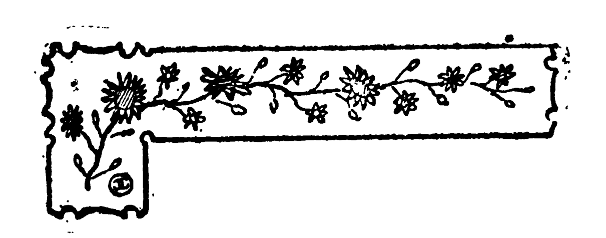
¡Ah, despertad! ¿Se estremece
La tierra, y adormecidos
No pensáis que á vuestras plantas
Se puede abrir el abismo?

¡Ciegos! ¿No veis la tormenta
Que os arroja el torbellino?
¡Sordos! ¿El trueno que ruge
No escuchan vuestros oídos?

Despertad: no es el momento
De frívolos desvaríos,
Sino de ardientes plegarias,
De abnegación y heroísmo.

¡Despertad, antes que el rayo
Hunda artesones y frisos,
Y que el petróleo devore
Vuestros áureos edificios!

HOJAS DE ÁLBUM



EN EL ÁLBUM

DE S. M. EL REY D. ALFONSO XII

DOS AÑOS ANTES DE SU ADVENIMIENTO AL TRONO.

Os conocí y amé, siendo el orgullo
De alcázar esplendente,
La esperanza de un pueblo generoso
Que en vos cifró su suerte.

Al veros luego en extranjera tierra
Niño infeliz proscrito,
La nativa lealtad creció en mi pecho,
Mayor fué mi cariño.

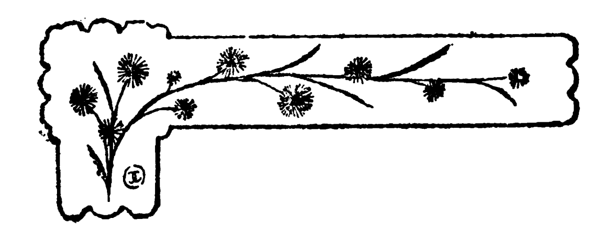
Acatemos á Dios: en su clemencia
Ó su rigor profundo,
Para templar el alma de los reyes
Les manda el infortunio.

Libro es la adversidad que al hombre enseña
Á conocer al hombre,
Sin que lo enerve la falaz lisonja
Ó turben las pasiones.

Si al fin, Señor, de nuestra pobre España
Tiene piedad el cielo,
Y alzáis del polvo con robusta mano
De Carlos Quinto el cetro,

Ya lo sabéis: no en vanos esplendores
Los tronos hoy descansan;
En su valor y en su prudencia estriba
La fuerza de un monarca.





Á NUESTRO

SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII.

EN EL ÁLBUM REGALADO Á SU SANTIDAD POR LAS SEÑORAS DE MADRID (1887).

Los raudos aquilones
Al fin abaten el altivo cedro;
Se hunden los tronos, cambian las naciones,
En humo las soberbias ilusiones
El tiempo desvanece;
Todo, todo perece:
Sólo la barca mística de Pedro
Sobre el mar de los siglos resplandece.

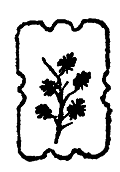
Falaz y temerario,
En los escollos de su falsa ciencia
Hacerla zozobrar quiere el sectario.
Pero ¿quién la hundirá? No en mar ignoto

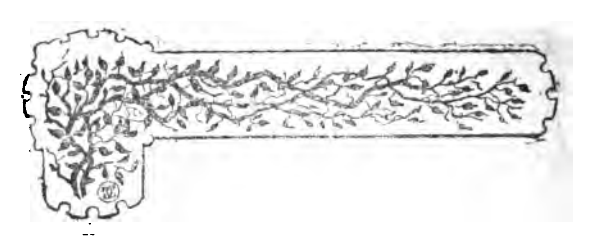
De las tormentas al azar se inclina;
No teme el rayo ni el peñón adusto:
Por brújula el piloto
Lleva en su frente la verdad divina,
Y por timón en la sagrada mano
De la eterna moral el cetro augusto.

¿Á qué poder humano
En esplendor y majestad le cedes?
¡Oh apóstol soberano!
Recluso estás... ni presentarte puedes
Á bendecir á la ciudad y al orbe
Sin que turba frenética lo estorbe:
La turba que salvaba
Á Barrabás para inmolar á Cristo,
Aquélla que insultaba
Con infernal encono,
Las sagradas reliquias de Pío Nono.

Si un cáliz de amargura
Te obligan á apurar hasta las heces,
No logran ofuscar tu lumbre pura.
Millones de católicos sus preces
Como á padre amoroso te dirigen
De un extremo del orbe al otro extremo,
Y en sus querellas reyes y naciones
Te buscan como al árbitro supremo.
¿Y cómo no, si tu poder sublime
Teme y acata el mismo que te oprime?

Humilde pecador yo te venero,
Y ante tu solio con amor me inclino.
El cielo me conceda,
Santo Pastor, que presentarme pueda
Con tu perdón al tribunal divino.





EN EL ÁLBUM

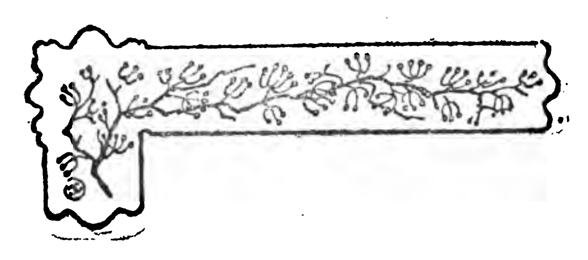
DE S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA

DOÑA MARÍA ISABEL.

(1882.)

SONETO.

Al expresar, altísima Señora,
La viva admiración que por vos siento,
No temo que mi libre pensamiento
Se tilde de lisonja engañadora.
¿Quién de ese hermoso corazón ignora
La piedad y patriótico ardimiento?
Del Arte sois inspiración y aliento
Y dulce madre del que sufre y llora.
Cual fresco y puro manantial que el ave
Busca en la sombra de floresta amiga,
Paz y amor difundís... Mas ¿quién no sabe
Que hada celeste sois que el bien prodiga?
Si no hay pecho infeliz que no os alabe,
Ni humano corazón que no os bendiga.



EN EL ÁLBUM

DE S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA

DOÑA PAZ

CON MOTIVO DE UNA PRECIOSA ACUARELA
EN QUE REPRESENTÓ Á SU HERMANA DOÑA EULALIA,
Y QUE TITULÓ:

MI ÚNICO MODELO.

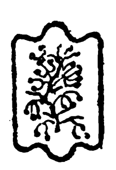
(1882.)

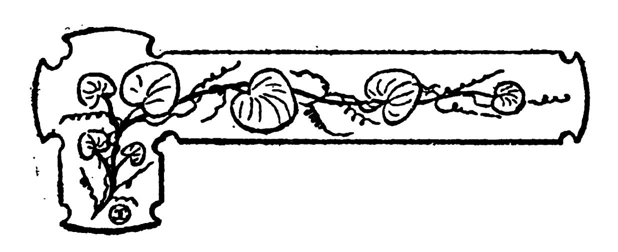
Con cariñoso desvelo
Copió un ángel tu pincel,
Y éste es *mi único modelo*
Pusiste debajo de él.

Al mirar su gentileza,
Díjeme: «¡Bendito Dios!...
Mas no es único: su Alteza
Tiene por mi cuenta dos.»

Á tu claro juicio dejo
Si pequé de indiscreción...
Mira tu faz al espejo,
Y luego da tu opinión.

Sin duda, lindo modelo
Fué el que inspiró tu pincel;
Pero en tu rostro de cielo
Tienes otro como aquél.





EN EL ÁLBUM

DE S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA

DOÑA EULALIA.

(1882.)

TIENES el rostro de un ángel,
Flores nacen á tus pies;
Mucho más brilla que áurea diadema
El claro nimbo que orla tu sien.

Nobles y excelsos varones,
Regios mancebos, venid...
Luego decidme si otra princesa
Vísteis más pura ni más gentil.

Mas no basta á merecerla
Una corona real...
El que la quiera, dentro del pecho
Para adorarla traiga un altar.



EN EL ÁLBUM

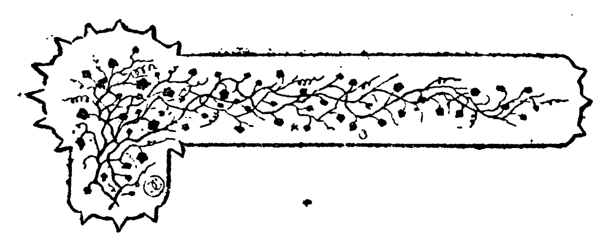
DE LA CONDESA DE...

TAN JUSTAMENTE ADMIRADA EN LOS TEATROS

DE SOCIEDAD DE LA CORTE.

SONETO.

Que eres bella, se calla por sabido;
Mas lo que en tí me hechiza y enajena,
No son tus ojos que envidiara Elena,
Ni el albo cuello de ilusiones nido.
Es el fuego que guardas escondido
Bajo tu faz dulcísima y serena;
Es ese don que á un público encadena,
De tus labios de rosa suspendido.
Musa viviente, generoso aliento
Das de Scribe á la pluma creadora
De Vega y de Bretón al pensamiento.
¿Qué alma de hielo con dolor no llora,
Si el llanto y el pesar mueven tu acento?
Si te enciende el amor, ¿quién no te adora?



EN EL ÁLBUM

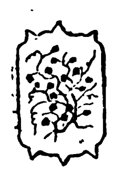
DE LA EXCMA. SEÑORA

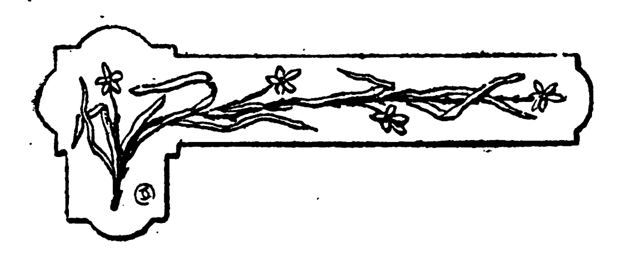
CONDESA DE GUAQUI.

Ya sé que son tus hermanas
Las hurís del Paraíso,
Y que en tu cara de cielo
Hay dos luceros divinos;
Mas no me pidas canciones
En ofrenda á tus hechizos:
Yo, cuando pienso en tus ojos,
En vez de cantar suspiro.

Quisiera tejer guirnaldas
De frescas rosas y mirto
Para ceñir tu cintura,
Para enlazar á tus rizos...
Mas ¡ay! pasó la tormenta
Sobre mi huerto florido.
¿Qué rosas podré ofrecerte
Que tengan aroma y brillo?

No, Carmen: á los acentos
De los cisnes peregrinos
Que tu belleza ensalzaron,
No quieras juntar los míos.
Quédese aquí mi cantar
Como lamento perdido,
Cual seca flor olvidada
Entre las hojas de un libro.





EN EL ÁLBUM

DE LA ILUSTRE POETISA

SRTA. DOÑA JOSEFA UGARTE DE BARRIENTOS

(HOY CONDESA DE PARCENT).

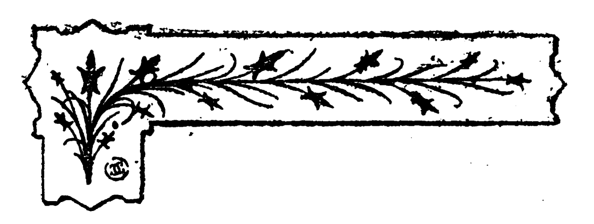
SAFO Y TÚ.

CON ardorosa pasión
Que la agita y que la enerva,
Safo, cantando á Faón,
Se tornaba en su ilusión
Pálida como la yerba.

Pero tú, pura y hermosa,
Cuando con voz melodiosa
Cantas ensueños de amante,
Con el pudor de la rosa
Brilla tu casto semblante.

Sólo el amor terrenal
Mueve á la ninfa lesbiana;
Pero en tu canto ideal,
En tu aroma virginal
Se ve á la musa cristiana.



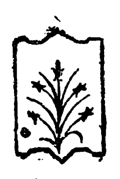


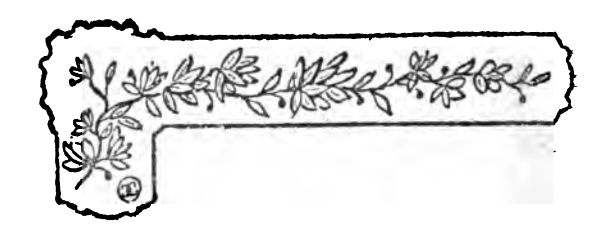
EN EL ÁLBUM

DE LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE LA PEZUELA.

ENTRASTE en un baile ayer
Con tu semblante de cielo,
Y estas palabras al vuelo
Pude en la sala coger:
—Un artista: ¡Qué mujer!
¡Fidias la hubiera esculpido!
—Un pollo: ¡Feliz marido!
—Una envidiosa: ¡El encanto
De su belleza no es tanto!
—Una vieja: Nos ha hundido.

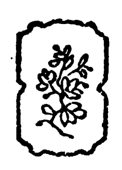


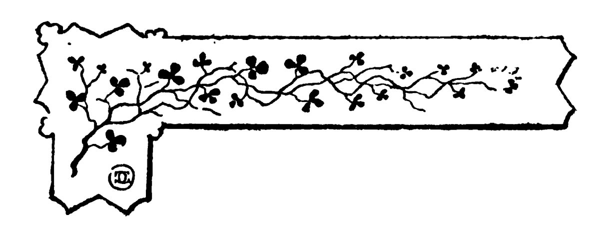


EN EL ÁLBUM DE PILAR,

Á QUIEN NO CONOCÍA NI DE VISTA.

Lo sé: belleza sin par;
Ojos que ofuscan al día...
¡Cuántas cosas te diría!
De haberte visto, Pilar,
Siquiera en fotografía.





A CARMEN.

Al maternal cuello asida
La primera vez te ví,
Como al amor de una rosa
Un capullo á medio abrir.
Pasaron luego los años,
Y aquella niña gentil,
Ahora madre, ve en su falda
Á otros niños sonreir.
Como se empujan las olas
Unas tras otras sin fin,
Tu vida empuja la mía,
La de ellos te empuja á tí.
Yo soy ya pálido otoño
Que ve los hielos venir,
Tú luz de próvido estío,
Ellos la gala de abril.
¡Siempre la misma cadena!
Y unos tras otros así,
Rodamos, como las olas,
Sin saber dónde á morir.



Á LA EXCMA. SEÑORA

CONDESA DE VILLAGONZALO.

EN EL ÁLBUM QUE EL DÍA DE SU SANTO LE REGALÓ
UNO DE SUS AMIGOS.

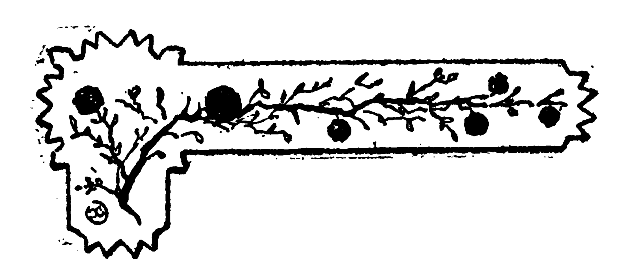
Los deudos, los amigos
Que tu bondad cautiva,
Para mostrar su afecto
Y celebrar tus días,
Con dulces y con flores
Y plantas peregrinas
Y artísticos presentes
Te obsequian y te miman.
Conviértese tu casa,
Tan elegante y linda,
En almacén revuelto
De mil cosas distintas.
Entre primores tantos
Y tanta fruslería,

Donde el cristal, el bronce
Y los esmaltes brillan,
Sólo faltaba un álbum
Con entusiastas rimas,
Y helo aquí, ya con versos
De Grilo y de Zorrilla,
Que antes de ir á tus manos
Mi ofrenda solicita.
Mas ¡ay! yace en el polvo
Mi ya olvidada lira;
Su encanto disipóse,
Sus disonancias crispan.
¿Cómo, gentil Fernanda,
En cuerdas enmohecidas
Hallar los dulces sones
De frondas y de brisas,
De arroyos que se quiebran
En las menudas guijas,
De fuentes que murmuran,
De pájaros que trinan?
¿Cómo de tierra y mares
Juntar las harmonías,
Y mezclando las notas
Que en los espacios vibran,
Alzar á tu hermosura,
Que tanta gracia anima,
Un himno fervoroso
De amor y de alegría?
Tú que eres, como Elena,

Por tus hechizos digna
De que te cante Homero,
De que te esculpa Fidias,
Permite bondadosa
Que en estas pobres rimas
Un homenaje puro
Mi corazón te rinda.
El cielo te conceda
Salud, eterna dicha;
Y amada de tu esposo,
De todos bendecida,
Que para tí las flores
Jamás tengan espinas,
Ni el cielo tenga nubes
Ni lágrimas la vida.



ROMANCES



LA NOCHE ANTES [1].

I.

PREDICCIÓN.

TETUÁN, mansión favorita
De Alá, del Profeta asilo,
El turbante de tinieblas
Que la noche te ha ceñido

Mejor sienta á tus dolores
Que los cambiantes y hechizos
Con que abrillanta la aurora
Tus alminares moriscos.

(1) Este romance se escribió para el *Romancero de la guerra de África*, donde figura con el título: *Noche que precede á la rendición de Tetuán.—Muertes, horrores.*

Mas ¡ay! de la negra noche
No esperes el sueño amigo,
Cual tus ardientes palmeras
El benéfico rocío.

Una horrible pesadilla
Va á conturbar tus sentidos,
Y á oprimir van tu garganta
Ensangrentados vestiglos.

Terribles imprecaciones
Resonarán en tu oído,
Y romperá tus entrañas
El hierro de los beduínos.

Será al calor de la hoguera
Tu llanto desvanecido,
Y en el satánico estruendo
Se apagarán tus suspiros.

¡Pobre ciudad sin ventura!
En tí se ensaña el destino;
Tu propio alfanje te hiere;
Sufre tu suerte: está escrito.

De las siniestras antorchas
Á los fulgores rojizos
Apura el amargo cáliz
De la hiel de tus delitos.

En tus lóbregas mazmorras
¡Cuántos cristianos cautivos!
¡Cuántas veces ultrajada
Fué la cruz en tu recinto!

¡Cuántas maldades fraguaron,
De tus muros al abrigo,
La insania de tus ulemas,
El rencor de tus caudillos!

¡Qué furibundas empresas
De codicia y fanatismo
Contra la nave cristiana
Que cruzaba el mar vecino!

Borra, borra en una noche
De lágrimas y martirio
Los crímenes que en tu seno
Amontonaron los siglos...

Llora y serás consolada:
Al eco de tus gemidos
Vendrá mañana Castilla
Á salvarte del abismo.

Aprende, triste sultana,
En tu amargo sacrificio,
Lo que va desde el Corán
Hasta la enseña de Cristo.

II.

LA NOCHE.

¡Qué lóbrega noche! El viento
Pasa gimiendo en la vega;
Tetuán sumida parece
En hondo mar de tinieblas.

Todo, recato y silencio,
Sin que interrumpa la queda
Lejano son de guitarra
Ó de amorosa querella.

Los árabes ajimeces
Ni luz ni vida revelan:
Su faz esconde la luna,
Su resplandor las estrellas.

Ya en las alturas vecinas
Se apagaron las hogueras;
Ya duermen los españoles
Bajo las móviles tiendas.

Pero no todos reposan:
De tiempo en tiempo resuena,
Cual pavoroso alarido,
El marcial grito de ¡alerta!

Grito que en alas del viento
Á la triste ciudad llega,
Como terrible amenaza
Ó maldición del Profeta.

¡Tetuán, orgullo del moro!
Los extranjeros te cercan,
Y, el noble Muley vencido,
Huye su hueste dispersa.

Si la fatídica noche
Es del dolor compañera,
Las ansias que te devoran
Con su beleño adormezca.

Pero ¿qué extraños rumores
Su vago horror acrecientan?
¿Serán las nocturnas aves
Que entre los muros revuelan?...

¿Qué sombras ó qué fantasmas
Se deslizan en la niebla?
¿Dónde medrosas caminan
Esas pisadas inciertas?

¿Quién abrió allí el ajimez
Con misteriosa cautela?
¿Qué dicen esas palabras
Que el raudo viento se lleva?

¿Qué mano toca al portillo?
¿Quién por la ojiva penetra?...
Allá perdida palmada
Tal vez anuncia una seña;

Aquí se oyen comprimidos
Sollozos, sin que se sepa
Qué corazón los exhala
Ó qué dolor los engendra.

Todo mezclado y confuso
Con las ráfagas ligeras;
Todo borrado y perdido
En un mar de sombra densa.

Entre los rotos crespones
Que su pálida faz velan,
La emperatriz de la noche
Deja asomar su diadema.

Y acaso á piedad movida
Por la ciudad agarena,
Las torres alicatadas,
Aunque breve espacio, argenta.

Á sus trémulos fulgores,
Gigante, gallarda, esbelta,
Una figura aparece
De la muralla en la cresta.

Sobre los hombros fornidos
El ancho alquicel se pliega,
Y blanco y rojo turbante
Ciñe su erguida cabeza;

Y con los ojos sombríos,
Donde dos chispas destellan,
Del hispano campamento
Contemplando las trincheras,

Aquella inmoble figura
Al aire entre las almenas,
Más que hombre vivo, parece
Medrosa estatua de piedra.

Detrás dél, á corto trecho,
De traza vil aunque fiera,
En silencio, varios moros
Con sus espingardas velan.

Mientras Assem, su caudillo,
De quien órdenes esperan,
En lo más alto del muro
Recapacita y observa.

Así pasó breve espacio
Por aquella muda escena,
Cuando surgiendo en la sombra,
Como serpiente en la yerba,

Negro y feroz africano
De súbito se presenta,
Y con ansiosa premura
Al jeque, humilde, se acerca.

Y Assem, pasando la mano
Sobre la frente soberbia,
Cual si calmar anhelase
El volcán de sus ideas,

Al negro volvióse, y ambos
Hablaron de esta manera:
—¿Viste á Jetira?—¡Ojalá
Nunca mis ojos la vieran!

—¿Leyó mi carta?—Leyóla,
Y esto me dijo en respuesta:
«Esclavo, dile á tu dueño
Que aborrezco sus finezas;

Que quiero en Tetuán la muerte
Mejor que en Fez la vergüenza;
Que parta solo... ¡Maldiga
Antes Jehová mi existencia!...»

Bajó la voz: sus palabras
El mismo Assem oye apenas;
Pero en su mente se fijan
Como infernales saetas.

Y del volcánico pecho,
Donde el rencor se alimenta,
Lanzando sordo rugido
Que al negro la sangre hiela,

—Está bien—dijo; y llevando
Hacia la daga la diestra,
—¡La fama de mi venganza
Por Alá que será eterna!

Luego con paso tranquilo,
Mas con mirada de hiena,
Calándose la capucha
Al grupo de moros llega.

No sé qué breves palabras,
Ó mágicas ó siniestras,
Pronuncia, que los salvajes
De vivo gozo se llenan.

Un momento se revuelven;
Rompidas frases alternan,
Y con feroz alegría
Que en sus ojos centellea,

Se deslizan por las rampas
Como veloces panteras,
Y perdiéndose en las sombras
Por la ciudad se dispersan.

Ya solos en la muralla
El jeque y el siervo quedan;
Pero Assem, grave y sombrío,
Á poco también se aleja,

Así diciendo al esclavo
Que cerca de él mudo espera:
—En la Puerta de la Mar,
Antes del alba, mi yegua.

III.

EL MOTÍN.

Vuelve á embozarse la luna
En el manto que la cerca;
Y bien hace; porque hay cosas
Que vale más el no verlas.

Pero infernales vislumbres
Surcan las calles estrechas,
Y ya en frenética turba
El ancho coso fermenta.

Son los feroces beduínos,
Los chacales de la sierra;
Y ¡vive Alá! que la noche
Va á ser de zambra y de gresca.

Á los fulgores siniestros
De las agitadas teas
Relumbran las azagayas,
Los alquiceles blanquean.

Y en afanoso tumulto,
Aquella morisma ciega,
Blandiendo al aire las armas,
Con mil extremos vocea.

Quién dice que Muley-Abbas
Ha sucumbido con mengua;
Quién, que no es justo al cristiano
Dar de Tetuán la riqueza;

Que saldrán de aquellos muros,
Puesto que ya no hay defensa;
Mas la ciudad hecha escombros
Y de ceniza cubierta.

Y con la furia en los ojos
Y el improperio en la lengua,
La mano en el yatagán
Y el pensamiento en la presa,

Más bien que seres humanos
Parecen bandada hambrienta
De buitres, que ya se ciernen
Sobre un rebaño de ovejas.

Ya corre en la Judería
De boca en boca la nueva,
Que las hordas montaraces
Para el pillaje se aprestan.

Ya la calma pavorosa
Mortal angustia se trueca,
Y mil confusos clamores
Aquellos ámbitos pueblan.

Los ancianos y levitas
En el templo se congregan,
Y en él buscando refugio
Tristes familias se albergan.

Cruzan fantásticas luces
Por direcciones opuestas;
Allá se corre un cerrojo,
Aquí se afirma una puerta.

Y en los míseros hogares
¡Cuán dolorosas escenas!
Uno iracundo se agita,
Otro se abate y consterna;

Quién jura que los bandidos
Rechazará á viva fuerza;
Éste llora, aquél vacila,
Y los momentos apremian.

Su oro y sus joyas el rico
Sepulta bajo la tierra;
El mercader su tesoro
Hunde en recóndita cueva.

Contra el pecho acongojado
Al niño la madre estrecha;
El marido por su esposa,
El padre por su hija tiembla.

Unos preparan sus armas,
Otros salmodian y rezan...
Mas ¡ay! ya llega rugiendo
La asoladora tormenta.

¡El Dios de Abraham y Jacob,
Pueblo infeliz, te proteja!
Él, que te abrió por las aguas
De Rojo Mar ancha senda;

Él, que por tí hizo fecundas
Del desierto las arenas;
Él, que en columna de fuego
Te dirigió en las tinieblas,

Y con el arca divina
Te dió el cetro de la tierra,
En este amargo momento
Vuele á tu amparo y defensa...

¡Ay, del Gólgota la sangre
Salpica la frente vuestra!
Elige, pueblo deicida,
En esta noche de prueba,

Entre la Cruz, que los brazos
Llena de amor te presenta,
Y las infernales hordas
Que están llamando á tus puertas.

En el reló del destino
Ya sonó la hora suprema;
Ya bajo el hacha y el fuego
No hay quicio con resistencia.

Ni valen pesada barra
Ni refornida cadena;
Que si el obstáculo crece,
Aún más el empuje arrecia.

Y cual torrente que rompe
El valladar que lo enfrena,
En el hogar del hebreo
La infame turba penetra.

En balde mísero anciano
Se postra y humilde ruega:
Con carcajadas responden
Ó con terribles blasfemias.

Y la hermosura deshonran,
Y la virtud atropellan,
Y á los padres escarnecen,
Y á los maridos afrentan;

Ni nobles canas, ni ruegos,
Ni el llanto de la inocencia
Contienen aquellos tigres,
Que ansia de crímenes ciega.

¡Ay de aquél que á su verdugo
En tanto oprobio denuesta!
La furibunda gumía
El labio pronto le sella.

Pero el fatídico estruendo
De la satánica fiesta
Terribles detonaciones
De tiempo en tiempo superan;

Que hay honras que se defienden,
Que hay quien disputa su hacienda,
Y cara vende su vida
Y resiste á la violencia.

Ya el fruto de largos años
De privación y miseria
Los bárbaros se reparten
Á la luz de las hogueras.

Lo que al pillaje no cuadra
Por su tamaño ó materia,
La cimitarra lo hiende
Ó el fuego torna en pavesa.

Muebles de nácar, preciosas
Porcelanas, ricas telas,
Al resplandor de las llamas
De los ajimeces vuelan.

En tanto, dolientes ayes
Con los sarcasmos se mezclan,
El ciego tumulto crece,
La torpe algazara aumenta.

No sólo ya la morada
De los hebráicos saquean...
¡Ay del muslim cuyo albergue
Beldad esconde ó riqueza!

Los hijos de la montaña.
Nada en su furia respetan,
Y el Alcorán y el Talmud
Con igual desprecio huellan.

Mas los feroces chacales
Que asaltan en las tinieblas
Redil indefenso, al alba
Se vuelven á sus cavernas:

Y las selváticas hordas
De sangre y botín repletas,
De aquel campo de exterminio
Á retirarse comienzan.

Ya la ciudad van dejando,
Como la hirviente marea
Cuando la playa abandona
Y entre las sirtes se aleja;

Que amagan los castellanos,
Y antes que el sol aparezca
Hay que ocultarse en los montes
Ó guarecerse en las selvas.

Ya los hachones se apagan,
El estruendo y clamor cesan;
Ya en el confuso horizonte
El primer rayo alborea;

Y de la bárbara orgía
Sólo en los ámbitos quedan
El ¡ay! de los moribundos
Y el llanto de las hebreas.

IV.

EL AMANECER.

Al despuntar en Oriente
Del sol la lumbre serena,
¡Qué cuadro la ciudad mora
De horror y angustia presenta!

¡Qué desolación amarga
Los ojos doquier encuentran!
Cadáveres mutilados
Las calles y plazas siembran.

¡Aquí los quicios hundieron,
Allí quemaron las puertas,
Y de sangre y exterminio
Por todas partes la huella!

Raros y artísticos muebles,
Ricos vasos, áureas telas,
Y brillantes ataujías,
Y preciosas taraceas,

Y mil enseres y objetos
De condiciones diversas,
Ya de moradas humildes,
Ya de lujosas viviendas,

Todo disperso en las calles
Y hecho girones ó piezas;
Todo estragado y perdido
Por el alfanje ó la tea.

Y en torno de los despojos
De la furia sarracena,
Desconsoladas familias
Exhalan ayes y quejas.

El que era ayer opulento,
Se asombra de su miseria;
Y de más hondos pesares
Otros pechos se lamentan...

Madres que buscan sus hijos,
Y que sus hijos no encuentran;
Mujeres cuyos esposos
Yacen víctimas sangrientas.

Quién grita desesperado;
Quién mudo se reconcentra;
Doquier llanto y desventura;
Doquier horror y tristeza.

Un pobre anciano, en el rostro
Congoja mortal impresa,
De una mujer el cadáver
Entre los brazos eleva.

Flota hasta el suelo tendida
De ébano la cabellera,
Y la faz mustia parece
Como truncada azucena.

—¡Jetira! ¡Jetira!—exclama
El padre en voz lastimera;
Mas Jetira no responde,
Porque Jetira está muerta.

Y con el alma transida
Y desmayadas las fuerzas,
Á tosco banco vecino
La arrastra más que la lleva.

La coloca en sus rodillas,
Entre sus brazos la estrecha,
Y con lágrimas heladas
La marchita faz le riega.

Y—¡Dios santo de Isräel!
—Prorrumpe con voz que aterra,—
¡Ó vuélveme á mi Jetira,
Ó arráncame la existencia!

Después abre los cendales,
Donde aún la sangre se orea,
Cual si avivando el tormento
Quisiese acallar su pena.

Mas ¡ay! descubren sus ojos
(Y el corazón se le hiela)
Que aún el puñal homicida
El blanco seno penetra.

Vacila un punto, y temblando,
Con mano crispada y yerta,
Del casto, virgíneo pecho
Arranca el arma funesta.

Sus apagadas pupilas
Rápido instante chispean;
Convulso agita la daga
Que aún en su mano gotea;

Y en ella despavorido
Fijando la vista incierta,
¡Assem! leyó sobre el pomo,
Escrito en árabes letras.

Más tarde, de parlamento
Bajo la blanca bandera,
Ante el hispano caudillo
Triste anciano se prosterna.

¿Quién es?—Del pálido rostro
Lo dice la angustia acerba.
¿Qué es lo que pide?—¡Venganza
Contra las kabilas fieras!



LA NOCHE-BUENA.

LEYENDA PARA LOS NIÑOS.

I.

Envuelve lóbrega noche
La populosa ciudad:
En las calles solitarias
Hosca niebla, aire glacial.
De algún farol que agoniza
Á la incierta claridad,
En aleros y balcones
Se ve la nieve brillar,
Ó como roto sudario
Extenderse aquí y allá,
Á remolinos lanzada
Por el agrio temporal.
Con la aspereza del frío
Y la triste obscuridad
Contrasta el gozoso estruendo

Que sale de cada hogar.
Y de más de una ventana
El descubierto cristal
Con luz insólita anuncia
Que hay dentro fiesta y solaz.
Es el helado diciembre;
Ya las doce van á dar;
Pero en los ojos no hay sueño
La noche de Navidad.

¿Quién por la calle desierta
Como leve sombra va?
¿Qué flébil labio suspira
Cuando Cristo va á llegar?
De un mortecino farol
Bajo la luz sepulcral
Se para el triste: es un niño;
De harapos cubierto está.
Sobre su frente desnuda
Se ve el cabello ondear,
Y aunque trémulo y lloroso
Tiene de un ángel la faz.
¿Qué busca el pobre muchacho
En aquella soledad?
¡Infeliz! que alguno pase,
Por si limosna le da.

Mientras que tiembla de frío
Y lo azota el temporal,
Y de su madre se acuerda
En su desnuda orfandad,
De los albergues vecinos
Oye el eco sin cesar,
De músicas que celebran
La santa festividad.
—«Señor—rompiendo en sollozos,
Dice con amargo afan,—
Hoy que te dignas del cielo
Hasta la tierra bajar,
Contempla mi desventura,
Concédeme tu piedad.
¡Ay de mí! no tengo madre,
Perdí familia y hogar,
É infortunado mendigo
Ni aun en la noche hallo paz.
Todos los niños festejan
Hoy tu glorioso natal,
Y ante el establo divino
Regocijándose están.
Excepto yo, todos pueden
Ver tu imagen celestial,
Y entre fúlgidas candelas
Tu humilde cuna adorar...
También, un tiempo, las luces
Del venturoso Portal
Por mí ardieron, y ahora gimo

En infausta soledad.
Mi madre, mi dulce madre
Ya no las encenderá,
Ni puede ya entre sus brazos
Mi débil cuerpo abrigar.
Me aquejan el hambre, el frío,
Me espanta la obscuridad.
Si en una de estas viviendas
Me quisiesen albergar...
Yo no pidiera regalo;
Sólo un pedazo de pan,
Y que un momento á la lumbre
Me dejasen acercar.
De panderos y rabeles
Al estruendoso compás,
Á otros muchachos vería
Regocijados bailar;
Oyera sus villancicos
Al Redentor celestial,
Y con ellos celebrara
La gloriosa Navidad.»
Así el cuitado sus quejas
Á los sordos aires da,
Cuando en la casa contigua
Siente vihuelas vibrar,
Y por melódicas voces,
Como en coro angelical,
Con infantil embeleso
Oye estas coplas cantar:

«Desde que el sol nos alumbra,
¿Quién vió prodigio mayor?
Porque Dios ama á los niños,
¡Dulce niño se hace Dios!»

«Todos los míseros caben
Bajo el Portal de Belén:
Los que padecen y lloran,
Los que tienen hambre y sed.»

«Tortas al Niño le traen
Los pastorcillos gozosos,
Incienso y oro los reyes;
Y el Niño la dicha á todos.»

El huérfano, esos cantares
Oyendo de amor y paz,
Piensa que voces del cielo
Lo llaman á aquel hogar.
¿Qué vacila? Su quebranto
Allí consuelo hallará:
¡Todos los míseros caben
En el divino Portal!
Ya busca la férrea aldaba
Su mano en la obscuridad;
La alcanza al fin, y con ella
En la puerta un golpe da.
Nadie responde: repite
La llamada, ¡vano afán!

Nadie llega, nadie acude
El triste niño á amparar.
Con lágrimas que se hielan
Sobre su lívida faz,
De aquellos quicios se aparta
Lleno de amarga ansiedad.
En tanto llega á su oído,
En alas del temporal,
«Esta noche es Noche-Buena,
El niño Dios va á bajar.»
El huérfano ya no sabe
Qué le pasa ó dónde está:
La fiebre su pecho abrasa,
El frío le hace temblar;
Y por la alfombra de nieve,
En su congoja letal,
Calle arriba, calle abajo,
Se pone incierto á vagar...
Mas alguien viene: es un hombre
Que con paso desigual
Avanza en la acera; el niño
Á la triste realidad
Vuelve entonces; al viandante
Casi arrastrándose va,
Y—Una limosna, le dice:
Hágame la caridad.—
El hombre, que ebrio sin duda,
Juzgando por su ademán,
Estaba, párase un punto,

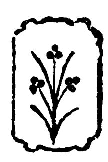
Mira al niño faz á faz,
Y una imbécil carcajada
Por toda respuesta da.
Y siguiendo su camino
Sin cuidarse del rapaz,
Dando traspiés desparece
Á poco en la obscuridad.

II.

De súbito resuena
La vibrante campana en el espacio:
Dan las doce, y el ámbito se llena
De vagarosas tintas de topacio.
Tórnanse gasas de color las nubes
En la vecina sierra,
Y por las auras puras
Alígeros querubes
Vuelan cantando: «Hosanna en las alturas
Y al mísero mortal paz en la tierra.»
La vista deslúmbrada
Alza el niño pensando que delira;
Y al contemplar la bóveda estrellada,
Que se abre el cielo con asombro mira.
Y de Belén el pórtico divino
En ambiente de luz se le aparece,
Y á sus ojos el cuadro peregrino

Del santo natalicio resplandece.
Lucen allí los ángeles sus galas,
Regio dosel formando con las alas
Á la gloriosa cuna,
Arca de salvación y de fortuna.
La Virgen sin mancilla
Besa á Jesús con celestial encanto,
Y le adora doblando la rodilla,
Las manos juntas, el Patriarca santo.
Los reyes del Oriente
De blanco armiño y púrpura vestidos,
Humillando la frente,
Oro le ofrecen, bálsamos y gomas;
Y rústicos pastores
Acuden al Portal enternecidos,
Trayendo al Niño tórtolas y flores.
Llena de luz y aromas,
El huérfano inocente
Un aura deliciosa en torno siente;
Y al percibir de lejos la harmonía
De los sublimes coros
Elevando al Señor himnos sonoros,
En amor abrasado, se extasía.
Del cielo entonces misteriosa escala,
Que á la del sueño de Jacob iguala,
En medio del espacio se despliega
Y hasta la tierra fulgurando llega.
Por ella con pie leve
Desciende un ángel de semblante hermoso,

La túnica más blanca que la nieve;
Al huérfano se llega, y amoroso
Dándole tierno beso en la mejilla,
Le dice: «Hermano mío,
Deja este valle tenebroso y frío
Donde impera el dolor; en tu faz brilla
La aurora del consuelo:
El divino Pastor te llama al cielo.»
  Y con dulce sonrisa de cariño
Á la escala de luz llevando al niño,
De la mano lo sube,
Perdiéndose los dos en áurea nube.





GLORIA MILITAR.

I.

¿Por qué el atambor redobla
Y resuenan los clarines,
Y van pendones al viento
Sobre bosques de fusiles?
—Es que la patria en peligro
Nos impele á nuevas lides,
Y sus ajados laureles
Riego de sangre nos piden.
La ley nos llama á las armas;
¡Ay de aquél que la resiste!
Deja, pobre labrador,
Deja, pues, la esteva humilde,
Y en vez de dar á la tierra
Tus alientos juveniles,
Ese tu robusto brazo
La aguda lanza fulmine

Trazando surcos de gloria
En las falanjes hostiles.
¿Dudas? ¿Te llama la patria,
Y tu suerte no bendices?
¡Qué, la lumbre de tus ojos
Vela una lágrima triste!
—Es que mis pobres hijuelos
De mi labor sólo viven...
—De ellos cuidará la patria
En tanto que tú la sirves.
—Es que el amor de mi esposa...
—Será más hondo y sublime
Cuando tus hechos la ufanen,
Cuando por tuya la envidien...
Basta, basta, el enemigo
Ya invade nuestros confines:
Corre, acude á tu bandera,
Y ella en el campo te guíe.
Cuando después del combate
Vuelvas ansioso á estas lindes,
El laurel que orne tus sienes
Será blasón de tu estirpe.

II.

Truena el cañón; la metralla
Recias falanjes divide;
Arrancan los escuadrones;
Vomitan fuego los rifles.

Ambas enemigas haces
En bélico ardor compiten.
¡Hombres que nunca se vieron
Con ciego furor se embisten!
La sangre corre á torrentes,
Caen las víctimas á miles:
Hinchados van los arroyos
Que viva púrpura tiñe.
Entre humo denso la aldea
Siniestras chispas despide,
Y el exterminio devora
Olivos, mieses y vides.
Indecisa está la suerte;
Nadie triunfa ni se rinde;
Crece el rumor; negro polvo
Envuelve la lucha horrible...
—¡Victoria! Ya los contrarios
Vacilan; ya no resisten;
Ya corren despavoridos,
Sables sembrando y fusiles.
¡Viva nuestro general!
¡Viva su espada invencible!
¡Lŏada la Providencia
Por victoria tan insigne!

III.

De enseñas y de trofeos
La ciudad toda se viste,

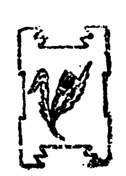
Y de mástiles dorados
Cuelgan guirnaldas gentiles.
En balcones y ventanas
Que ornan sedas y tapices,
Entre oficiosos galanes
Apuestas damas compiten.
En los altos campanarios
No hay esquilón que no vibre,
Y férvida muchedumbre
Calles y plazas oprime...
¡Vedle! el famoso caudillo,
El vencedor en cien lides
Ya por las puertas asoma;
Su brava hueste le sigue.
Monta un fogoso castaño
De rizas y luengas crines,
Y el lauro de la victoria
Su fulgente yelmo ciñe.
Desde el corcel arrogante,
Que con mano diestra rige,
Los vivas y los aplausos
Gallardo y cortés recibe.
Las damas con sus pañuelos
Por saludar se desviven,
Y arrojan lluvia de flores
Sobre la hueste invencible.
Otros agitan banderas
Jaldes, rojas ó turquíes,
Y vítores de entusiasmo

Doquier los ecos repiten...
  Mas entre tanto alborozo,
¡Cuán pocos hay que no olviden
Que exterminó la metralla
La flor de los adalides!
¿Qué importa? Paz á los muertos;
Prez á los que sobreviven.
Sin hecatombes humanas
Marciales palmas no existen.
Ya el nombre del vencedor
La historia en mármol escribe,
Y va gritando la fama
De polo á polo sus timbres.

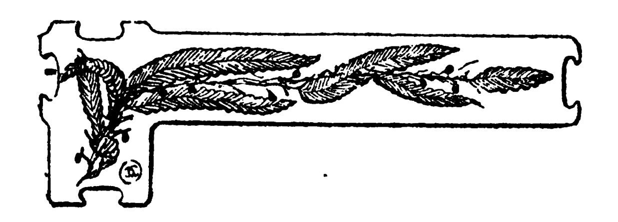
IV.

  La llama del entusiasmo,
Como fuego, al fin se extingue,
Y el patriótico alborozo
Al cabo tuvo su límite.
No pudieron agostarse
Los lauros inmarcesibles;
Pero á poco, ¿quién hablaba
Ya de victorias ni lides?
  La populosa ciudad
Su aspecto normal reviste;
En fábricas y talleres
El movimiento revive,
Y en calles, plazas, mercados,

La muchedumbre movible
Compra, vende, se pasea,
Según sus medios ó fines.
  Mas cuando el sol en ocaso
Su cetro y corona rinde,
Y de luceros la noche
Orna su frente apacible,
Una mísera mujer
Que negros paños reviste,
Con un ángel en los brazos
Y otro mayor que la sigue,
En voz que embarga el dolor,
Á los que pasan les dice:
«La guerra dejó sin padre
Á estos niños infelices:
Pan una madre angustiada
Para sus hijos os pide.»



LA HIJA DE ALIMENÓN



LA HIJA DE ALIMENÓN.

LEYENDA TOLEDANA DEL SIGLO XI.

I.

LA PRINCESA.

Su edad, diez y nueve abriles,
Poco más ó poco menos;
Su tez, de nieve; de rosa
Los labios; negro el cabello;
Brillaban sus claros ojos
Como apacibles luceros,
Y vástago de azucenas
Era su talle en lo esbelto.
Pero con ser de hermosura

Un ejemplar tan excelso,
Era el alma todavía
Mucho más bella que el cuerpo.
Y muy discreta en razones,
Muy piadosa en sentimientos,
Y de acendrada pureza
Un altar su casto pecho,
Nadie que no la admirara
Cual peregrino portento,
Como luz de aquella corte,
Como esplendor de Toledo.
Ufano el Rey, cifra en ella
Su mayor gloria y contento,
Y dice que su Casilda
Aún vale más que su cetro.
En sus empresas la invocan
Los más altos caballeros;
La ensalzan los trovadores
En arrebatados versos,
Y aun los alimes que saben
De sus virtudes el vuelo,
Bendiciéndola la llaman
«Vaso de mirra y de incienso.»
Bien asegurar se puede,
Sin que haya hipérbole en ello,
Que otra Casilda no había
Bajo el azul de los cielos.
Pronto su fama extendióse
Por los confines iberos,

Y aun más allá de los mares
Su nombre repitió el eco.
Y de las cortes moriscas
Que baña el Betis ó el Ebro,
De las de Algarbe y Granada,
De las de Fez y Marruecos,
Y aun de Bagdad, en Oriente,
Silla del árabe imperio,
De príncipes poderosos
Los emisarios vinieron,
Á los pies de la doncella,
Á rendir tronos y cetros.
Mas de tan altos señores
Inútil era el empeño:
La Infanta sorda parece
Á las instancias y ruegos.
No la deslumbran coronas,
No la cautivan obsequios,
Y con asombro de todos
Á ninguno abre su pecho.
Su amante padre, aunque evite
Contrariarle los deseos,
Y de separarse de ella
Le horrorice el pensamiento,
Ve tan injustos desdenes
Con ansiedad y recelo,
Y que ninguno le cuadre
De príncipes tan excelsos.

Del viejo emir de Azahila
Es el hermano uno de ellos,
Y de su taifa y estado
El presuntivo heredero.
Sagaz, rumboso, valiente
Y, además, amigo y deudo
De Alimenón, en su corte
Goza de gran valimiento:
Verdad que en lances de guerra,
Ó en políticos consejos,
En académicas lides,
En toros, zambras y juegos,
El bravo Acmed raya siempre
Donde rayan los primeros,
Y el mismo Rey le proclama
De príncipes luz y espejo.
Mas como no hay horizonte
Tan puro, limpio y sereno,
Que nubecilla no empañe
Ó turbe vapor ligero,
No existe mortal alguno
Tan impecable y perfecto,
Que no tenga sus lunares
En el alma y en el cuerpo;
Y el buen Acmed era al cabo
Un hombre de carne y hueso,
Á pasiones y flaquezas,
Como los demás, sujeto.
Así, que prendas tan altas

Desluce su orgullo ciego,
Como las más bellas flores
La baba de vil insecto.
É interpretando á su modo,
Y conforme á sus deseos,
Sencillas demostraciones
De pura amistad y aprecio;
Pensó que, si la Princesa
Era con otros de hielo,
En lazo de amor tendría
El corazón antes preso,
Aunque el pudor la obligase
Á velar sus sentimientos.
—No, no es posible, decía,
Que con esa faz de cielo
Y la pasión que destella
De sus vívidos luceros,
Con la sangre del Yemén
Y tan juvenil aliento,
Su corazón no palpite
Por algún noble mancebo.—
Y los jeques más bizarros,
Los walíes más egregios
De la toledana corte,
En su mente recorriendo,
Al no hallar quien le aventaje
En valor y nacimiento,
En lo galán y rendido,
En lo brioso y discreto,

Acabó por figurarse,
En su jactancioso vuelo,
Que él era sol que abrasaba
Á la Princesa en su fuego,
Y causa de sus desdenes
Y de sus ansias objeto.
De natural impaciente,
Y ya creyéndose dueño
De aquel celestial tesoro,
Á Alimenón se fué luego,
Y le dijo:—Oh gran monarca,
Bien sabéis la fe que os tengo,
Y que mi claro linaje
Se encumbra á la par del vuestro.
Soy señor de Albarracín;
Del de Azahila heredero,
Y á vuestro lado en la guerra
Probé mi lealtad y esfuerzo.
Si el galardón á que aspiro
Supera al merecimiento,
Me dicen que he de alcanzarlo
Los favores que ya os debo.
Entre temor y esperanza
Á vuestros pies me prosterno...
La mano de la Princesa
Es, señor, mi único anhelo.
—Ven, caro Acmed, á mis brazos,
Responde el Rey; de mi afecto
Pruebas te dí señaladas,

Y á fe que no me arrepiento.
Aunque es mi dulce Casilda
De mi vejez embeleso,
El claro sol que me alumbra,
El aura que me da aliento,
Holgárame de que fueras
De tan gran tesoro dueño.
Mas... ¿la Princesa consiente?
—No lo sé, pero lo creo;
Pues, si bien en su presencia
Ató mi lengua el respeto,
Harto dijeron mis ojos
Lo que pasaba en mi pecho;
Y sus bondades conmigo
Y su semblante risueño,
Sol fueron de mi esperanza
Y de mi pasión aliento.
—Hoy mismo sabrá Casilda
La demanda que me has hecho;
Y si benigna te acoge,
Tenla por esposa luego.

De la entrevista, el Rey moro
Quedó ufano y satisfecho.
—Sin duda ya se entendían,
—Dijo para sí rïendo.—

La causa de los desdenes
De mi Casilda ahora veo,
Que no admite extraño yugo
Alma que ya tiene dueño...
Aunque menos poderoso,
Á otros muchos lo prefiero.
Sé donde raya su brío,
Es mi vecino y mi deudo,
Y, á más, si con él se enlaza,
Á mi hija amada no pierdo;
Pues aunque viva en su Estado,
Casi á mis puertas la tengo.—
  Así gozoso y movido
De su paternal desvelo,
Sin demora se dirige
De la Infanta al aposento.
Mas al contarle amoroso
De su visita el objeto,
Palideció la doncella
Guardando triste silencio.
De sus palabras el Rey
Al ver el extraño efecto,
—¡Cómo! exclamó, ¿no le amabas?
—Fina amistad le profeso;
Mas nunca fué mi albedrío
Á yugo de amor sujeto.
¡Ah! dejadme, padre amado,
La dulce vida que llevo.
Llamándome vuestra hija,

¿Qué más ambicionar puedo?
—Jamás quise, bien lo sabes,
Contrariar tus sentimientos,
Y á mi ternura pospuse
Corona, riqueza, imperio;
Mas, aunque fuerte, los años
Me abruman ya con su peso,
Y al azar de la fortuna
Dejarte expuesta no debo.
¡Que Alá conceda, hija mía,
Á mi vejez el consuelo
De verte feliz esposa,
Orgullo de un trono excelso!
Hoy á tus plantas se humillan
Los más insignes guerreros.
¿Por qué no eliges? ¿Qué aguardas?
La juventud es un sueño.
Acmed por sus altas prendas
Pudo halagar mis deseos,
Mas no que yo te lo imponga,
Ni á los demás tenga en menos.
Al que concedas la palma,
Esposo tuyo lo acepto;
Mas fuerza es ya que decidas,
Pues va tu ventura en ello.
—Señor, repuso la Infanta
Mostrando rubor ligero,
Á lo que os plazca ordenarme,
Con humildad me someto;

Mas si arrancarme el destino
Debe al fin del lado vuestro,
Y es fuerza deje este alcázar
Y diga adiós á Toledo,
Un año dadme, siquiera,
De libertad; yo os prometo,
En él, elegir esposo
De lo más alto y egregio;
Y os juro que si me hallara
Libre, al cabo de ese tiempo,
Á Acmed, al que más os cuadre,
Bajaré sumisa el cuello.

II.

ORGULLO HERIDO.

Cubierto de ricas galas,
Ufano, alegre, felice,
Como aquél á quien fortuna
Con sus halagos sonríe,
Acmed al brillante alcázar
De Alimenón se dirige,
Sin que su vana esperanza
Ni leve sombra amortigüe.

La regia escala de mármol
Ya huella con paso firme;
Ya el Rey, como siempre, afable,
Á su presencia lo admite;
Mas ¡ay! en vez de la palma
Que el necio orgullo le finge,
Toca el desengaño, en humo
Su dicha ve convertirse.
Y aunque en lo breve del plazo
De un año el monarca insiste,
Y con sentidas razones
Á la confianza lo anime,
Acmed del orgullo ajado
Siente los dardos sutiles,
Y se obscurece su frente,
Chispas sus ojos despiden;
Mas se contiene, el enojo
Cauto y prudente reprime,
Y afectando grave calma
Con dejo amargo le dice:
—Lo vano de mis deseos,
Señor, reconozco humilde:
Las dichas y los pesares
Sólo Dios reparte y mide;
La ventura que me niega,
Á ella otorgarle se digne.

De la cámara del Rey
Sale despechado y triste,
Devorándole los celos
Cual venenosos reptiles.
Un rival afortunado
Su loca pasión le finge,
Y cual fantasma lo acosa
En pesadilla terrible.
—Ese apartamiento esquivo,
Esos desdenes—se dice,—
Esconden algún misterio
Y tengo de descubrirle...
Yo le pondré centinelas
Á sus ojos invisibles,
Que todos sus pasos cuenten,
Que sepan cuando respire.—
Así cavilando, llega
Al noble hogar en que vive;
Y en el umbral de alabastro
Apenas la planta imprime,
Al negro Giafar requiere,
Esclavo fiel que le sirve,
Y, á solas, estas palabras
Con vivo afán le dirige:
—Bien sé, Giafar, cuánto vales,
Y que por mí te desvives:
Astuto como la zorra,
Cual sierpe cauto y flexible,
Ágil como la pantera

Y mudo como una esfinge,
Hoy es fuerza que despliegues
Tus calidades y ardides;
Algo que pasa en Toledo,
Impórtame que averigües.
Los paseos solitarios
Que por los sotos confines
Da la Princesa á las horas
En que el sol nace ó se extingue,
Y el desprecio con que trata
Los más altos paladines,
Y el que las justas y fiestas
Á cada momento esquive,
Todo á sospecha me induce
De que en ello arcano existe;
Y si hay arcano, Giafar,
Menester es descubrirle.
En torno del regio alcázar
Vela con ojos de lince,
Observa los ajimeces
De la torre en que reside
Y dan al Tajo, las lanchas
Que por allí se deslicen;
Ten cuenta con los portillos;
Si sale, sus pasos sigue,
Y dónde va, con quién habla,
En fin, cuanto sepas dime.

Pasan tres días, tres siglos
Más bien, en que Acmed no vive,
Del negro fiel esperando
Noticias que lo iluminen.
Al cuarto, por fin, el siervo
Ufano llega, aunque humilde;
Y Acmed, demudado al verle,
Las nuevas que trae le pide.
—Señor—responde el esclavo,—
Si lo que saber quisiste
He descubierto, lo ignoro;
Mas lo que voy á decirte,
Y he visto yo mismo, acaso
Pueda servir á tus fines.
Era verdad: la Princesa,
Cuando la luna preside
Las sombras, ó el sol naciente
Apenas las cumbres tiñe,
En negro, confuso manto,
Vela sus formas gentiles,
Y de una antigua nodriza,
Merién, de cristiano origen,
Acompañada, desciende
De los regios camarines,
Y por secreto portillo
Sin centinela que espíe,
Cual ave, rota la jaula,
Se escapan á campo libre.
—¿Y hacia amoroso reclamo,

Sin duda, el vuelo dirigen?
—Lo mismo pensé, al mirarlas
Penetrar en los jardines,
Que no lejos del alcázar
La margen del Tajo ciñen;
Pero viéndolas, de pronto,
Cambiar de rumbo, y seguirle
Por enmarañada senda
Entre sinuosos declives,
Empiezo á dudar: entonces
Por temor de que me atisben
Yéndoles en pos, me abrigo
Con los tarayes flexibles,
Y dando un corto rodeo,
Voy al encuentro á salirles.
La dueña, medio escondido,
Llevaba un cesto de mimbres,
Y algo también la Princesa
So el manto que la reviste.
No bien me vieron, lleguéme
Con lamentos indecibles,
Y á la donosa doncella
Una limosna pedíle.
Ella se para, me mira,
Y con aire dulce y triste
Me alarga un pan, y su marcha
Con leves pasos prosigue.
En gran confusión sumido,
Y tratando de cubrirme,

Cual cazador en acecho
De recelosas perdices,
Las sigo; mas en un punto
Que el camino en dos divide,
Se paran, en torno miran
Por temer que las espíen,
Y creyéndose seguras,
¡Oh asombro! la senda eligen
Que conduce á las mazmorras
Donde los cristianos gimen.
—¿Á las mazmorras?—Yo mismo
Allá las ví dirigirse.
El que guarda aquellos antros
El paso les deja libre,
Y allí los perros infieles
Cual á diosas las reciben.
¿Y cómo no, si ambas llevan
Socorros que repartirles,
Y dan pan á los hambrientos
Y á los desnudos los visten?...
He aquí el misterio: si hay otro,
Aún no logré descubrirle.
—Tal vez hay otro: no dejes
Tus pesquisas, pues si existe,
Por descubrirlo, Giafar,
Hemos de hacer lo imposible.

III.

LA DELACIÓN.

Del vano Acmed las sospechas
Humo son que lleva el aire;
Mas no por ser infundadas
Su pecho se satisface;
Pues si la esquiva Princesa
(Bien que parezca improbable)
Por desprecio lo rechaza,
Aun sin rendirse á otro amante,
¿Será menos duro el golpe,
Menos amargo el ultraje?...
Así delirando, presa
De espíritus infernales,
El vértigo del orgullo
Lo precipita á vengarse.
No encuentra, por más que busca,
Ni una sombra que la empañe;
Mas para herir á la Infanta,
Harto de su vida sabe.

No ufano como solía,
De galas haciendo alarde,
Sino adusto, negligente
En su aliño, con pie grave,
Sube del alcázar regio
La escalinata de jaspe.
En la meseta se forma
La guardia para que pase,
Y en la cámara del Rey
Pronto lo introduce un paje.
Está Alimenón sentado
En rico almohadón granate,
Mirando un mapa extendido
Sobre un velador delante.
Á las pisadas de Acmed,
Alzó la faz venerable,
Y—En tí—le dice—pensaba.
¡Cuán oportuno llegaste!
Contando con paladines
De tu prez y alto linaje,
No hay hazaña, no hay empeño
Que no pueda realizarse.
Del cetro de los Omeyas
Me tocó la mejor parte,
Y respetado ó temido
Soy del Pirene hasta Gades.
Mas de Córdoba y Sevilla
Los reyezuelos rivales
Con sus eternas discordias

Del islam la causa abaten.
En nuestras hondas querellas
El cristiano se complace,
Y en ellas tal vez confía
Más que en sus bélicas haces;
Y pues el mal acrecienta
Y es justo que alguien lo ataje,
Y ya el emir de Sevilla
Me inquieta con sus alardes,
Yo arrojaré en un platillo
De la balanza mi alfanje,
Y del muslímico imperio
Empuñaré el gobernalle.
¿Cuál es tu sentir?—¿El mío?
Señor, al vuestro inclinarme,
Y seguir vuestras banderas
Y ser rayo en el combate.
Pero ya que confiado
Me habéis designios tan grandes,
El deber, y hasta el cariño,
Me mandan que franco os hable.
Señor, para dar un golpe
Sin que los pies se resbalen,
No en arena, en suelo firme
Debe la planta asentarse.
¿Sin antes cubrir el fuego
De nuestros propios hogares,
En un incendio lejano
Fuera prudente arriesgarse?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué anuncian
Esas fatídicas frases?
¿Acaso cristiana hueste
Mis pingües tierras invade?...
¿Ó alguna trama en Toledo?...
No, no es posible...—¡Quién sabe!
—Habla, acaba, si no quieres
El sufrimiento apurarme;
Por grande que el golpe sea,
Hiéreme, pero no amagues.
—Señor, por más que me cueste,
Lo sabréis todo; escuchadme:
Hoy llenan vuestras prisiones
Cautivos á centenares,
Y odio respiran sus pechos,
Siendo un peligro constante.
Para tenerlos á raya
Severos bandos dictásteis,
Prohibiendo que á sus cavernas
Gente ó socorro llegase;
Pero tan sabios decretos
Como letra muerta yacen.
Una mano poderosa
Auxilios mil les reparte,
Y alienta á los enemigos
De su Dios y de su sangre.
Muchos de ellos, ricos bienes
Guardan en tierras distantes,
Y colmar vuestro tesoro

Pudieran con su rescate.
Mas ¿para qué redimirse,
Si por ellos vela un ángel,
Que ya alivia sus cadenas
Y tal vez se las arranque?
¡Ojalá no se procuren
Con sus amaños falaces,
No ya vestido y vituallas,
Sino picas y puñales!
—Y ¿quién en mi propia corte
Se atreve así á contrastarme?
Al punto dilo.—Quien lleva,
Señor, nuestra propia sangre.
—¿Quién? acaba...—Vuestra hija.
—Ó loco estás, ó no sabes
Lo que dices. ¿De Casilda
Tamaña afrenta pensaste?
¡Ella, un ángel de ternura,
Conspirar contra su padre!
¡Ay de tí! si vil calumnia
Por clara verdad tomaste,
Y de lo mismo que afirmas
No me das pruebas palpables.
—¿Pruebas queréis? pues mañana,
Cuando el primer albor raye,
Conmigo salid al campo,
Y allí donde yo os señale,
De verdes ramas oculto
Tras el espeso follaje,

Pronto veréis dos tapadas
Por el camino acercarse;
Esperad, y de improviso,
Cuando estén á vuestro alcance,
Salid, y qué es lo que llevan
De repente preguntadles.

IV.

DIOS ES GRANDE.

Apenas naciente aurora
Sus vagas tintas esparce,
Y la nueva luz saludan
Desde su nido las aves,
Por ignorado portillo
Que Alimenón sólo sabe,
Del noble, fastuoso alcázar,
El Rey con su deudo sale;
Ambos en hondo silencio,
El paso tranquilo y grave,
Y hasta la ceja embozados
En los blancos capellares.
Por breves minutos siguen
Del Tajo undoso la margen;

Y luego, de un bosquecillo
Por entre el verde ramaje,
Cabe apartado sendero
Fueron los dos á emboscarse.
Oculto ya el buen anciano,
Siente que el pecho le late;
Y se arrepiente, y desea
Que la Princesa no pase.
Estar en aleve acecho
Le parece acción cobarde,
Y no ya cual juez adusto,
Sino cual triste culpable,
Con ansia indecible espera
En frente de su hija hallarse...
Aparece al fin; caído
Á la espalda el manto, al aire
La noble y gentil cabeza,
Dulce y modesto el semblante.
Y en la falda que recoge
Con sencillez y donaire,
Bien se nota que algo guarda,
Algo en que Acmed se complace,
Algo que puede sumirla
En piélago de pesares,
Y es de su culpa inocente
Testimonio irrefragable.
La sigue su fiel nodriza,
Más bien cariñosa madre,
Con una cesta de mimbre

Que el manto le cubre en parte.
No sin quebranto y esfuerzo
El Rey al encuentro sale
De su hija; detrás oculto
Acmed observa anhelante.
Alimenón el embozo
Aparta del rostro grave,
Y ella, de mármol, helada,
Se queda al verlo delante.
—¿Así, hija ingrata—le dice,—
Ofendes á un Rey y á un padre?
¿Es digno de una Princesa
Que lleva tu noble sangre,
Andar por estos contornos
Á tal hora y en tal traje?
En cuanto á tí, sierpe astuta
—Mirando á Merién, añade,—
Pues que yo mismo te aliento,
¿Qué extraño el mal que me haces?
—Señor—Merién le responde,—
Nuestra culpa no es tan grande:
No es vedado á una Princesa
Con el alba levantarse,
Ni respirar la fragancia
De las auras matinales;
No hay pecado en ver la aurora
Ni en escuchar á las aves,
Ni en tejer frescas guirnaldas
De flores primaverales;

Y la más alta doncella
Sin mancillar su linaje,
En torno de su castillo
Puede muy bien pasearse,
Sobre todo si con ella
Va su sierva vigilante,
La que la tuvo á sus pechos
Y la adoró como madre.
—Ya caigo—irónicamente
Repuso el Rey;—campo, y aire,
Y matutino paseo
Son incentivo del hambre;
Y por si acaso, tal copia
De provisiones cargásteis,
Que, á lo que veo, mi hija
Hasta en la falda las trae.
De súbito la Princesa
De su helado estupor sale;
Se anima su faz; sus ojos
Con dulce resplandor arden,
Y cual si más que ella misma
Sus labios moviese un ángel,
—¿Y si fuesen rosas?—dice
Con expresión inefable.
—¿Rosas?—repite el monarca,
Burla juzgando la frase,
Y va á tocarle la saya
Con irritado semblante.
Ella alza entonces los ojos

Al cielo, las manos abre,
Y una cascada de rosas
De su falda al suelo cae.
Avergonzado, confuso,
Vuelve el monarca á embozarse,
Y luego desaparece
Entre los olmos y sauces;
Mientras Casilda de hinojos
En lágrimas se deshace,
De gratitud al Eterno
Rindiendo puro homenaje.
Luego recoge afanosa
Aquellas rosas fragantes,
Y á las prisiones las lleva,
Y en vez de pan las reparte.
Al tocarlas, los cautivos
Sus penas ven disiparse;
De las bárbaras cadenas
No sienten el peso grave;
No más sus cuerpos torturan
El frío, la sed, el hambre;
En las fétidas mazmorras
Divino aroma se esparce,
Y el negro espacio se llena
De vislumbres celestiales.

V.

RAZÓN DE ESTADO.

Desde la escena sublime
Que de referir acabo,
En la cual hizo el Eterno
Tan portentoso milagro,
En esquivo apartamiento
Acmed vive retirado;
Y ni frecuenta la corte,
Cual antes galán y ufano,
Ni se le ve cual solía
Por las riberas del Tajo,
En su tordillo fogoso
Lucir su porte y su garbo.
Solo vive, mas no encuentra
Paz en su hogar solitario,
Que al fin la vergüenza siente
De su proceder insano.
Y al par que ve de sus celos
Lo fútil y lo insensato,
Y Casilda le aparece
Con más pureza y encanto,

Teme la seña del Rey,
De la Princesa el agravio,
Y el sol de sus esperanzas
Ve para siempre eclipsado.
El sueño huyó de sus ojos,
No halla un momento descanso;
Es un infierno su mente,
Es su corazón un caos.
Dejar al fin á Toledo
Resuelve el infortunado,
Y buscar en otros climas
Existir menos amargo;
Cuando, improviso, á su puerta
Llega un paje de palacio,
Y que allí acuda, le intima
En nombre del soberano.
Vacila un punto, su pecho
Mueven afectos contrarios;
Mas ir decide, que indigno
Fuera mostrar sobresalto.

Al hallarse en la presencia
Del gran Emir toledano,
—Señor—le dijo,—aquí vengo
Y criminal me declaro.
Si con su infierno los celos
El alma me trastornaron,

Y osé culpar la Princesa
Siendo yo solo el culpado,
¿Qué vaciláis? arrancadme
La triste vida que arrastro,
Caiga á sus pies mi cabeza
Cual merecido holocausto.
—No es ésta ocasión de amores
Ni de locos arrebatos.
Casilda tu culpa ignora,
Y yo mismo la he olvidado.
La obcecación de un momento
No puede borrar cien rasgos
De noble lealtad y brío
Que ya tu nombre ilustraron.
Si hay leve mancha en tu escudo,
Cúbrela con nuevos lauros;
La vida de mis wazires
Es para mí don muy alto,
Y para grandes empeños
La tuya preciosa guardo.
Justamente hoy necesito
Tu corazón esforzado,
Tu fidelidad á prueba
Y aun tu ingenio astuto y claro.
—Señor, mi existencia toda
Á vuestros pies avasallo.
—Muy graves, Acmed, muy graves,
Las nuevas que hoy me llegaron:
Para el audaz Mohamed

No hay juramentos ni pactos.
Á costa de los ajenos
Creciendo van sus estados,
Y sus sangrientos pendones
Los tienes hoy dominando
Desde el confín del Algarbe
Á la margen del Guadiaro.
Ayer la insigne Carmona
Cayó en sus ávidas manos,
Y su mísero Sahib
Nos pide auxilio y amparo.
Hoy estrecha al de Almería
Y quema y tala sus campos.
Mas ello es nada; en su mente
Bullen designios más altos:
¡De Córdoba la conquista,
El cetro del califato!
Aún vivo yo, por fortuna,
Y he de saber estorbarlo;
Que pudiendo ser su Rey,
No he de elegir ser su esclavo.
Y he aquí por qué necesito
Quien como tú los arcanos
Sabe de mi pensamiento
Y es entendido y bizarro.
Oye, pues, la ardua misión
Que á tu noble celo encargo:
Ve á Córdoba, y á Gehwar
Ponle sus riesgos en claro;

Dile que en Mohamed no fíe,
Ni se aduerma á sus halagos;
Mi fiel amistad le ofrece,
Y si es menester, mi brazo.
Luego al Este y Mediodía
Recorre los emiratos,
Y que Málaga y Granada
Conmigo estrechen sus lazos.
Y en Badajoz, y en Sevilla
Mismo, con oro y amaños,
Contra el Emir ambicioso
Disturbios promueve y bandos.
De cuanto sepas y observes,
Ó bien consigan tus tratos,
Me darás fieles noticias
Por secretos emisarios.
La misión que te encomiendo
Durará apenas un año.
Y si al pasar doce lunas
Te son propicios los hados,
Alcanzarás, como premio,
De mi Casilda la mano.

———

Cuál fué el júbilo de Acmed,
Inútil es que digamos;
Él, que buscaba la muerte
Como fin á su quebranto,

Ve de nuevo la esperanza
Lucir como ardiente faro.
Y pues Casilda no sabe
Que él fué el autor de su agravio,
Aún puede ganar su pecho
Y suya llamarla ufano.

Dispónese á la partida,
Aunque el motivo celando,
Y al sol siguiente abandona
La noble ciudad del Tajo;
Mas antes, en un papel
Primoroso y perfumado,
Del objeto de sus ansias
Despídese en estos rasgos:

«Celeste hurí de Mahoma,
Gala del suelo español,
Y peregrino conjunto
De ave, de luz, perla y flor:
Las que aquí trazo, suspiros
Más bien que palabras son;
En ellas, dueño adorado,
Recibe mi triste adiós.
Al dejar estas orillas,
De que eres tú claro sol,
En tus hechizos prendido

Se queda mi corazón.
Así merecer el tuyo
Logren constancia y valor
Y una existencia de hazañas
De tu excelso padre en pro.
Si por su trono y su gloria
Á correr peligros voy,
El alto premio á que aspiro
Me dará aliento y vigor;
Y cuando vuelva á tus plantas,
Si ante ellas me vuelve Dios,
—Casilda, diré, pronuncia
Mi muerte ó mi salvación.»

VI.

LA ENFERMEDAD.

Se halla sumido el rey moro
En amargo desconsuelo:
Todo es angustia en su alcázar,
Todo ansiedad en Toledo.
La noble y gentil Princesa
De Alimenón embeleso,
La estrella de su palacio,

El ídolo de su pueblo,
Su hija adorada, en fin, yace
Agonizando en su lecho,
Como volcada azucena,
Cuyo tallo tronchó el cierzo.

De sol á sol ronco grita
Desde el alminar excelso
El almuedén, convocando
Á los muslimes al templo;
Y á la mezquita sagrada
Acude devoto pueblo,
Que en públicas rogativas,
Con lágrimas y lamentos,
La salud de la Princesa
Pide al Rey del universo.
Y al par del moro, lo invocan
El cristiano y el hebreo,
Uno á Jehová, el otro á Cristo,
Alzando ferviente ruego;
Todas las almas unidas
En el mismo sentimiento,
Al mismo Dios implorando
Bajo tres nombres diversos.

Llegan en tanto á la corte,
Quién de cerca, quién de lejos,
Llamados por el monarca
Con gran apresuramiento,
Famosos naturalistas
Y reputados galenos,
Y muy profundos astrólogos
Para quien es libro abierto
Con caracteres divinos
El brillante firmamento.
—¡Ah! Salvadla—el Rey les dice,—
Si no es vuestra ciencia sueño;
Salvadla... Cuanto queráis
Pedidme, en cambio, por premio.—
Mas ¡ay! de aquellas lumbreras
Inútil es el empeño:
El mal ninguno conoce
Ni acierta con el remedio.
No hay eficacia en las plantas,
No hay fuerza en los elementos
Que ya la segur terrible
Pueda apartar de aquel cuello.
Aun de los astros parece
El vario influjo funesto,
Y que la muerte está escrita
En sus fulgores siniestros.
Mas entre aquellos varones,
Todos de ciencia portento,
El que los otros acatan,

Como el más alto y egregio,
Es el famoso Avenzóar,
Gloria del hispano suelo,
Y del insigne Averroes
El precursor y maestro.
Los ojos en la doliente,
Y fijo junto á su lecho,
La mira, la observa, escucha
Sus palabras sin concierto.
Mas luego que apura en vano
Contra el mal saber é ingenio,
Y que pasa largas horas
En afanoso desvelo,
Con profundas inducciones
Buscando causas y efectos,
Apresurado convoca
Á los demás á consejo,
Y grave, con voz segura,
Y en claros, sobrios conceptos,
Ante el monarca infelice
Expone su sentimiento.
Es, á su juicio, del alma
La dolencia, y no del cuerpo,
Aunque el cuerpo se consuma
Sirviéndole de alimento;
Es un ansia indefinible,
Más bien recóndito fuego
Que su propio hogar devora
Anhelando espacio abierto;

Y pues la ciencia no alcanza,
Aunque vislumbre ese incendio,
Ni fuerza para extinguirlo
Ni para atajarlo medio,
Ni puede por otro rumbo
Tampoco torcer su vuelo,
Será montón de ceniza
La humana carne muy luego.
En suma: que la Princesa,
Para la cual no hay remedio,
Es como antorcha volcada
Cuya llama busca el cielo.

Apenas el triste anciano
Oye el presagio funesto,
Á la estancia de su hija
Vuelve con dolor acerbo.
Y al ver su dulce semblante,
Como lirio amarillento,
Y cual de vidrio los ojos,
Y los labios entreabiertos,
Y con desigual latido
Palpitando el puro seno,
Júzgase ya de perderla
En el instante supremo,
Y acongojado y tembloso,

Apoyándose en el lecho,
De su Casilda en la frente
Imprime llorando un beso.

De súbito la Princesa,
Cual de letárgico sueño
Despertando, abre los ojos,
Y con desmayado acento,
Y entre sus manos febriles
Las del anciano cogiendo,
—Cese, dice, padre mío,
Tan amargo desconsuelo.
Si os es tan cara mi vida,
Salvarla está en poder vuestro...
El pobre Rey, un instante
Piensa que sueña despierto,
Y con la vista asombrada
Oye en ansioso silencio.
—Dios es grande—ella prosigue,—
Y acoge al fin vuestros ruegos...
No lo que voy á deciros
Juzguéis delirio de enfermo.
Mis potencias embargaba
Letal desvanecimiento,
Y la muerte me oprimía
Ya entre sus brazos de hielo.
Sola estaba: de repente,

Como balsámico aliento
Me halaga el rostro, se calma
La agitación de mi pecho,
Y de un abismo de sombras
Despierta mi entendimiento.
Abro los ojos, que hieren
De clara luz los destellos,
Y con asombro la aurora
Dentro de mi estancia veo.
Y peregrina doncella
De mirar puro y sereno,
De azul y blanco vestida,
Suelto en ondas el cabello,
Llégase á mí, luz y aroma
Por el ámbito esparciendo;
Y con divina sonrisa,
Y mucho más dulce acento
Que voz de arroyo y de ave
Que mezcló el aura en su vuelo,
—Hija—me dice,—no temas
De la muerte el golpe fiero:
Si grande fué tu quebranto,
Más grande será el consuelo.
Á tu pálido semblante
Volverán las rosas presto.
El Sumo Dios te destina
Á ser de su gloria ejemplo.
Corre á la Bureba; un lago
Hay allí que el nombre excelso

De un santo lleva: en sus aguas,
De las estrellas espejo,
Nuevo esplendor, nueva vida,
Hallarán tu alma y tu cuerpo.—
Así diciendo, arrobada
Me dejó en dulcé embeleso,
Y en luminosos vapores
Despareció como un sueño.—
Mientras Casilda explicaba
Su visión, extraño fuego
Animándola, sentóse
De propio impulso en su lecho;
Su demacrado semblante
Veló carmín pasajero,
Y aquellos lánguidos ojos
Con vago fulgor ardieron.
—Hija—le dice el buen padre,
Tamaña mudanza viendo,—
Vana ilusión de tu mente,
Ó santo aviso del cielo,
Hoy mismo, yo te lo juro,
Han de salir de Toledo
Emisarios que esas aguas
Me busquen con vivo empeño.
Verdad que en tierra enemiga
La Bureba tiene asiento;
Mas no importa: el grave caso
Consultaré á mi consejo.
Pactaré treguas ó paces

Con Don Fernando primero;
Le haré abundosos presentes
Y grandes ofrecimientos;
Auxiliaré sus empresas;
Él colmará mis deseos...
Y si quiere, España toda
Los dos nos repartiremos.
—Mi pobre salud no exige
Sacrificios de tal precio.
Que por vos libres se vean
Los cautivos nazarenos;
Que yo los lleve dejadme
Al cristiano campamento,
Y no temáis por mi suerte
Como yo misma no temo.
Si es Fernán vuestro enemigo,
Como rey es caballero,
Y por dama y por Princesa
Seré inviolable en su reino.
—Tuyos son, pues, mis cautivos;
Hoy mismo caerán sus hierros.
Si logro verte salvada,
¿Qué más recompensa quiero?

VII.

LA PARTIDA.

Ya parte: por verla, al paso,
Se apiña ansiosa la gente,
Y apenas abrirle calle
La guardia morisca puede.
En un palanquín dorado
Que cuatro pajes sostienen,
Va entre purpúreos cojines
Reclinada la doliente.
En dócil yegua tordilla
Cabalga á su diestra un jeque,
Que por honor la acompaña
Con otros nobles jinetes;
Al otro lado, en su mula
Con orientales jaeces,
Va un sabio médico persa
Naturalista eminente.
Cerca de ella, noche y día
Velar solícito debe;
Y á prevención, en la grupa,
Lleva una arquilla de alerce,

Con prodigiosos remedios
Que nadie más que él posee.
Detrás, y en sendas monturas,
La siguen sus siervas fieles,
Y luego, á pie, cien cautivos
Que á su patria libres vuelven.
Al pasar,—¡Bendita seas!
—Le dicen unos.—Conserve
Tu vida preciosa el cielo;
—Otros gritan:—no te alejes;
Como noche sin estrellas
Será Toledo sin verte.—
Y en tanto, flores le arrojan
De terrados y ajimeces,
Y es una alfombra el camino
De rosas y de claveles.
Tan afectuosos extremos
Con el alma ella agradece,
Y prodigando sonrisas
La gentil cabeza mueve.
Ya dejan atrás los muros,
Ya pisan el campo verde,
Los cristianos van cantando
Al Señor himnos y preces.
Desde un balcón del alcázar,
Que vistas al campo tiene,
El Rey el cortejo sigue
Y mortal angustia siente.
¿Quién sabe si la hija amada

En aquel momento pierde,
Si, lejos de su cariño,
La está acechando la muerte?
Mientras funestos presagios
Asombran la augusta frente,
De un montecillo en la cima
La procesión se detiene,
Dejando que la Princesa
Á la vista del Rey quede.
Ella, entonces, se levanta
El velo sobre las sienes,
Y en el dorado portillo
Su bello rostro parece;
Y al descubrir á su padre
En el balcón eminente,
Sobre los pálidos labios
Posa la mano de nieve,
Y un beso santo le envía
Que hace más puro al ambiente;
Luego, en su afán expresivo,
Saca un cendal blanco y tenue,
Y ¡adiós! llorosa le dice,
Agitando el aire leve.
El Rey con un pañizuelo
El saludo volver quiere;
Pero lo lleva á sus ojos:
Fuerza para más no tiene.
La acongojada Princesa
De nuevo la marcha emprende,

Y á cada paso al alcázar
La turbada vista vuelve;
Mas ¡ay! pronto una colina
Se lo esconde para siempre.

VIII.

EL VIAJE.

En los contornos de Burgos
Don Fernando está de caza:
Los más altos caballeros
De su corte lo acompañan.
Con ardorosos lebreles,
Y en brutos de noble raza,
Andan batiendo las selvas
Desde los rayos del alba.
Mas ya el sol en viva lumbre
El alto zénit inflama,
Y los bizarros jinetes
Deponen caballos y armas.
El buen Rey con sus monteros
Sobre una colina yanta;
Es su mesa blando césped,
Y su dosel, verdes hayas.

Salúdanle con sus trinos
Las avecillas que pasan,
Y de campestres aromas
Le dan tributo las auras.
Á sus pies, ve el rico valle
Que el manso Arlanzón encanta,
Y á Burgos en sus orillas
Con sus torres y murallas.
Mas, cuando ufano contempla
Tan pingüe y bella comarca,
Nota como leve nube
Que á lo lejos se levanta;
Y no sin vago recelo,
Al poco tiempo repara
Que entre dos cerros asoma
Una multitud extraña.
Algunos exploradores
Hacia el sitio aquél destaca;
Pero luego que distingue
De aquella tropa la marcha,
Y ve entre blancos jinetes
Una litera dorada,
Todo lo comprende: al llano
Con sus ricos homes baja,
Y á la sombra de unos olmos
Que llegue el cortejo aguarda.
Este se acerca: ya sabe
Que allí se encuentra el monarca,
Y al hallarse en su presencia

Con gran respeto se para.
El capitán y sus moros
Al Rey presentan las armas;
Y de la rica litera,
Por su galeno auxiliada,
Sale la bella doliente;
El leve almaizar separa
Del cándido rostro, y luego
Con modestia se adelanta.
Corre á su encuentro, y absorto
Quédase el Rey al mirarla,
Mientras ella en voz suave
Le dirige estas palabras:
—Salve, monarca glorioso,
La Infanta Casilda soy,
Hija del Rey de Toledo,
El insigne Alimenón.
¿Á qué vengo á vuestra tierra
Ya lo sabéis, gran señor,
Por los fieles mensajeros
Que mi padre os envió.
Busco un lago milagroso,
De un santo mártir blasón;
Busco la salud perdida,
Y el que allí me manda es Dios.
Esos jinetes moriscos
Nobles de mi patria son;
Hasta aquí fueron mi guardia,
Á Toledo vuelven hoy.

Sé cuán alta es la hidalguía
De esta bizarra nación...
¿Qué puedo temer en ella
Si me escuda vuestro honor?
Ese golpe de cristianos
Que me siguieron en pos,
Es el presente que traigo
Á vuestro gran corazón.
De las leyes de la guerra
Sufriendo el duro rigor,
Ayer gemían cautivos
Esperando redención.
En medio de su amargura
Yo mitigué su dolor,
Y las ásperas cadenas
Mi mano les arrancó.
En cambio, excelso monarca,
Tan sólo os pido el favor
De que en las aguas divinas
Que el cielo me reveló,
Concedáis á esta infelice
Alcanzar su salvación.
—Tan bella como discreta,
Insigne Princesa, sois,
Y con el alma bendigo
La estrella que aquí os guió.
No fué, por cierto, engañosa
La fama en esta ocasión,
Al pintaros como un ángel

De caridad y de amor.
En cuanto abarca mi cetro,
Ya en Castilla, ya en León,
Libre será como el aire
La que es pura como el sol.
Vivid, pues, á vuestra guisa,
Como en la propia mansión.
¡Ay de aquél que no respete
Vuestra vida y vuestro honor!
Pero venid á mi alcázar,
Orillas del Arlanzón;
Vengan vuestros caballeros
Á ser mis huéspedes hoy.
Y cuando en dulce reposo
Recobréis fuerza y vigor,
Seguid de vuestro viaje
La divina inspiración.

IX.

LA GRACIA.

En el alcázar de Burgos
Dos soles Casilda pasa:
El Rey, la Reina, la corte,
En obsequiarla se afanan.

Mas cuando alumbra el tercero
Parte de Burgos la Infanta,
Que llegar al santo lago
Anhela sólo su alma.
   Tras de jornada penosa
La verde ribera alcanza,
Y embelesada contempla
Del lago las puras aguas.
Á los nobles castellanos
Despide que la acompañan,
Y á sus jinetes moriscos
Á Toledo volver manda.
Sobre la orilla se eleva,
Entre mimbreras y acacias,
Un pintoresco edificio,
Si no de grandiosa traza,
De peregrinos albergue,
De caminantes posada
(No lejos del sacro templo
Que en los aires se levanta,
Desde la cima de un monte
Dominando la comarca),
Hoy abre á la mora insigne
Las puertas hospitalarias,
Y en él encuentra gozosa
Seguro asilo y morada.

Apenas del nuevo día
Asoma en Oriente el alba,
La bella enferma aparece
En la margen solitaria.
De Merién seguida, cruza
Entre los juncos y cañas
Y al borde mismo del lago
Con pie indeciso se para.
Entonces alza los ojos
Murmurando una plegaria,
Posa la trémula mano
En una extendida rama,
Y en la linfa transparente,
Llena de fe, se adelanta.
¡Oh maravilla! al contacto
De las cristalinas aguas,
Un bienestar indecible
Se difunde en sus entrañas;
Siente en el pecho más vida,
En las venas nueva savia,
Más luz en su entendimiento,
Más alto vuelo en el alma.

Desde aquel momento, sólo
Un pensamiento la embarga,
Sólo la enciende un deseo:
Abrazar la fe cristiana.

Y en los misterios divinos
Ya desde antiguo iniciada,
Del próximo santüario
Al austero preste llama;
Y en expresiones sentidas,
Los ojos llenos de lágrimas,
Su afán secreto le anuncia,
Y le revela sus ansias.
El preste, que en ella, absorto,
Ve un prodigio de la gracia,
Bendice su ardor, alienta
Sus divinas esperanzas;
Y con santos ejercicios
Á recibir la prepara
El sacramento sublime
Que borra la primer mancha.

¡Loado el Señor! Llega el día
Porque tanto suspiraba
La mora, y al templo acude
En fe divina abrasada.
Ya los sagrados umbrales
Con vago temor traspasa:
Solícita y amorosa
Su sierva fiel la acompaña.
Nadie en la nave: tan sólo
El preste que las aguarda,

Y un monacillo á su lado
Con una túnica blanca.
El venerable ministro
Cerrar las puertas le manda,
Que importa quede secreta
La conversión de la Infanta;
Luego á la fuente bendita
Que purifica las almas
Se acercan; y revestido
Con estola, amito y alba,
Da el sacerdote comienzo
Á la ceremonia santa.
Los exorcismos pronuncia,
Con gran fervor las plegarias,
Y á la conversa dirige
Las preguntas consagradas.
Ya le unge la noble frente
Con el crisma de la gracia,
Ya la sal de la sapiencia
En los labios le derrama.
Ella la lluvia divina
Á recibir se prepara,
Y echándose atrás el velo
La hermosa cabeza baja.
El sacerdote la concha,
Ya henchida, al aire levanta;
Y al decir:—Yo te bautizo,—
Vertiendo la linfa sacra,
En tempestad de harmonía,

Por su propio impulso estalla
El órgano, las paredes
De la nave se dilatan,
Los arquitrabes se pierden
En la bóveda estrellada,
Y entre espléndidos vapores
Que parecen oro y nácar,
Asoman ángeles puros
Que bellas flores derraman.
Señor—cayendo de hinojos,
La humilde doncella exclama,—
Fué tu bondad infinita
Con esta mísera esclava.
Yo te adoro, y pues no caben
En un corazón dos llamas,
Hoy te consagro mi vida:
Tú eres el Rey de mi alma.

X.

CUMPLIDO EL AÑO...

Las doce lunas pasaron,
Y, ya su misión cumplida,
Acmed á Toledo vuela
Como al centro de sus dichas.



Há largo tiempo, no sabe
De la Princesa Casilda;
Mas no duda que ella sea
El lauro de sus fatigas.
Llega al fin, corre al alcázar,
Hablar al Rey solicita...
Mas ¡ay! de nuevo en tristeza
Se convierte su alegría,
Cuando le cuenta el monarca
La enfermedad de su hija,
Y tras cura milagrosa
Su permanencia en Castilla.
—Y pues mi anhelo—le añade,—
En verla tuya se cifra,
Y sin la luz de sus ojos
Me consumo noche y día,
De pajes y de escuderos
Con brillante comitiva,
Ve á Burgos, al Rey ofrece
Presentes de gran valía;
Y buscando á la Princesa,
En la región donde habita,
Recuérdale su palabra,
Mis negras ansias le pinta,
Y con los nobles que lleves,
Y por tu honor protegida,
Vuelva á Toledo la Infanta
Á ser tu gloria y la mía.

———

Con afanosa premura,
Que espuela de amor le aguija,
Acmed, con sus caballeros,
El viaje emprende y activa...
Ya en Burgos, ricos presentes
Tributa al Rey de Castilla,
Y por la mora Princesa
Pregunta con ansia viva.
Mas al ver que logra sólo
Vagas é inciertas noticias;
Que unos le dicen—que en balde
Busca la salud perdida;
Otros—que en el santo lago
Alcanzó cura inaudita,
Y algunos—que es un misterio
Incomprensible su vida,
Y que su extraño retiro
Oculta razón implica,—
Acmed, aunque luego note
Que todos hablan de oídas,
Y que poco ó nada saben
De la Princesa morisca,
Con lo que dicen le basta
Para labrar su desdicha,
Y que mil dudas le asalten
Y mil recelos le aflijan.
—Al fin y al cabo—se dice,—
Por algo se oculta esquiva.
¿Cuál será ¡viven los cielos!

La clave de tal enigma?—
Y en un mar de confusiones
Su mente se precipita,
Y en delirantes quimeras
Se pierde su fantasía.
Ya piensa que en red de amores
Está la Infanta prendida,
Y que á un infiel castellano
Patria y honor sacrifica;
Ya que algún hada la tiene
Á sus conjuros sumisa,
Y con hierros invisibles
Á su poder la esclaviza.
Y hasta sospecha del Rey
Y que conviene á sus miras
Dejar que la juzguen libre,
Conservándola cautiva.
Así, cual nave entre escollos,
Su pensamiento vacila;
Pero la voz de su orgullo
Á la esperanza lo anima:
Todo su afán es hallarse
En presencia de Casilda.
Su interrumpido viaje
Ya reanudar determina;
Mas suspicaz, receloso,
De su marcha oculta el día.
Y en Burgos abandonando
La pomposa comitiva,

Con el pretexto de caza
Por las florestas vecinas,
En una alfana peceña
De la costa berberisca,
Deja la villa famosa,
Sin más compaña que un guía.

XI.

TRISTES PRESAGIOS.

Al cabo de dos jornadas,
Y á punto que el sol declina,
Se hallaron los dos jinetes
Del santo lago en la orilla.
Era ya el fin del otoño,
Desapacible la brisa,
Y mustias y secas hojas
De los árboles caían.
Por el campo solitario
Acmed esparce la vista:
Á nadie encuentra; á lo lejos
Descubre una casería,
Y allí con vaga zozobra
La dócil yegua encamina.

Llegando á la puerta, un lego
Sale á tenerle la brida.
—Sin duda á pasar la noche
Vienen á la hospedería,
—Les dice.—Y Acmed:—Acaso...
Pero, hermano, antes me diga,
¿Es ese el lago famoso
Que obra tantas maravillas?
—El mismo, señor, el mismo,
En cuyas aguas divinas
Sanan del cuerpo los males,
Y aun los del alma se alivian.
—Entonces, sabrá el buen lego
—Repuso Acmed, con fingida
Naturalidad,—el caso
De una Princesa morisca
Que aquí llegó moribunda...
—¿Quién, la Princesa Casilda?
¿Cómo ignorar el portento
Que cielo y tierra publican?
Además, ¿no presenciamos
Sus hechos y santa vida?
¿No es ella luz de estos valles
Y gloria de estas colinas?
—¡Cómo! hermano, ¿la Princesa
Reside aquí todavía?
—¿Si aquí reside? ¿No veis
Allá en la vaga neblina,
Detrás de aquel cerro, alzarse

Una blanca torrecilla?
Pues bien, allí esta el retiro
Donde la Princesa habita.
—¿Y sola en esos desiertos?...
—Sola, no: la asiste y cuida
Con gran amor, una dueña
De tan santa dama digna...
Pero bajen sus mercedes
Y entren en la hospedería,
Á menos que ver al santo
Vicario les corra prisa:
En tal caso, no se duerman,
Que la noche se echa encima,
Y aún hay de aquí media hora
Hasta la iglesia bendita.
—Allá vamos—dijo Acmed,—
Y el lego entonces—pues sigan
Este camino;—y dejando
Paso á las caballerías,
Entróse en la casa, y ellos
Continuaron senda arriba.
Pero no bien un repliegue
De la barrancosa vía
Los ocultó al edificio,
Se paran, observan, miran,
Y, de repente, cambiando
De rumbo, las yeguas pican.

Cerraba la noche: el viento
Entre las zarzas gemía;
Acmed de tristes presagios
El alma llevaba henchida.
Y entre medrosos vapores
Al ver la faz amarilla
De la luna alzarse, piensa
Que los ojos en él fija,
Y que siniestra y airada
Le anuncia un mar de desdichas;
Y en las fantásticas nubes
Que en torno de ella se apiñan,
Á los caprichos del viento
Tomando formas distintas,
Ve de monstruos infernales
Como una tropa maldita,
Que á interponerse desciende
Entre su amor y Casilda.
Y le parecen vestiglos
Los álamos que se cimbran,
Y las agitadas ramas
Sierpes furiosas que silban...
Andando, andando, llegaron
Hasta el pie de una colina;
Cerca de ella va un arroyo
Que entre peñascos suspira.
En silencio los jinetes
Toman la fragosa orilla,
Y por las matas y arbustos

Con los caballos se intrincan.
Mas llegando, de improviso,
Á un punto en que se desvían
Cerro y arroyo, dejando
Mayor espacio á la vista,
Acmed la yegua detiene
Con parada repentina,
Al ver entre unos cipreses
Como una casa ó ermita,
Con una ligera torre
Que en un ángulo se empina.
Lleno de afán, palpitante,
El pobre edificio mira;
Mas descabalga resuelto,
Y dando la rienda al guía,
—Aquí—le dice—me espera,—
Y á la casa se encamina.
Á nadie ve; nada escucha;
Todo tristeza respira:
Entre los negros cipreses
Cruza con planta indecisa.
Alrededor de los muros,
Buscando la entrada gira,
Y de un ajimez advierte
Vaga luz en las rendijas.
Da con la puerta: del cinto
Saca una daga morisca,
Y con el pomo ferrado
Dos fuertes golpes le aplica.

Abren á poco en lo alto
Una estrecha ventanilla,
Y asomando la cabeza
Que en negra toca se abriga
Una mujer, así dice
Con voz en que el miedo vibra:
—¿Quién de este santo retiro
Se atreve á turbar la paz?
Tema la iras del cielo,
Y respete este lugar.
—No es malhechor ni villano
El que espera en el umbral:
Abre, y dile á tu señora
Que un deudo suyo aquí está.
—Casilda no espera á nadie.
—Obedezca por Alá.
—Aléjese pronto, hermano.
—Confúndate Satanás.
—La campana de socorro
Voy ahora mismo á tocar.
—Óyeme, aguarda un momento...
Una palabra...
—Acabad.
—Sólo por ver la Princesa
He venido á este lugar,
Y no eres tú, vil esclava,
Quien de aquí me arrojará.
Acmed soy: nuevas le traigo
Que le pueden importar;

Su anciano padre me envía,
Como servidor leal,
Y aunque se oponga el abismo,
La tengo de ver y hablar.—
Escuchando estas palabras,
—¡Virgen de la Soledad!—
Dijo la sierva entre dientes,
Y en voz más alta:—Esperad.

XII.

CONCLUSIÓN.

Se abre la puerta: aparece
Merién de negro vestida,
Trayendo para alumbrarle
Una lámpara de arcilla;
Y grave, los ojos bajos,
Por un corredor lo guía,
Y en silencio lo introduce
En una estancia vecina.

Acmed, con muda sorpresa,
En torno tiende la vista...
Una lámpara de azófar

En el aire suspendida,
Aquel extraño recinto
Con tibia luz ilumina.
Desnudos están los muros;
El techo, de negras vigas;
Á un lado se eleva un ara
Con un crucifijo encima,
Y al pie dél, la dulce imagen
De la Virgen sin mancilla,
Entre dos vasos de loza
Con lirios y siemprevivas.
Cerca del muro, situada
Bajo una pequeña ojiva,
Con traveseras de hierro
Se halla una mesa de encina;
Vese en ella un libro abierto
Con las hojas extendidas,
Y al lado, una calavera
Con vislumbres amarillas.
Acmed, en aquella estancia,
Piensa que sueña ó delira;
Pero mayor es su asombro
Al ver entrar á Casilda.
No adornan su pura frente
Ni gasas, ni pedrería,
Ni en su gallarda persona
El oro y la seda brillan:
Lleva la negra guedeja
Sobre la espalda tendida,

Y un tosco sayal la cubre
Con una cuerda por cinta.
Delante de Acmed paróse
Con expresión noble y digna,
Y esperando sus palabras
Modesta baja la vista.
Y Acmed, llevando á su frente
La mano trémula y fría,
Cual si arrancarse quisiera
Á una horrible pesadilla,
—¿Qué miro!—prorrumpe.—¡Oh cielos!
Sin duda soñando estoy...
¿Es éste el fúlgido alcázar
De una Infanta como vos?
¿Vuestros brillantes arreos
Qué se hicieron? ¡Vive Dios!
¿Quién convirtió tanta gala
En ese humilde sayón?...
Si algún noble castellano,
Si el mismo Rey, del honor
Las leyes hollando, os tiene
Cautiva en esta prisión,
Yo sabré romper los lazos
Que la maldad os tendió:
Para salvaros, señora,
Brazo tengo y corazón.
—Nadie me tiene cautiva,
Como el aire libre soy,
Fernando me dió un alcázar,

Yo preferí esta mansión.
—¡Por Alá! que no os entiendo.
Si ya el perdido vigor
De la salud recobrásteis,
¿Qué esperáis? Alimenón,
Vuestro buen padre, no puede
Vivir más tiempo sin vos.
Desque os fuísteis, á sus ojos
No brilla en Toledo el sol.
Allí os esperan sus brazos;
Y pues el año cumplió
Sin que eligiérais esposo,
Y mi prometida sois,
Allí unirá nuestras almas
Eterno lazo de amor...
No amengüe, no, ese vil sayo
Vuestra excelsa condición;
Más rico engaste merece
Joya de tanto valor.
El sirgo, el oro, las perlas,
Natural adorno son
De la que orgullo es del moro,
Gala del suelo español.
Doce nobles caballeros,
De Toledo prez y flor,
Vuestras órdenes aguardan
Orillas del Arlanzón.
Vuestra escolta formaremos
Hasta el Tajo ellos y yo,

Y allí, en la regia morada,
Vuelta á su antiguo esplendor,
Será vuestro amante esposo
El que humilde esclavo es hoy.
—En este mísero albergue,
Comprendo vuestro estupor:
Una Princesa buscábais,
Y una penitente soy.
Mas si este sayal humilde,
Si este lugar de oración,
Si ese Cristo ensangrentado
No os habla con muda voz,
Él dé virtud á mi lengua
Que alumbre vuestra razón,
Él borre de vuestro pecho
Tan loco y funesto ardor.
De orgullo, pompa y riqueza
No me engaña la ilusión:
¿Quién oye la voz del mundo,
Cuando se digna hablar Dios?
En su bondad infinita
Mis pasos aquí guió,
Porque hallase en estos montes
La luz de la redención.
La hallé; y en este retiro,
Bajo su amparo y favor,
De vivir y morir tengo
La firme resolución.
—¿Y la palabra del Rey

No tiene ningún valor?...
¿Y las solemnes promesas
Que vuestro labio juró?
—¿Mis promesas?...
—Cumplió el año.
—Pero no la condición.
—¿Habéis elegido esposo?
—¿Y quién os dice que no?...
Le tengo, sí: noche y día
Por él me abraso de amor,
Por él vivo y por él muero
En perpetua adoración.
—¿Dónde está? ¿Cómo se nombra
Ese Príncipe y Señor,
Que os da por traje un sayal
Y un desierto por mansión?
—Se nombra Jesús, y Cristo,
Y el divino Redentor.
¿Dónde está? Vedlo en el ara
Oyéndonos á los dos.—
Y así diciendo, la mano
Al crucifijo tendió.

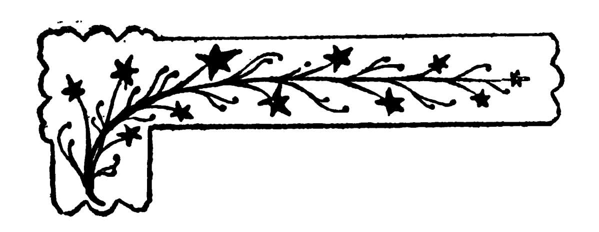
Acmed, ahogando un suspiro
En el angustiado pecho,
De aquel lugar de amargura
Sin más hablar, salió luego.

En la margen del arroyo
Montó la yegua, y siguiendo
El camino antes andado,
Aunque ya en orden inverso,
En Burgos volvió á juntarse
Con sus nobles caballeros,
Y de allí, llevó sus cuitas
Á la ciudad de Toledo.

La Infanta pasó la vida
En aquel apartamiento,
Del esplendor de la gracia
Siendo siempre claro espejo.
Y al terminar su existencia
Y alzar el alma su vuelo
Á la mansión de ventura
Que columbraba en sus sueños,
Los lirios de la pureza
Llevó por ofrenda al cielo,
Y en los coros virginales
Halló corona y asiento.



JURAMENTOS DE AMOR



JURAMENTOS DE AMOR.

FANTASÍA SERRANA.

DEDICADA Á MI QUERIDO CAMPOAMOR

EL MÁS AGUDO DE LOS POETAS Y EL MÁS SIMPÁTICO

DE LOS AMIGOS.

I.

Quererla describir fuera locura:
Helénica figura
De ojos azules y de blondos rizos,
Pálida, esbelta, dulce, soñadora,
Era Inés más que Circe seductora,
Y el alma me robó con sus hechizos.
Aunque era mi pasión ardiente y viva,
Temiendo sus enojos
Todo era en mí vacilación y duda;

Pues á veces afable y expresiva,
Á veces grave y muda,
Ya me alentaba con sus bellos ojos,
Ya me alejaba con la faz esquiva.
  Mas quiso la fortuna
De que tantos maldicen en la tierra,
La mayor parte sin razón alguna,
Que al tiempo que las mansas golondrinas
Cuelgan su nido en la andaluza sierra,
Inés y yo, por los propicios hados,
En dos quintas vecinas
Nos viésemos apenas separados.
  Tan cerca de ella, y sin rival odioso
Que allí su corazón me disputara,
Rendido y obsequioso
Logré al fin que benigna me mirara.
Aún no era amor lo que por mí sentía;
Mas ó de mí burlábase traidora,
Ó su dulce sonrisa halagadora
Algo más que amistad me prometía.
  La bella Inés moraba
Con Doña Paz, su venerable tía,
Ama de aquella hacienda venturosa,
Cuyo edificio, con su torre airosa,
Entre verdes naranjos descollaba.
  Huérfana Inés y Doña Paz sin hijos,
Su sér reconcentraba en la sobrina,
Siempre en su dicha con los ojos fijos.
Y más que su belleza peregrina,

Estimando sus dones
De virtud, de bondad, de noble brío,
Y la cándida luz de sus acciones,
Cual pájaro en el aire,
La dejaba volar á su albedrío.
  Montaba Inés con sin igual donaire,
Y era acaso el mayor de sus placeres,
Cabalgando en su dócil hacanea,
Llevar socorros á infelices seres
De alguna pobre aldea;
Ir de remoto, místico santuario
Á venerar la imagen milagrosa;
Ó cediendo á romántico deseo,
Internarse en el monte solitario,
Y la selva en fantástico paseo
Cruzar como visión esplendorosa.
  Propicias ocasiones
Ví en aquellas campestres excursiones
De acabar de vencer su alma arrogante;
Y la celada preparando artero,
Valido de mi fama de jinete
Le propuse servirla de escudero.
Se quedó pensativa; yo anhelante
Viendo la indecisión en su semblante;
Pero repuesta luego,
Me dijo así con natural sosiego:
—«Mi amigo sois; conozco la hidalguía
Que el alma os acrisola:
¿Cómo esquivar tan grata compañía?

Mas una condición os pongo sola:
Que ni queja de amor ni galanteo
Han de turbar la paz de mi recreo.»
  Perplejo y sorprendido
Quedé á mi vez con la salida extraña;
Mas ya puesto en campaña,
Cerré los ojos y acepté el partido.
  El valle y la montaña
En apacibles tardes recorrimos;
De ásperas peñas por difícil paso
Á las cumbres subimos,
Y en su lecho de fúlgidos vapores
Vimos al sol hundirse en el ocaso.
Ya un arroyo con lánguidos rumores
Á su margen feliz nos atraía;
Ya el canto de los dulces ruiseñores
En medio de un pinar nos suspendía.
  Inés en esas horas encantadas
Mostrábase dichosa,
Y alegre y cariñosa
Pagaba con dulcísimas miradas
Mi humilde sumisión á sus antojos.
Mas era la de Inés pretensión loca:
Si hablarle de mi afán y mis amores
No osaba ya mi balbuciente boca,
De amor le hablaban mi expresión, mis ojos;
De amor le hablaban árboles y flores,
De amor el aura, el murmurante río,
De la tarde los vagos resplandores

Y el silencio y la paz del bosque umbrío.
  Siendo insufrible al hombre enamorado
Hallarse cerca del objeto amado
Y no decirle lo que el alma siente,
Busqué, pensé, y al fin hallé manera
De eludir condición tan dura y fiera.
  Romántica y vehemente,
Era su mayor goce la poesía;
Nada la complacía,
Como escuchar melódicos y tersos
De algún famoso trovador los versos.
Becquer y Campoamor eran su encanto;
Pero ninguno la halagaba tanto
Como el insigne y popular Zorrilla,
Con las leyendas y sabrosos cuentos
En que su ingenio soberano brilla.
  Pronto lo decidí: con los acentos
De aquellos dulces vates peregrinos
Engalané mis propios sentimientos
Y tomó mi pasión ecos divinos.
Los hondos valles y las altas cimas
Del triste y doloroso
Becquer me oyeron suspirar las rimas.
Todo lo más sentido y fervoroso
Con que el estro las almas enajena,
Brotaba de mi labio tembloroso
Para explicarle mi amorosa pena.
Galeoto era aquí la pöesía,
É Inés en verso recibió gozosa

Aquel amor que rechazaba en prosa.
En un mundo ilusorio
Flotaba nuestra loca fantasía.
¡Con qué dulce expansión escuchó un día
Aquella carta de Don Juan Tenorio,
Que empieza: «Doña Inés del alma mía!»
Al notar su mudanza,—No es posible,
Díjeme, ufano de mi ardid certero,
Que al par se muestre á la ficción sensible
Y dura al sentimiento verdadero.
Al fin es el amor mágica llama,
Y el corazón la vaga mariposa
Que gira en torno y en su ardor se inflama.
Con esos sueños de color de rosa,
Y embriagado de dulces ilusiones,
Le pintaba mi afán y mi desvelo
Con suspiros y tiernas expresiones;
Y aunque empezaba á derretirse el hielo,
Y hasta en prosa mis cuitas escuchaba,
El sí que yo anhelaba
De mi eterno penar en desagravio,
Nunca llegaba á pronunciar su labio.
Mas algo adelanté: ya sin testigo
Á Inés gustaba departir conmigo;
Érale grato verme en su presencia,
Y las horas contaba de mi ausencia.
Una tarde tranquila, á lento paso
Llevábamos los dóciles corceles
Por la margen de arroyo cristalino:

Adelfas y dorados mirabeles
Ornaban el camino;
Sereno estaba el sol, el aire raso.
Todo era paz y soledad y calma;
Dulce sosiego respiraba el alma.
Íbamos en silencio, sumergido
El pensamiento en soñador arrobo,
En interna fruición embebecido,
Y poniendo en olvido
Éste de penas miserable globo.
De su cándida frente
El vaporoso velo,
Movido á veces del sutil ambiente
Y perfumado de su blondo pelo,
La faz me acariciaba dulcemente.
Suave melancolía
En mi pecho su influjo difundía,
Y en la tierna emoción de aquel encanto
Iba en mis ojos á brotar el llanto,
Cuando quiso el destino
Que bajando de un cerro la vereda,
La pompa de fantástica arboleda
Cortase por allí nuestro camino.
La soledad, la sombra, la frescura,
De una escondida fuente el rumor vago,
Brindaban á la paz y la dulzura
De aquel lugar con indecible halago.
  Entrar en el boscaje
Á través del espléndido ramaje

Con los caballos, imposible fuera.
Inés quiso bajar: ágil y vivo
Me arrojé del corcel, corrí á su estribo,
Y apoyándose en mí saltó ligera.
Até su jaca torda y mi peceño
Á recio pino de nudosos ramos,
Y hollando helechos por el bosque entramos.
Nos pareció la evocación de un sueño
Aquel asilo ameno y deleitoso.
El fresno, el haya, el álamo frondoso
Con sus flexibles brazos se enlazaban.
Con acentos süaves
Desde su nido las canoras aves
Nuestra entrada en el bosque saludaban.
El aura mansamente
Halagaba los árboles tranquilos,
Y filtrándose el sol en tenues hilos
Daba mágica luz al tibio ambiente.
Al fondo una cascada
Saltando bulliciosa entre las piedras
Guarnecidas de juncias y de hiedras,
Salpicaba de perlas la enramada.
Esbelta, grave, en el andar airosa,
Inés hada del bosque parecía,
Una olímpica diosa
En el misterio de la selva umbría.
Ibamos caminando; mas en breve,
Siendo el terreno desigual y undoso,
Aunque ella con gentil desembarazo

Hollaba apenas con la planta leve
El césped oloroso,
Con solícito afán le ofrecí el brazo,
Y á él enganchóse en cariñoso lazo.
En silencio los dos, hondos latidos
Me golpeaban el ardiente pecho;
Vaga emoción turbaba mis sentidos.
Así avanzamos; pero á corto trecho,
—«Inés, le dije al fin, ya que los hados,
Ó bien del alma misterioso instinto
Nos condujo á estos sitios encantados,
De este umbroso recinto
No he de salir, á fe, si antes no escucho
El fallo de mi vida ó de mi muerte:
Quiero fijar mi suerte
Y terminar las ansias con que lucho.
Que rendido te adoro;
Que tu pura belleza me extasía;
Que son tus gracias celestial tesoro
Y tus ojos el sol de mi alegría;
Que sin tu amor, desierto pavoroso,
Sin luz, sin fuentes, céfiros ni flores,
Me fuera el mundo y el vivir odioso;
Que temo tus rigores,
Que tiemblo á tu desvío,
Que eres el solo afán del pecho mío,
¿Cómo lo has de dudar? No amargas quejas
De tí, mi bien, pronunciará mi labio;
No lloro ofensa ni lamento agravio,

No con fiero desdén de tí me alejas,
Y sin embargo, Inés, á un tiempo mismo
Me abres el cielo y me abres el abismo.
Flores me das mezcladas con abrojos;
Si á mis ojos respondes con tus ojos,
Y, á veces, nuestros ayes y suspiros
Confunde el aura en sus errantes giros,
Á mis palabras permaneces muda.
Así me tienes en terrible duda,
Y el tierno lazo que el amor te ofrece
Tu mano sin piedad lo desanuda.
Ten compasión de un alma que perece
En las que tú encendiste ávidas llamas;
Dime, al fin, que tu pecho me aborrece,
Ó dime que me amas.»
  Oyóme embebecida,
Vibraba en ella mi pasión ardiente,
Y suspirando luego enternecida,
Con suma gentileza
Echó sobre mi hombro la cabeza.
Embelesado respiré su ambiente,
Y en mi pecho al sentir el dulce peso
De su divina frente,
Inclinándome á ella levemente
En los húmedos labios le dí un beso.
  Inés al punto desprendióse airada,
El carmín del rubor en las mejillas,
La llama del enojo en la mirada,
Y yo vine á sus plantas de rodillas.

—«Soy la culpada yo: no te acrimino,
Me dijo en actitud menos severa;
Quisé luchar y me arrolló el destino.
No soy de mármol, ni tan hosca y fiera
Que no me ablande al cabo amor tan fino.
Mas al rendirme al seductor halago
De la mágica llama que te enciende,
Aunque me ofrezcas la existencia en pago,
Aún más mi ansioso corazón pretende...
Dame con la existencia el albedrío,
Y esclavo de mi alma,
Cifra tu mayor bien sólo en ser mío.
Vuelve á mi pecho la perdida calma,
Y en alas del amor álzame al cielo;
Haz de mi dicha tu constante anhelo,
Y en vida como en muerte
Corra unida tu suerte con mi suerte.»
Y animada la faz, flotante el velo
Al soplo de la brisa,
Hace una leve cruz de frágil rama,
Y agitándola, exclama
Con insólito ardor de pitonisa:
«Si amarme puedes, cual mi pecho te ama,
Y no es lumbre fugaz la que te inflama,
De la Cruz por el signo soberano
Jurémonos los dos amor eterno,
Y al que falte á su fe trague el infierno.»
Hallé su afán de eternidad sublime,
Y el alma toda á su poder sujeta,

Á sus plantas rendíme
Prestando el juramento que anhelaba.
Pero muy luego, inquieta
Al ver que ya la tarde declinaba,
Corrimos á buscar nuestros caballos,
Que ya impacientes con los férreos callos
La tierra removían;
Y á galope por trochas y ramblares,
Cuando apenas las sombras se extendían,
Alcanzamos al fin nuestros hogares.

II.

Me rebosaba el gozo,
Y viendo un porvenir tan halagüeño,
No pude en la emoción de mi alborozo
Aquella noche conciliar el sueño.
¡Con qué vivo placer, con qué alegría!
La encontré en su jardín al otro día,
Vagando soñadora
Entre acacias floridas y laureles,
Al aire la cabeza encantadora
Y en el cabello un golpe de claveles.
Al verme se acercó con pie ligero,
Y sin dejarme hablar, en voz muy queda,
—«Hoy hemos de volver á la arboleda,
Me dijo: grabar quiero,

De nuestros nombres amoroso nudo,
Una cifra indeleble en tronco rudo.
Pero, no se te olvide, en la presencia
De Doña Paz, mi tía,
Disimular exige la prudencia,
Y va mi libertad y mi reposo
En que nada vislumbre todavía.»
  Aquella prevención y el misterioso
Tono de Inés confuso me dejaron,
Y cual brumas que empañan el ambiente,
En mi ofuscada mente
Sospechas y recelos levantaron.
Pero al verla más tarde
De su destreza y brío
En la jaca andaluza haciendo alarde,
Al ver su amor, al escuchar su acento,
La vaga turbación del pecho mío
Fué como niebla que deshace el viento.
  No errando ya al acaso,
De vereda en vereda,
Los versos recitando de Espronceda,
Sino con rumbo cierto y á buen paso,
Ganamos el boscaje;
Y á pie por la enramada,
Llegamos al poético paraje
Encantada mansión de ruiseñores
Y escena de mi dicha y mis amores.
  Gentil y donairosa como un hada,
Inés sentóse sobre tosca piedra

En torno tapizada
De verde musgo y de menuda hiedra.
Y yo empecé á grabar, con ágil mano
Y un pequeño buril de fino acero
Que á prevención llevaba,
En el tronco de un álamo lozano,
De aquel amor tan firme y verdadero
La dulce cifra con que Inés soñaba.
  Como dos almas en estrecho abrazo
Uní las iniciales
De nuestros nombres en amante lazo.
Luego debajo puse: ¡Amor eterno!
Inés iba siguiendo satisfecha
La ardua labor con ojos celestiales,
Reveladores de su gozo interno.
Sólo quedaba ya grabar la fecha,
Cuando de pronto levantóse leve,
Y al eco de su voz quedé suspenso.
—«¡Tonta de mí! exclamó, que ahora lo pienso.
En inútil labor tu afán se empeña.
Tal vez mañana la segur aleve
Del árbol hará leña,
Y esa cifra de amor que mi alma hechiza
Con el tronco ha de ser humo y ceniza.»
  Al verla pesarosa, de repente
Feliz inspiración ardió en mi mente.
—«No te aflijas, le dije; ilusión loca
Querer eternizar en vil corteza
Tu amor sublime y celestial terneza.

No muy lejos del soto hay una roca
Que la lima del tiempo desafía
Y los siglos impávida provoca:
Allí corramos, aún nos sobra el día.
No en tronco humilde, sino en roca dura,
Esculpiré tu nombre y mi ventura.»
  Dejando atrás el soto,
Y salvando después una ladera,
Por un terreno desigual y roto
Al fin llegamos á la peña ingente...
  El sol en Occidente
Terminaba su fúlgida carrera,
Cuando yo mi labor terminé ufano.
É Inés de aquél su amor tan infinito
Viendo en la roca el testimonio escrito,
Alborozada me cogió la mano,
Y toda sonriente
Se irguió en puntillas á besar mi frente.
—«No ya en el mármol, ni en el bronce duro,
Exclamé de entusiasmo enardecido,
Dejara yo esculpido
Juramento de amor tan firme y puro...
¡Ah! si Dios me otorgara
Su infinito poder por un momento,
En cifra de fulgentes arreboles,
Formada con estrellas y con soles,
Tu amor eternizara
En medio del azul del firmamento.»

III.

¿Qué sucedió después? Al otro día,
¡Tan breve es el placer y la alegría!
Grato billete, al parecer, recibo:
Es su letra; su ambiente, su perfume
Al tocarlo percibo.
¿Qué me dirá? Mi pecho se consume.
Ábrolo al fin, soñando en mi deseo
Que nuevas dichas el amor me guarda,
Y estos renglones con angustia leo:
«En lágrimas deshecha,
Te escribo, vida mía,
Pues sé por mi pesar el que te aguarda.
¡De tí va á separarme, y no sospecha
Que así nos mata Doña Paz, mi tía!
Muy grave asunto al parecer la mueve.
Yo lo ignoro; mas dice que ni un día,
En su conciencia, demorarlo debe.
Mañana ¡suerte impía!
Á Santander volvemos. ¡Ah! me aterra
Pensar que dejo el alma
De Córdoba en la sierra.
Á casa luego ven; pero ten calma,
Tus expresiones mide,
No dejes ver el fondo de tu pena,

Y ¡por la Virgen! tu mirar enfrena.
El triste esfuerzo que mi amor te pide
Sólo es por nuestro bien: en mí confía.
Apenas llegue, mi primer momento
Será para escribirte: noche y día
Tú serás mi exclusivo pensamiento.
Ámame como yo: pronto la suerte
Nos volverá la dicha, estoy segura.
Adiós, tuya en la vida y en la muerte.»
  Llenóme de amargura
La epístola de Inés. De su firmeza
¿Cómo dudar? Mas comprendí muy luego
De Doña Paz la súbita presteza
En separarla de mi amante fuego,
Y el recelo de Inés y los temores,
Sólo al pensar que Doña Paz pudiera
Saber nuestros amores.
Todo lo comprendí: la suerte fiera
De Inés me separaba;
Y Doña Paz, en su constante empeño
Por hacerla feliz, la destinaba
Sin duda á otro mortal: intento vano,
Disponer de su mano,
Del corazón de Inés siendo yo dueño.
  No me dejé abatir: juzgué imposible
Que Doña Paz, amando á la sobrina,
Por interés ó vanidad mezquina
Se empeñase en labrar su desventura,
Ya que esperar mudanza

De corazón tan firme era locura.
Temí, no obstante, la amenaza, el ruego;
Temí la sugestión y la asechanza;
Perdí la paz del alma y el sosiego,
Mas no perdí mi fe ni mi esperanza.

La ví partir, sin que en mi afán pudiera
Echarle al cuello los amantes brazos;
Y la voz lastimera,
La lágrima furtiva
Con que me dijo ¡adiós! tan expresiva,
Me dejaron el alma hecha pedazos.
Pronto llegóme su primera carta:
Vibraba la pasión en sus renglones;
Gotas de llanto y dulces expresiones
Se entremezclaban en divina sarta.
«Tuya soy, me decía;
Tan sólo tú mereces
Que te consagre la existencia mía.»
Aunque la carta la besé mil veces,
No me volvió la paz y la alegría.
Otras de igual pasión recibí luego,
Y otras después, pero sin tanto fuego;
Y al mes de hallarse ausente,
Lleno de dolorosa incertidumbre,
Inés me pareció menos vehemente,

Y su lenguaje obscuro y desleído.
Entre tanto, llegaban á mi oído,
Dando á mi mente pavorosa lumbre,
Ciertos rumores: le escribí mis quejas,
Y ella me contestó: «Chismes de viejas...»
Á calmar mi inquietud ya no venía
La epístola de Inés cada mañana;
Gracias si me escribía
Una carta glacial cada semana.
Me pareció que nube tormentosa
Se iba formando en el azul ambiente,
Nube que á lanzar iba fragorosa
El rayo abrasador sobre mi frente.
Volar á Santander fué ya mi anhelo,
Y saber por mí mismo,
Si era Inés para mí puerta del cielo
Ó boca del abismo.
Dispuse mi partida;
Dí á la sierra mi triste despedida.
Con el pie en el estribo
Encontrábame ya, cuando recibo
Inesperada carta,
Que burlando mi afán y mi deseo
De mi primer resolución me aparta.
¡Ay! como si la tierra no bastase,
Forzoso era también que el Oceano
Con su crespo raudal nos separase.
Ya no me hablaba Inés de amor eterno;
En cambio me decía,

No sin quejarse de la suerte varia,
Que huyendo los rigores del invierno,
Por los achaques de su pobre tía,
Se embarcaban las dos al otro día
Con rumbo á Palmas de la Gran Canaria.

Me trasladé á Madrid: procuré en vano
En locos devaneos,
Y bailes y banquetes y paseos,
Olvidarla: ¡imposible! amor tirano
Escondiendo en la sombra su ballesta,
Me arrancaba un suspiro en cada fiesta.
¡Ah, cuántas veces á mis labios rojos
Llevé la copa de cristal luciente,
Y lágrima furtiva de mis ojos
Cayó á mezclarse en el licor hirviente!
Tras de tantos azares
Para siempre juzgábame olvidado,
Cuando al año de habernos separado,
Atravesando los salobres mares
Llegóme esta misiva,
Último golpe de mi suerte esquiva:
«Perdóname: al destino
Al fin bajo la frente.
No es de este mundo el ideal divino
Que soñó nuestra mente.

Absorta en los encantos de la sierra
Y viendo á mayo prodigar sus galas
En la andaluza tierra,
De un infinito amor sentí el anhelo,
Ansié contigo remontarme al cielo;
Mas ¡ay! éramos ángeles sin alas,
Y no pasamos del humilde suelo.
No me aborrezcas, porque sólo un día
Logré hacerte dichoso;
Con su nítido cáliz aromoso,
No dura más la flor que mayo cría.
Sé feliz; joven eres:
Si aun el recuerdo de mi amor te apena,
Pronto lo borrarán otras mujeres.
Mas tu cólera enfrena
Si ves á otro mortal mi suerte unida:
No brillante ilusión, prosa es la vida.
Rápido el tiempo corre
Y todo, al fin, lo cambia ó lo mitiga;
Allá más adelante,
Cuando el enojo de tu pecho borre,
Al olvidar á la voluble amante,
Ven y hallarás á la invariable amiga.»
Ira más que amargura
Me dió la carta, y me pasmó, á fe mía,
Ver que en aquella celestial criatura
Se pudiese albergar alma tan fría.
Mas dijo bien: de aquellos desengaños
Fueron borrando la acritud los años,

Y apenas me quedó, como ilusoria
Imagen de fantástica hermosura,
El recuerdo de Inés en la memoria.

IV.

Ya dos lustros pasados, la fortuna
Hizo que por acaso me encontrara
En Córdoba preclara,
De la belleza y del ingenio cuna.
Allí deudos y amigos, á porfía,
Con finezas y obsequios me halagaron,
Y en mi honor prepararon
En la sierra brillante cacería.
Partimos con la aurora,
Algunos bostezando y soñolientos,
Dando ocasión á risas y humoradas
Entre la alegre banda cazadora.
Con ricos bastimentos
Ya por delante acémilas cargadas,
Agitando al andar las campanillas.
Y las vistosas mantas carmesíes
Desde el borrén de jerezanas sillas
Cayendo hasta cubrir las estriberas,
Los ponchos y leonados borceguíes
De gallardos jinetes, la ufanía
De las pomposas jacas, la jauría
Bullendo entre las pitas y chumberas

Del pedregoso desigual camino,
El son de las bocinas
Resonando en los valles y colinas;
Todo formaba un cuadro peregrino
De singular viveza,
Lleno de sol y de aire matutino.
Pero al par que, vencida la aspereza
Del camino, ganábamos la altura,
Viendo esparcidos en las mansas lomas,
Entre naranjos de eternal verdura,
Los blancos caseríos,
Como nidos de cándidas palomas;
Y al aspirar con plácido embeleso
El aura embalsamada
Con los gratos olores
De las silvestres plantas y las flores,
Sentí en el alma como extraño peso,
Honda melancolía
Que por todo mi sér se difundía...
Los recuerdos brotaban en mi mente:
La piedra, el árbol, la musgosa fuente,
Todo de Inés en la memoria mía
Evocaba la imagen esplendente.
Y al pensar que el boscaje
Donde fuí tan feliz, cerca se hallaba,
Volver á aquel espléndido paraje
Con vivo afán mi pecho deseaba.
Aislado por mi ensueño ó desvarío
En medio de la alegre caravana,

Ya entrada la mañana
Llegamos á un risueño caserío,
Coronado de blancos miradores
Y dispuesto á albergar los cazadores.
Tras de descanso breve
Y colación copiosa, aunque sencilla,
Regada con jerez y manzanilla,
Todos armados de escopeta aleve,
Ya en el monte perreros y ojeadores,
Con la vaga inquietud que da lo ignoto
Nos internamos en espeso coto.
Hasta finar la tarde
Hicieron los gallardos tiradores
De su destreza y su valor alarde.
Y ya cuando en ocaso se escondían
Del sol los rayos rojos,
Á nuestros pies yacían,
Del humano furor yertos despojos,
Gamos, liebres, cerdosos jabalíes,
Salpicando la yerba de rubíes.
Luego vino el opíparo banquete,
Que un sacerdote cazador bendijo,
Y el jerez, el montilla, el pajarete
Dieron alegre llama al regocijo.
Se refirieron estupendos lances;
Cada cual sus hazañas y percances,
Y como en tales ocasiones pasa,
Mintióse mucho y se bebió sin tasa.
Y no faltando en andaluza fiesta

Una guitarra á resonar dispuesta,
De la guitarra comenzó el rasgueo.
Se llamó á las doncellas de la casa;
Con rosas en las negras cabelleras,
Los ojos como soles
Y sumo garbo en el sencillo arreo;
Y polos y playeras,
Entre entusiastas ¡oles!
Cantaron, y á compás del palmoteo
Bailaron seguidillas y el jaleo.
 Al dar las once en el reló de pesas
De la pared pendiente,
Se fueron las gallardas cordobesas
Con saludo modesto y expresivo;
Y puesta en pie la gente,
Unos medio beodos,
Y soñolientos y cansados todos,
Cada mochuelo se albergó en su olivo.
 Pero al siguiente día
Debiendo continuar la cacería,
Y ya todo dispuesto,
Tomando una jaqueca por pretexto,
Dejé partir sin mí los cazadores.
Luego desde los altos miradores
Les fuí siguiendo con afán la pista,
Hasta que, al fin, ocultos á mi vista
Tras un cerro lejano,
Ya libre, con presteza
Mando ensillar mi potro jerezano;

*

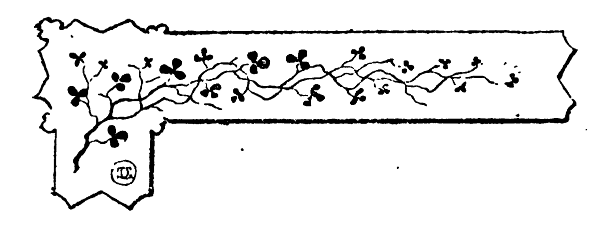
Y temiendo perderme en la maleza,
Por no ser fácil desde allí el camino,
Un guarda, orondo en su huesudo jaco,
Y sujeto á la silla su retaco,
Á ser mi guía diligente vino.
  Arduas las sendas y el lugar remoto,
No cesando de andar, casi dos horas
Tardamos en llegar al verde soto.
Junto á un olmo de ramas tembladoras
Eché pie á tierra y entregué la brida
Al guarda, que en su mente confundida
Empezó á sospechar que estaba loco,
Contemplándome atónito; y á poco,
Hollando helechos de sin par frescura,
Perdíme solitario en la espesura.
  Todo cual lo dejé de nuevo hallaba:
Oculto entre las hojas,
El ruiseñor cantaba sus congojas;
La luz entre los ramos se filtraba;
Allá á lo lejos clamorosa fuente,
Dando frescor al apacible ambiente,
Entre musgosas peñas se quejaba;
Sólo, sólo faltaba
Aquella Inés de sin igual donaire,
Aquella dulce, juvenil belleza,
Reclinando en mi pecho la cabeza
Y con suspiros aromando el aire.
En tales remembranzas absorbido,
Llegué á lo más repuesto y escondido,

Á aquel lugar donde caí de hinojos
Al sospechar la cólera en sus ojos,
¡Y donde Inés con pecho estremecido,
Como agitada de furor interno,
Me exigió que jurase amor eterno!
Busqué el árbol lozano,
Donde grabé con alma enamorada
Y con ardiente mano
Nuestros nombres en mística lazada.
Ni el hacha ruda, ni cortante sierra
El árbol echó á tierra,
Realizando de Inés el triste augurio;
Mas el tronco al crecer borró altanero
La cifra y el letrero
Por no llevar la afrenta del perjurio.
Mas ¡ay! exclamo, ¡ay triste!
Si el tiempo vuela y borra con el ala
Lo que en mudable tronco amor señala,
La firme piedra su furor resiste.
Y dejando á mi espalda
El soto con su pompa de esmeralda,
Presa de mi fantástico deseo,
Corro á la ingente roca
Do quise eternizar mi pasión loca;
Mas ¡cielos! soñar creo:
Donde fué la inscripción, hórrida boca
De lóbrega caverna sólo veo
De donde salen lúgubres gemidos...
Un túnel era; y al llegar silbando

Negra locomotora, al aire dando
El humo á borbotones denegridos,
En amarga lección hallar presumo
La burla de mi amor en los silbidos,
Y el corazón de Inés en aquel humo.

Enero 1887.





INDICE.

RECUERDOS.

HOJAS DE ÁLBUM.



ROMANCES.

LA HIJA DE ALIMENÓN.

JURAMENTOS DE AMOR.

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
17 de diciembre
del año de
1889.

